

Libros del Asteroide 

Jérôme Ferrari

A su imagen

Traducción de Regina López Muñoz



Jérôme Ferrari

A su imagen

Traducción de Regina López Muñoz

Libros del Asteroide 

Índice

Portada

1. Oraciones al pie del altar
2. Requiem æternam
3. Kyrie eleison
4. Epístola: primera carta de san Pablo a los tesalonicenses
5. Secuencia: Dies iræ
6. Evangelio: Juan 11, 21-27
7. Ofertorio: Domine Jesu Christe
8. Sanctus
9. Pater Noster
10. Agnus Dei
11. Comuni3n: Lux æterna
12. Absoluci3n: Libera me

Colof3n

Primera edición, 2020

Título original: *À son image*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Actes Sud, 2018

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2020

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: Cultura Creative (RF) / Alamy Stock Photo

Fotografía del autor: Actes Sud

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17977-26-9

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

La traductora de esta novela se benefició de una residencia en el Collège des traducteurs de Seneffe | Passa Porta en agosto de 2019.

Esta obra se benefició del apoyo de los Programas de Ayuda a la Publicación García Lorca del Institut français de España.



In mimoria di u me cucinu caru, Jean Vesperini

No harás para ti imagen de escultura, ni figura alguna de las cosas que hay arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni de las que hay en las aguas debajo de la tierra. No las adorarás ni rendirás culto.

Éxodo 20, 4-5

¡Obscenidad!, quería gritar, pero no lo hizo porque no sabía a quién iba dirigida la palabra: a sí misma, a West o al comité de ángeles que observan impassibles todo lo que pasa. Obscenidad porque esas cosas no deberían suceder, y nuevamente obsceno porque después de que hayan tenido lugar nadie debería sacarlas a la luz, sino que habría que taparlas y esconderlas para siempre en las entrañas de la tierra [...].

J. M. COETZEE, *Elizabeth Costello*

Ha pasado la muerte. La foto llega después de quien, a diferencia de la pintura, no suspende el tiempo, sino que lo fija.

MATHIEU RIBOULET, *Les Œuvres de miséricorde*

1. Oraciones al pie del altar

(En el camino de regreso, Voivodina, 1992)

La última vez que lo había visto, diez años atrás, él volvía a su casa y ella lo acompañaba. Desde que el autocar de Belgrado los había dejado en la estación de autobuses, él no había abierto la boca. Luego se detuvo, aún en silencio, para acodarse en el pretil de un puente sobre el Danubio del que los bombardeos de la OTAN en 1999 no dejarían en pie más que los pilares. Antonia se quedó rezagada, con la cámara en la mano, observándolo. Él llevaba un uniforme de faena desgarrado en el que había cosido sus galones de sargento y, bajo la insignia del disuelto JNA,* un escudo serbio con un águila bicéfala flanqueado por las cuatro sigmas lunares. A sus pies descansaba un petate militar grande que solo contenía una edición húngara del *Kaddish por el hijo no nacido* de Imre Kertész, el primer volumen de una traducción serbocroata de las obras completas de Bukowski y unas cuantas cintas de casete, de R.E.M. y Nirvana, que ya ni recordaba cuándo había escuchado por última vez. Se sostenía la cabeza con las manos. No contemplaba las aguas negras del río ni el cielo cargado de lluvia. Al pasar por su lado, un grupo de chavales muy jóvenes que avanzaba por el puente había aminorado el paso y estallado en una carcajada incomprensible, mirándolo de arriba abajo descaradamente. Antonia había hecho la foto, la última del reportaje que le había dedicado y que jamás llegaría a publicarse. Al principio él pareció no reaccionar. Pero entonces alzó la cabeza y Antonia vio que lloraba. Agarró el petate y, al comprobar que ella se disponía a seguirlo, la detuvo con un gesto de la mano, y ella se quedó plantada en el puente viendo cómo se alejaba hasta que hubo desaparecido y fue demasiado tarde para más despedidas.

Aquella tarde de viernes de agosto de 2003, en el puerto de Calvi, lo reconoció de inmediato. Dragan caminaba hacia ella en medio de la muchedumbre de turistas, con otro suboficial de la legión extranjera, y su uniforme ahora estaba impecable. Ella se detuvo. Cuando sus miradas se cruzaron, él sonrió y la besó con un entusiasmo que no podía ser fingido. Estaba tan desconcertada que al principio no se percató de que él le hablaba en francés. Señaló la cámara que Antonia llevaba en bandolera. ¿Hay cosas interesantes para fotografiar aquí? Ella se echó a reír. No. Nada interesante, la verdad. Ahora hacía reportajes de bodas, por eso estaba en Calvi. Fotos de alianzas. De familias emocionadas. De parejas, obviamente, muchas parejas, delante de macizos de flores, de coches de lujo o de puestas de sol sobre el Mediterráneo. Siempre las mismas cosas a un tiempo curiosamente grotescas, repetitivas y efímeras. Se ganaba bien la vida, pero lo que hacía no tenía ningún interés. Se calló. Temió que él pudiera ponderar la profundidad de su amargura. Le preguntó si le apetecía tomar una copa. Él estaba de guardia. Tenía que volver al campamento Raffalli. Pero le encantaría pasar el día siguiente con ella. Antonia tenía previsto volver a su casa, en el sur, en cuanto acabase la boda. Había prometido a sus padres que cenaría con ellos. Él se encogió de hombros. ¿No podía quedarse un día más? Ella lo miró. Claro que sí, podía.

Llamó a su madre para anunciarle que un imprevisto la obligaba a prolongar veinticuatro horas más la estancia en Balagne. No podría cenar en el pueblo el sábado, como les había prometido, pero estaría allí sin falta al día siguiente. Aunque Antonia procuró presentar el contratiempo bajo una luz lo menos dramática posible, no pudo evitar que al otro lado se

desencadenase inmediatamente una crítica desconsolada que le reprochaba su falta de formalidad, su ingratitud y su egoísmo. Antonia no cometió el error de irritarse. Garantizó a su madre la perfección de su amor filial, le dijo que se alegraría mucho de verla el domingo, y la redujo al silencio colgándole más o menos de golpe, tras lo cual apagó el teléfono y se metió en la cama.

Durante todo el día, trató de concentrarse en su trabajo. Fotografió a la novia desde que salió del cuarto de baño hasta el momento en que se puso un vestido que recibió la unánime calificación de sublime por parte de un entorno embelesado; fotografió la sonrisa obligatoriamente radiante del novio en el momento en que descubrió a su prometida; los acompañó a la iglesia; durante el banquete, sacó fotos de todos los invitados embrutecidos por el calor y el alcohol; y terminó la jornada en la playa, donde se permitió el placer culpable de hacer posar largo rato a los novios bajo un sol abrasador en posturas sofisticadas que ella esperaba fuesen tan dolorosas como ridículas. Al término de la sesión, los recién casados estaban sudados pero felices. No ponían en duda que el resultado sería magnífico, como todo en ese día. Pagaron a Antonia dándole las gracias cordialmente y ella pudo irse a cenar con Dragan. Conversaron toda la noche y, cuando Antonia regresó a su hotel, eran las cinco de la mañana. No tenía sueño. Aunque se acostara y, pese a todo, consiguiera conciliar el sueño, tendría que dejar la habitación a las once. Decidió ponerse en marcha. Pararía en su casa, dormiría todo el día y subiría luego al pueblo para cenar con sus padres. Se sentó al volante y bajó todas las ventanillas. Todavía era de noche y la temperatura no había descendido de los treinta grados en ningún momento. Atravesó L'Île Rousse. Por la carretera de Ostriconi, al tomar una curva, mientras el mar, abajo, permanecía entre las sombras de la noche, el sol que alumbraba vagamente el cielo tras las montañas rebasó bruscamente las cumbres y sus primeros rayos vinieron a iluminar el rostro de Antonia. Ella se dejó deslumbrar un instante y cerró los ojos.

Sus padres y su hermano, Marc-Aurèle, la esperaron mucho tiempo. Cuando la llamaban, saltaba el contestador. A las nueve de la noche, su madre había pasado definitivamente de la indignación a la desesperación. Salieron los tres del pueblo para bajar a la ciudad, llamaron en vano a la puerta del piso de Antonia, preguntaron a los vecinos, recorrieron las calles del barrio en todas direcciones para intentar localizar su coche, y terminaron por dar parte en la gendarmería. Al día siguiente, a última hora de la tarde, dos gendarmes llegaron al pueblo, y la madre de Antonia se puso a gritar en cuanto vio la expresión de sus rostros. Le confirmaron que aquello que tanto había temido, no solo durante las últimas veinticuatro horas, sino, en el fondo, toda su vida, había sucedido. Los compañeros de Balagne habían hallado el vehículo de Antonia en el fondo de un barranco de Ostriconi. Habían tardado bastante tiempo. Era casi imposible localizarla desde la carretera, y el asfalto no presentaba huellas de frenado que orientaran la búsqueda. Habían tenido que utilizar un helicóptero. Seguramente, Antonia había fallecido el día anterior, al alba. Los gendarmes quisieron marcharse, pero el padre de Antonia insistió en ofrecerles unos cafés que ellos bebieron en silencio, de pie en la cocina, cabizbajos y con el quepis en la mano.

Dos días más tarde, el ataúd es depositado sobre un modesto catafalco frente al altar, entre dos cirios blancos muy largos. El sacerdote que se acerca a bendecirlo es el tío materno de Antonia. Es también la persona que, treinta y ocho años antes, en la misma iglesia, la estrechó contra él mientras el agua fría del baptisterio vertida sobre su frente la hacía llorar. Por aquel

entonces, él tenía diecisiete años. No le interesaba el ritual. Solo podía pensar en reconfortar al bebé que se revolvía entre sus brazos.

Ahora, dice: *Me acercaré al altar de Dios*, y el pueblo: *Al Dios de mi alegría*.

Las palabras de la liturgia no son difíciles de pronunciar. No le pertenecen, existen sin él, no reclaman ni su dolor ni la ternura inoportuna de sus recuerdos, tan solo la materialidad de su cuerpo para encarnarse y cobrar vida a través de él. Sin embargo, le resulta penoso oír la respuesta de los asistentes. Le parece que todas las voces se unen para convertirse en la de Antonia, y que es ella quien habla, una última vez, con una extraña voz múltiple, antes de quedar reducida al silencio. Por un instante, teme dejarse llevar por una emoción irrefrenable y fuera de lugar. Lo único que puede hacer es encomendarse a la gracia de Dios.

Dice: *Nuestro socorro está en el nombre del Señor*.

Oye el zumbido de las conversaciones de quienes no han encontrado sitio en el interior de la iglesia y se han quedado fuera para esperar a que acabe la ceremonia y dar el pésame. Son muchos. La muerte prematura constituye siempre, y más cuando es repentina, un escándalo con un temible poder de seducción. Desde el altar, ve que detrás de los bancos de la iglesia se apretujan vecinos del pueblo y desconocidos, ve a primos más o menos lejanos, a sus hermanos y, en la primera fila, muy cerca del ataúd, a su hermana y su cuñado, y a Marc-Aurèle que llora desconsolado. Habría podido negarse a celebrar la misa, estar de pie a su lado. Si hubiera tomado esa decisión, quizá él también estaría llorando. Pero a Antonia de nada le sirven unas lágrimas más. Ya no alberga dudas: es ahí, al pie del altar, donde está su sitio, es ahí donde más cerca se encuentra de su difunta ahijada, más cerca de lo que ha estado en mucho, mucho tiempo.

2. Requiem æternam

(Familia de turistas yendo hacia la playa, Córcega Meridional, 1979)

Cuando le regaló a Antonia, por su décimo cuarto cumpleaños, la primera cámara de fotos que ella tuvo entre sus manos, él todavía estaba en el seminario. Su ahijada se abalanzó sobre él en un arranque de alegría infantil, porque por aquel entonces era él y solo él quien alegraba su juventud. Llevaba unos meses apasionada por las fotos familiares, que examinaba largo rato con atención, una por una, tras haberlas repartido sobre la mesa del comedor. Aunque se conservaran en el desorden más absoluto en el interior de una cartera de cuero vieja, Antonia las manipulaba con un cuidado extremo, como iconos frágiles y valiosos. Aquellas fotos, sin embargo, no presentaban ningún interés especial. Todas las familias tenían las mismas, contaban todas la misma historia, poniendo en escena a los mismos personajes: los recién nacidos con ropas de encaje, los niños haciendo la primera comunión, las novias, las mujeres en la fuente vestidas de verano, una cantidad inverosímil de soldados, victoriosos y vencidos, arrogantes, cándidamente viriles, temerosos y avergonzados, posando en las trincheras del Somme, en las calles de Rabat, Alepo o Saigón, en selvas tropicales y desiertos, con el ancla dorada de las tropas coloniales bordada en el quepis, rodeados de *goumiers*, de tiradores senegaleses, de cipayos otomanos, a lomos de purasangres árabes, junto a una pieza de artillería de la línea Maginot y en el patio de un campo de prisioneros, envueltos en mantas militares, los niños sentados sobre las rodillas de sus madres, los primeros grupos de adolescentes joviales en bañador y en color y las ancianas con velo cuya expresión inevitablemente siniestra daba fe de que ese mundo era, en efecto, el valle de lágrimas al que aluden los Salmos. El padrino de Antonia creyó en un primer momento que la niña se interesaba por sus orígenes y se ofreció a guiarla por los enmarañados caminos de una genealogía que las viudedades precoces y las segundas nupcias, los hijos nacidos de varios lechos, las inevitables niñas-madre y las uniones de sutil consanguinidad volvían irremediabilmente oscura al neófito. Los esfuerzos considerables, y a veces vanos, que él asumió para identificar desconocidos y determinar el grado de parentesco suscitaron en Antonia un mero interés de cortesía. No era ese el enigma que la cautivaba. Poco le importaba pertenecer o no a la familia de quienes habían dejado su huella en el papel satinado. El enigma consistía en la existencia de la propia huella: la luz reflejada por unos cuerpos ya envejecidos o desde hacía tiempo transformados en polvo había sido captada y conservada durante un proceso cuya faceta milagrosa no se agotaba mediante sencillas explicaciones técnicas. Antonia contemplaba un retrato de su madre con diez años, de pie a la sombra del laurel plantado delante de la casa, junto a una minúscula antepasada que presentaba el semblante espeluznante de rigor, o reconocía a su padrino, a la misma edad, entre otros alumnos reunidos en el patio de la escuela del pueblo para hacerse la foto de la clase, y la casa, el cobertizo y hasta el laurel parecían no haber cambiado, pero la antepasada había muerto, su madre y su padrino habían dejado de ser niños mucho tiempo atrás y, sin embargo, su infancia desaparecida había depositado sobre la película fotográfica una huella de su realidad, tan tangible e inmediata como el rastro de una pisada en un suelo de arcilla, y a Antonia le daba la sensación de que todos los rincones conocidos y, a partir de esos rincones, la inmensidad del mundo entero, se llenaban de formas silenciosas, como si todos los instantes del pasado subsistieran simultáneamente, no en la eternidad, sino en una inconcebible permanencia

del presente. Sin embargo, Antonia sabía perfectamente que todos los adultos habían sido niños, sabía que los muertos vivieron, y que el pasado, por muy remoto que fuera, fue primero presente; ¿de qué modo la prueba de la verdad de esos lugares comunes podía revelarse enigmática o turbadora? De nada servía buscar una respuesta inteligente o profunda a esta pregunta; las fotografías contraponían la impenetrabilidad de su superficie a cualquier búsqueda de profundidad.

Estaba convencido de que la nueva pasión de su sobrina y ahijada no era en absoluto un capricho. Esa vez no se equivocaba, pero su certeza nada tenía que ver con su sagacidad. En verdad, profesaba una confianza ciega a Antonia, todo lo que la niña decía o se proponía le parecía admirable y, si la pillaba en falta, siempre suponía que en el fondo el comportamiento de su ahijada obedecía a una razón noble y secreta. Desde que la había acompañado en la pila bautismal, aquella mañana de domingo del verano de 1965, cuando su relación con Dios era aún inexistente y él luchaba contra una espantosa resaca fruto de una noche pasada en un cabaré de la ciudad, se sentía indefectiblemente unido a ella, por sangre y en espíritu. La quería como si realmente se hubiera convertido en su hija por la gracia de un sacramento al que sin embargo entonces no concedía ningún tipo de importancia, y ese amor era el único, antes de que una llamada inesperada e imperiosa lo llevara a caer en su propio camino a Damasco, que él era capaz de experimentar plenamente, sin restricciones ni límites. Su hermana se lo reprochaba, predecía que transformaría a Antonia en una niña mimada e insoportable, y no le gustó nada que se distinguiera una vez más haciéndole un regalo tan escandalosamente espléndido como una cámara de fotos. Le gustó aún menos cuando, en las semanas posteriores a su cumpleaños, Antonia, lejos de cansarse del juguete nuevo, empezó a someter a los miembros de su familia y a los visitantes imprudentes a la amenaza constante de su objetivo. Hubo que aludir a la confiscación definitiva de la cámara para que su dueña se resignara a fotografiar animales, flores, paisajes y edificios, cosas que se ofrecían a su avidez con dócil indiferencia. Antonia se desesperaba. No le interesaban ni los animales ni las flores, únicamente los seres humanos, y, además, todas las fotos le salían mal. Por mucho que anotara escrupulosamente en un cuaderno los valores de apertura y las velocidades de obturación, solo le salían imágenes borrosas, demasiado oscuras o atrocemente sobreexpuestas. Cada vez que recogía los revelados se dejaba invadir por el desaliento. No progresaba, y la afición costaba tal fortuna que sus padres tuvieron que acceder a que Antonia instalara su propio laboratorio en el sótano. Aprendió a revelar ella misma sus negativos entre los efluvios ácidos de los productos químicos y el vino rosado que su padre compraba al por mayor en la cooperativa antes de embotellarlo él mismo. Antonia acabó por controlar las exposiciones erráticas y a enfocar correctamente. Pero ni siquiera así estaba satisfecha. Había que reconocer que la mayoría de los instantes no merecían ser milagrosamente salvados de su caducidad. Solo cuando llegó agosto de 1979 sacó, casi a su pesar, la primera foto que juzgó digna de ser conservada.

Pascal B. y sus amigos invitaron a Antonia, Madeleine, Lætitia O. y otras muchachas del pueblo a las que peligrosamente estaban dejando de considerar unas crías a tomar un helado en la ciudad. Aparcaron en el puerto. Los cafés estaban alineados a lo largo de una calle que daba a las playas y que había que atravesar para acceder a las terrazas de primera línea, donde Antonia, cámara en mano, se instaló con las chicas. Los chicos se quedaron al otro lado de la calle, sentados en una mesa ubicada en la acera, menos Pascal B., que se apoyó en el muro junto a la entrada, con el café en la mano. Llevaba un conjunto compuesto de túnica y pantalón blancos,

adornados con bordados de colores de inspiración india, y mocasines trenzados, también blancos. Tenía entonces diecinueve años, y Antonia lo encontraba irresistible. Observó detenidamente al grupo a través del visor, se esmeró enfocando y aguardó a que un camarero inoportuno que cruzaba la calle desapareciera en el interior del bar. En el momento del disparo, unos transeúntes que no había visto venir se colaron en el encuadre, por la izquierda. Se trataba de una pareja de turistas, un hombre y una mujer de unos cuarenta años, acompañados por sus dos hijos. Se dirigían a la playa, descalzos y ataviados únicamente con sus trajes de baño y sus toallas sobre los hombros, ajenos a que, por culpa del desparpajo imperdonable de su intrusión, habían arruinado la meticulosa composición de Antonia. En el momento del revelado, Antonia comprobó con estupor que la foto era perfecta; y descubrió así que nunca debía dejar de confiar en la prodigalidad del azar: en la imagen se veía a los chicos levantando la cabeza al unísono con una mueca de desaprobación y desagrado hacia la izquierda del encuadre, donde acababan de aparecer los turistas indiferentes que avanzaban bajo el letrero del bar. Pascal B. también se había girado hacia ellos, pero su mirada expresaba mucho más que desaprobación o desagrado. Ellos seguían su camino sonriendo, como si no existiera el mundo extraordinariamente hostil que los rodeaba. Era imposible determinar si su ceguera se debía a la inocencia o al desprecio. La foto no mostraba, aunque evidentemente dejaba entrever esa posibilidad, que un segundo más tarde, al volverse de pronto hacia su mujer, el hombre tropezó con Pascal B., que derramó el café y por un instante consideró con un aire de estupor incrédulo las manchas pardas que mancillaban su bonito conjunto blanco. El culpable abrió la boca, acaso para pronunciar unas palabras de disculpa inútiles, pero Pascal B. no le dio tiempo a hablar y le propinó un cabezazo. El turista se llevó las manos a la nariz y cayó de rodillas a la acera. La mujer gritó y se abalanzó sobre Pascal B., que la estampó brutalmente contra la pared. Se acercó de nuevo al hombre que estaba en el suelo y le pegó una patada en las costillas, y después otra más, cubriéndolo de insultos. El turista se ovilló, intentando protegerse como podía. En el bar, nadie hizo amago de acudir en su ayuda. Los niños, aterrorizados, empezaron a chillar y a llorar. La mujer, que tenía un hombro y la espalda desollados, los cogió en brazos, llorando también. Todo el mundo los miraba. De pronto, el furor de Pascal B. se aplacó. Se quedó de pie, jadeando, con la mirada vacía, y dio media vuelta para entrar en el bar. El hombre se levantó, con la cara ensangrentada, y se marchó con la mujer y los niños. Antonia oyó risas. Aunque siempre se quejaba de la falta de temas de interés, curiosamente, no había hecho más fotos. Sabía que era la decisión correcta: la humillación de un hombre que está recibiendo una paliza delante de sus hijos, su terror y su debilidad y, más aún, el sórdido escalofrío de gozo colectivo que había atravesado a los espectadores, todo ello debía desaparecer para siempre en los abismos del pasado. Antonia todavía no había mirado a los ojos a la Medusa, pero, por primera vez, había sentido su presencia y oído el siseo de las serpientes de su melena. Tenía la boca seca y náuseas, sentía una vergüenza vaga y, al mismo tiempo, estaba increíblemente excitada por lo que acababa de presenciar, ese arranque de violencia pura, tan desproporcionado que se volvía completamente gratuito; a Antonia le había gustado su cercanía, entendía su sentido, y cuando Pascal B. salió del bar donde había intentado en vano limpiar las manchas de café con ayuda de un paño húmedo, ella lo encontró aún más atractivo. En el coche, durante el camino de vuelta, los chicos lo felicitaron y le dieron palmaditas en el hombro. Él conducía sin apartar la mirada de la carretera, sin responder nada, sin sonreír. Cuando la dejó delante de su casa, Antonia tuvo ganas de retratarlo, en un plano general, al volante de su coche, pero no se atrevió a pedirle

que posara para ella. Envío la foto de la que tan satisfecha se sentía a su padrino, al seminario, para que él pudiera alegrarse de sus progresos. En la carta que acompañaba el envío, Antonia no le habló ni del incidente ni de la turbadora ambivalencia de los sentimientos que se habían agitado en su interior. Siguió enviándole fotos, cada vez más, que ella consideraba logradas. En febrero de 1981, le regaló una ampliación enmarcada de la que había hecho durante su ordenación, estando él tumbado boca abajo, abrumado de alegría y emoción, con el corazón latiendo sobre las baldosas heladas de la catedral de Ajaccio.

Ahora, la campana ha tocado a muerto por primera vez y, con la casulla y la estola violetas sobre los hombros, espera la llegada del féretro, afanándose en vano por rezar ante la estatua de Nuestra Señora del Rosario. Sabe muy bien que la experiencia de la soledad atroz y el abandono es inherente a la de la fe, pero, en este momento preciso, le faltan fuerzas para soportarlo. Todavía tiene miedo de ser incapaz de celebrar la misa de difuntos. Cuando su hermana se lo pidió o, más bien, se lo exigió por teléfono dos días antes, justo después de anunciarle la muerte de Antonia, al principio rehusó con indignación. ¿Cómo te atreves? Sabes perfectamente que ese no es mi sitio, mi sitio está a vuestro lado, pero ella se negaba a escucharlo, y por mucho que él repitiera estúpidamente, inútilmente, ese no es mi lugar, escúchame, ella lo interrumpía, le decía, no, escúchame tú a mí, si te niegas a hacerlo, nos mandarán un franciscano, flamenco, mexicano, laosiano o de vete a saber dónde, qué más da, de todos modos nadie entiende ni una palabra de lo que dicen, son un hazmerreír, incluso en los entierros se oyen carcajadas, risitas burlonas, ellos no se dan ni cuenta, están sordos, y seniles, están todos seniles, se confunden de nombre, ¿tú te imaginas?, no son ni capaces de leer bien la placa del ataúd, el mes pasado, en el entierro del viejo Jean-Charles P., el cura lo llamó Jean-Simon durante toda la misa, nadie se atrevió a decírselo, ¡qué bochorno!, y encima lo hacen todo a lo grande, que bien podrían limitarse a lo mínimo, decir la misa, bendecir el cuerpo y volver a su convento, pero ¡ellos no, por supuesto que no!, se embarcan en homilias interminables, no te haces una idea, no acaban nunca, y, por supuesto, nadie entiende nada, ¿cómo pueden pensar por un segundo siquiera que hablan francés?, ¡no me entra en la cabeza!, y menos mal que nadie entiende nada, no nos conocen ni saben nada de nosotros, no cuentan nada más que tonterías, un tópico detrás de otro, y mentiras, y yo no quiero que un belga senil que no conoce a mi hija nos hable de ella y sea el hazmerreír de todo el mundo llamándola Jeannine o Roberte o sabe Dios cómo, no quiero que nos ridiculice, que ensucie su memoria, por mucho que lo haga con las mejores intenciones del mundo, y tú tampoco, tú no quieres eso, no puedes querer eso. Te toca a ti, y no hay más que hablar. No me digas que ese no es tu sitio. ¿Cuál si no iba a ser tu sitio? Ella tenía razón, naturalmente, los franciscanos eran extranjeros, estaban seniles o las dos cosas a la vez, y se expresaban en una jerga cuyas sonoridades entusiastas no podían sino poner en grave peligro la solemnidad de cualquier ceremonia, máxime en el caso de unas exequias. De modo que contestó: tienes razón, y cedió. Aunque ella se hubiera equivocado, la capitulación no habría dejado de ser la única salida concebible; pues su hermana se expresaba con una belicosidad implacable, en un tono que no admitía ningún tipo de contradicción, a pesar de que llevaba treinta y seis horas sin dormir y de que la víspera, sin noticias de Antonia, que no había vuelto de Calvi ni cogía el teléfono, no había sido capaz de terminar una frase sin echarse a llorar, repitiendo con la voz quebrada que había ocurrido una desgracia, estaba segura, cosa que a él lo exasperaba, porque no alcanzaba a preocuparse, a imaginar por un solo segundo que pudiera ser verdad, pero era verdad, y ahora que

había ocurrido la desgracia, ella ya no lloraba. Todo el futuro, de golpe, se resumía en la organización del funeral. Él solo tenía que cumplir con su deber y enterrar dignamente a su hija, y ella se entregaba de un modo tan absoluto a esa tarea única, eliminando uno por uno todos los obstáculos que podrían impedir que dicha tarea se llevara a buen término, empezando por la mala voluntad de su propio hermano, que no le quedaba espacio para el dolor. Desafortunado subterfugio, pensaba él. Pobre hermana mía. Se apiadaba de ella, pero no podía evitar reconocer en esa piedad sospechosa el miserable recurso que él también empleaba para huir de su dolor.

Al día siguiente, salió de su parroquia y llegó a Ajaccio. Su sobrino Marc-Aurèle lo esperaba en el aeropuerto. Se dieron un beso y Marc-Aurèle le dijo, qué bien que seas tú quien oficie la misa, a ella le habría alegrado que fueras tú, y se echó a llorar sobre su hombro como un niño pequeño. El calor era espantoso. Notaba en su cuello el aliento de su sobrino, el sudor y las lágrimas calientes, y se apartó con toda la delicadeza que pudo. Venga, vamos. Circularon bajo un cielo blanco. Al principio, Marc-Aurèle conducía en silencio. De vez en cuando sorbía los mocos y se limpiaba la nariz con el dorso de la mano, dejando un rastro reluciente en la manga del traje negro, hasta que empezó a hablar. Se perdía en conjeturas totalmente desprovistas de sentido, ¡ay, si no hubiera ido a Calvi!, se indignaba porque la familia de la novia de Balagne había llamado a casa para dar un pésame rápido y preguntar si sería posible que les enviaran las fotos igualmente, ¿tú te crees?, y decía lloriqueando, ¡cómo le gustaba la fotografía! El sacerdote cerraba los ojos. Respiraba el perfume del monte bajo por la ventanilla abierta y se obligaba a guardar silencio. No le preguntó a Marc-Aurèle: ¿cómo es posible que ignores por completo quién era tu hermana? Después, Marc-Aurèle sugirió que podían poner la cámara de Antonia cerca del féretro, durante la misa, con un retrato de ella, en recuerdo de lo que amaba, ¿qué opinas?, estaría bien, ¿no?

Él se volvió bruscamente hacia su sobrino. Casi gritó: ¡no! No, de ninguna de las maneras.

Aun así, resultaba extraño ese gusto infalible que siempre había tenido Marc-Aurèle, desde niño, por las ideas más estúpidas y ordinarias. Cuando por casualidad eran del todo grotescas, como la que acababa de exponer con ingenuidad, su entusiasmo no conocía límites. Si lo dejaban hacer, proyectaría una galería de fotos durante la misa, tal vez pretendería incluso leer un poema, obviamente compuesto por él, y seguro sollozaría al recitarlo. En un sentido, era mucho más peligroso que toda una horda de franciscanos seniles y prolijos. Pero su pena era inmensa y merecía una respuesta que no fuera un rechazo brutal. Marc-Aurèle, hijo mío, dijo el sacerdote con una voz que se obligaba a la compasión, mañana no se tratará de recordar la vida de tu hermana, lo que le gustaba o lo que le disgustaba. Ni de demostrar lo tristes que estamos. Mañana, devolveremos a tu hermana a Dios, y rezaremos por que Él la reciba. Eso no tiene nada que ver con cámaras de fotos ni con retratos, no tiene nada que ver con nuestros recuerdos íntimos. ¿Comprendes? Y Marc-Aurèle asintió en silencio, no porque hubiera entendido nada, sino solamente por docilidad, una docilidad que el sacerdote no podía evitar encontrar despreciable. Si era estrictamente necesario que Dios se llevara a uno de sus sobrinos, ¿por qué no había elegido a este? Se reprochó la horrible sinceridad de aquel pensamiento, que no lograba desterrar de su mente. Era una persona injusta y cruel, sin verdadero amor. El poco amor del que era capaz se vertía por completo sobre la joven a la que ahora tendría que dar sepultura. El excedente solo podía proceder de una fuente sobrenatural que se había secado momentáneamente. Le tembló el labio y reprimió las lágrimas que le encharcaban los ojos. Puso una mano en el hombro de su sobrino.

En el pueblo, se abrieron camino en medio de la multitud congregada al sol delante de la casa. Las conversaciones alborozadas cesaban por un instante a su paso, había manos que se extendían hacia ellos, los agarraban, avanzaban trabajosamente, de abrazo en abrazo, MarcAurèle se echó a llorar otra vez sobre un hombro desconocido, y el sacerdote siguió caminando solo por la gehena, cegado por el sudor que le chorreaba por la frente, mientras lo interpelaban por todas partes, por su nombre de pila o gritando «¡padre, padre!», no le daba tiempo a reconocer a quienes lo estrechaban entre sus brazos y no lo liberaban sin haber depositado unos besos ardientes en sus mejillas, hasta que por fin cruzó el umbral de la casa en cuyo interior continuaban las conversaciones, en la cocina y en el comedor, en voz baja, en torno a cafeteras humeantes, botellas de agua ya tibia y pasteles. La penumbra no procuraba ningún frescor; las motas de polvo se agitaban en las rayas horizontales de la luz de verano filtrada por las persianas y en el muro de revoque blanco un termómetro con la forma de Córcega indicaba treinta y ocho grados. Entró en la habitación donde reposaba Antonia, en un silencio casi perfecto solo perturbado por el zumbido de las moscas. Regularmente entraba gente con paso lento y asustadizo, como si tuvieran miedo de despertar a una niña, se santiguaban, reflexionaban un instante y salían con las mismas precauciones. Cerca de la cama estaban sentados su cuñado y su hermana, que recibían a todos con un movimiento de cabeza. Fue a darles un beso. No se dijeron nada. Miró a Antonia. Tenía las manos unidas sobre la sábana blanca y, en el ojo izquierdo, un hematoma que un maquillaje torpe hacía aún más repugnante. Le habían colocado un pañuelo sobre la boca y la barbilla. Tal vez se hubiera fracturado la mandíbula en el accidente. Tal vez los empleados de las pompas fúnebres hubieran tenido que fracturársela porque la rigidez cadavérica les impedía cerrarle la boca. El olor de la descomposición era claramente perceptible. Antonia había pasado más de treinta horas en el coche, en plena ola de calor, antes de ser encontrada, y el arte del embalsamamiento tenía sus límites, sobre todo cuando lo practicaba un personal manifiestamente incompetente. Quizá hubiera sido mejor no mostrarla en ese estado. Su hermana no se había dejado guiar por ninguna consideración de urbanidad, y él le daba la razón. No había que huir del espectáculo de la muerte. No había que embellecerla. Incluso magullado y corrompido, incluso abandonado por el alma y congelado en una pesada inercia de cosa, el cuerpo seguía siendo sagrado, puede que más aún. La bendijo, agachó la frente y se arrodilló junto a la cama para rezar, y la veló buena parte de la noche sin dejar de rezar. Se despertó al alba. El levantamiento del cuerpo estaba previsto para las tres de la tarde. Pero ya no era posible retrasar el momento de introducirla en el ataúd.

Padre, dice una voz vacilante.

La campana ha tocado a muertos por segunda vez. No reza. No oye. Sigue dirigiendo una mirada inexpresiva a Nuestra Señora del Rosario. Es una talla de madera policromada que unas olas milagrosas depositaron un día en la playa. Lleva en sus brazos al niño desnudo cuyos contornos han erosionado el mar y los siglos, y sobre el manto ocre y púrpura desvaído, donde deberían refulgir en majestad todas las estrellas de la bóveda celeste, no quedan más que agujeros. De la punta de los dedos cuelga un rosario. Es fea y sin gracia. Siempre lo ha sido. Él la conoce desde niño. Mientras fue sacerdote del pueblo, antes de ser asignado a una parroquia del continente, estuvo muchas veces delante de ella, pero hoy ninguna presencia afectuosa le insufla ya gracia y belleza, y es incapaz de ver en ella más que un ídolo ciego.

¿Padre?

Se vuelve. Ante él se encuentran cuatro muchachos vestidos con pantalón negro y camisa blanca. Se esfuerza por sonreírles.

Padre, venimos para cantar la misa. Marc-Aurèle nos ha pedido que vengamos, se lo habrá dicho.

Se resigna a no haber podido impedir que su sobrino tome una iniciativa sin duda catastrófica. Se consuela pensando que estos chicos difícilmente podrán hacerlo peor que el coro del pueblo. Bueno, sí, por supuesto, siempre podría ser peor; sin embargo, es una eventualidad improbable.

Cantan ustedes en polifonía, supongo.

Ellos asienten.

¿Necesitan que les indique el momento en que tendrán que cantar?

No, padre. Conocemos la liturgia. Cantamos muchas misas.

Perfecto, entonces.

Pero queríamos preguntarle si desea que lo cantemos todo, el *Dies iræ*, el *Libera me*, porque algunos sacerdotes no...

Todo, dijo él interrumpiendo a su interlocutor. Canten todo lo que puedan. Y todas las estrofas del *Dies iræ*.

Uno de los cantores pregunta tímidamente:

¿No teme que se haga un poco largo?

Él sonríe con amargura y responde:

¿Un poco largo? Largo ¿para quién?

Les hace una señal para que se instalen junto al altar. Él sale al atrio de la iglesia. Una bruma de calor flota por encima del mar en el horizonte. Hay ya mucha gente. Algunos hombres esbozan un gesto en su dirección para darle de nuevo el pésame, pero cambian de opinión y reanudan sus conversaciones. Ahora, y hasta que termine la ceremonia, no es el tío de la fallecida, sino el sacerdote. Reconoce a Simon T., sentado solo encima de un murete, con los ojos enrojecidos. Antes de sentir la llamada del sacerdocio, vivió en pecado con la madre de Simon, Damienne T., una viuda diez años mayor que él. Le resultaba especialmente doloroso pensar que la primera consecuencia de su vocación hubiera sido herir con un abandono definitivo a esa mujer a la que ya había hecho sufrir mucho al quererla tan mal y tan poco, como si la gracia solo pudiera obtenerse al precio exorbitante de un pecado imborrable. Se acerca a Simon, que se levanta y lo abraza. La campana toca a muerto por tercera vez. El coche fúnebre aparca delante de la iglesia. Cuatro hombres sacan el ataúd y lo cargan sobre sus hombros. El sacerdote los precede camino del altar.

Cuando los cantores entonan el *Réquiem*, sus dudas se disipan de golpe. Cantan perfectamente, sin desafinar, con la piedad que corresponde, y sus voces son también las del pueblo, la de Antonia, la de Jesucristo esperando que el cáliz amargo sea apartado de sus labios, la voz de la debilidad y de la esperanza y, en su capilla, la Virgen del Rosario parece haber vuelto a la vida. Seguramente sea obra de un artista mediocre de Lucca o Livorno, un charlatán sin talento que debió de renunciar a la escultura para lanzarse a fabricar reliquias lucrativas — astillas transformadas en fragmentos de la Vera Cruz, imágenes de la Santa Faz pintadas en la tela grisácea de sudarios cuidadosamente desgastados, minúsculos fragmentos de rótula o fémur engastados en oro, tallados con huesos de cordero— y que arrojó la estatuilla al mar en un arranque de desesperación lúcida, sin pensar que algún día pudiera ser objeto de veneración. Pero

cuando los pescadores de Campomoro la descubrieron varada en la playa, con el rosario en la mano, dicen que no consiguieron levantarla. Se corrió el rumor del prodigio. Los hombres bajaron de las montañas de los alrededores y, a pesar del fervor de sus oraciones votivas, ninguno de ellos logró mover a la Virgen, que oponía obstinadamente la desmesura milagrosa de su peso. No consintió aligerarse sino para dos ancianos del pueblo, que la colocaron en la capilla donde se hallaba su lugar eterno. Todos se felicitaron por esa pobre señal, la única, a decir verdad, que les hubieran nunca dirigido. El sacerdote, como es natural, nunca ha creído en la veracidad de aquel milagro infantil. Seguramente, con el paso del tiempo, la candidez de los hombres ha transfigurado el azar que llevó allí la estatua en designio de la providencia. Seguramente aprovecharon la ocasión que se les brindaba de satisfacer su rancia tendencia a la idolatría. Poco importa, en el fondo. No hay nada tan humilde, y él lo sabe bien, que no pueda acoger y manifestar la presencia divina; y ahí reside el milagro, de manera que, en ese instante, mientras los cantores entonan el salmo *Te decet hymnus*, él mismo casi podría percibir un estremecimiento en la madera policromada.

3. Kyrie eleison

(Mujer huyendo del incendio, Alta Rocca, 1983)

El 6 de enero de 1980, el telediario regional anunció que unos militantes autonomistas habían capturado a tres hombres armados en Bastelica sospechosos de ser agentes secretos con la misión de asesinar a uno de ellos. Quisieron convocar una rueda de prensa antes de entregar a la justicia a los prisioneros. Se enviaron entonces vehículos blindados y oficiales de la Compañía Republicana de Seguridad, que cercaron la localidad. En el reportaje, se veía a varios hombres con casco y uniforme azul desplegados por la carretera húmeda. Pascal B. estaba cenando con su familia. Al oír la noticia, se levantó de la mesa, besó a sus padres, cogió su escopeta de caza y dos cajas de cartuchos y montó en el coche. Antonia jamás supo dónde ni cómo se unió al grupo que, en plena noche, consiguió traspasar los cordones policiales y se dirigió a Ajaccio con sus tres rehenes. A las tres de la mañana, se encerraron en un hotel de la rue Fesch, reteniendo también a los huéspedes. Allí permanecieron cuarenta y ocho horas durante las que reinó un ambiente de guerra civil en un Ajaccio en estado de sitio. Un policía fue asesinado y varios agentes resultaron heridos a manos de un tirador que jamás fue localizado. Por su parte, los policías, presas del pánico, mataron a una mujer y a un joven a los que solo podía reprochárseles que hubieran pasado con su coche en el peor momento. El telediario no mostró los cadáveres, solamente los impactos de bala en el parabrisas. Finalmente, el grupo aceptó entregarse, con la única condición de hacerlo a la gendarmería, no a la policía. El comandante Christian P. les permitió recorrer libremente el camino que separaba el hotel de la comisaría llevando al hombro sus armas descargadas, y Antonia lloró delante del televisor al verlos avanzar despacio en la noche. Pascal B. y sus camaradas fueron llevados ante el Tribunal de Seguridad del Estado e ingresaron en prisión preventiva en la cárcel de La Santé. Ella le escribía casi todos los días. Hacía fotos para él, de los amigos que aguardaban su regreso, de las calles desiertas, de la llegada de la primavera, y se las enviaba. Él le pidió que no se preocupara si no contestaba, no le gustaba escribir, y la monotonía de la vida penitenciaria era tal que no habría tenido gran cosa que contarle, pero esperaba con ilusión la llegada de sus cartas y sus fotos, y le decía que no se arrepentía de nada, pero que estaba impaciente por volver a verla, y por volver a ver todo lo que, gracias a ella, existía aún, al menos en forma de imágenes que él colgaba en las paredes de su celda. Lo pusieron en libertad a finales de verano. Se organizó una fiesta en su honor en el patio de la escuela. Todo el mundo se agolpaba a su alrededor y lo besaba. Simon T. lo seguía como una sombra, posaba sobre él la mirada fervorosa que se reserva a los semidioses y se ponía colorado cada vez que su héroe lo recompensaba con una sonrisa acompañada de una palmadita amistosa en la nuca. Pascal B. solo concedió una atención distraída a Antonia y ella lo pasó tan mal que no tuvo ánimo de sacar fotos de la fiesta. Pero hacia el final de la velada, cuando Antonia se disponía a volver tristemente a su casa, él la llevó aparte y la abrazó y le dio las gracias. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí. Le acarició el pelo y depositó en sus labios un único y casto beso. Le dijo: venga, márchate. Te esperaré. Y, efectivamente, la esperó. Esperó dos años. Una noche de julio de 1982, montó a Antonia en su coche y la llevó a las afueras del pueblo. Aparcó en un camino sin asfaltar, apartado de la carretera. La besó mucho menos castamente que la primera vez, empezó a respirar trabajosamente y la penetró en el asiento trasero tras quitarle solo la ropa que obstaculizaba su

empresa. Cuando todo hubo terminado, él se subió el pantalón y salió a fumarse un cigarro que se enrojecía en medio de la noche. Antonia utilizó la camiseta para limpiarse el semen derramado sobre su vientre y tanteó en la oscuridad en busca de las bragas, que finalmente encontró debajo del asiento del copiloto. Salió con Pascal B. y lo abrazó con ternura, desde atrás, apoyando la mejilla contra su hombro. Él se volvió y la estrechó entre sus brazos, cubriéndola de besos. No había habido ni mucho dolor ni mucho placer, y nada de sangre. Las cosas no eran realmente como ella las había imaginado, pero daba igual. Vivía una aventura maravillosa y se sentía llena de amor y gratitud. A partir de esa noche, todas las noches en las que Pascal B. no desaparecía misteriosamente llevaba a Antonia al mismo lugar, a la misma hora. Ella charlaba con Madeleine y Lætitia, sentada en la terraza del bar del pueblo, Pascal B. bebía en la barra con los amigos, y al rato salía y hacía una señal para que Antonia lo siguiera. No hablaba mientras conducía, miraba fijamente la carretera con semblante serio. En cuanto aparcaba en el camino sin asfaltar, la besaba con fogosidad, tras lo cual, una vez que Antonia hubo adquirido suficiente experiencia y audacia para que el ritual de su relación quedase definitivamente establecido, se recostaba en el asiento, con la mirada perdida en el vacío, y ella se inclinaba sobre él para desabrocharle el pantalón y se la chupaba arqueando la espalda para que la palanca de cambios no se le clavara en el pecho, pero él nunca la dejaba hacer mucho tiempo, la levantaba y ella sabía entonces que había que pasar al asiento de atrás. Dos o tres veces, durante el mes de agosto, Pascal la folló sobre el capó del coche, y ella pudo mirar las estrellas. Cuando volvían al bar, Jean-Joseph C. se iba con Madeleine y a su regreso era Xavier S. quien se dirigía al camino sin asfaltar en compañía de Lætitia. Todo había ocurrido según lo previsto. Eran novias de unos chicos que conocían y admiraban desde niñas, y que las habían visto crecer sabiendo que ellas les pertenecían ya, que era una mera cuestión de tiempo. Ahora eran sus mujeres, y así era como las llamaba todo el mundo, nadie empleaba el término «novia», con toda la razón, por lo demás, pues efectivamente se habían convertido en pequeñas esposas de dieciséis o diecisiete años, envejecidas prematuramente, atrapadas en los vínculos de una unión tan rígida, artificial y monótona como el matrimonio menos fantasioso. Por lo tanto, Antonia era «la mujer de Pascal B.», y esta nueva función que la definía por completo determinaba también la naturaleza de sus relaciones con la gente, empezando por el propio Pascal B., que la trataba con una devoción y un respeto excesivos que rayaban en la mojigatería y excluían por principio las manifestaciones públicas de afecto y, en privado, los desbordamientos erráticos de la pasión, hasta el punto de que su manera de copular con ella no era, en el fondo, más que un gesto adicional de respeto y mojigatería, como si cualquier innovación, por ínfima que fuera, cualquier manifestación espontánea de su deseo solo pudiera ser insultante y sacrílega. Habría considerado obsceno que Antonia se comportara como una amante más entusiasta, algo que él se empeñaba en considerar inconcebible, y jamás se le pasó por la cabeza la idea de que el respeto y la mojigatería pudieran precisamente llevar la obscenidad a su apogeo.

Al padrino de Antonia le acababan de asignar varias parroquias, entre las que se encontraba, como él mismo se había prometido, la del pueblo, y la vida amorosa de su ahijada, cuyos detalles carnales sin embargo ignoraba, lo contrariaba a más no poder. No tenía nada en contra de Pascal B. y su muerte, en 1999, lo apenó sinceramente, como lo había apenado la muerte prematura de demasiados jóvenes que él conocía y cuyos restos mortales había bendecido, cediendo la mano bajo el peso cada vez más abrumador del incensario. No, no tenía nada contra Pascal B., pero no

podía asumir que el destino de Antonia estuviera ya tan tristemente marcado, y se compadecía infinitamente de ella porque sabía que el amor de un hombre como Pascal B., ese amor sincero, torpe y condescendiente a la vez, se revelaría tóxico con toda certeza, y eso ella no lo sabía. Deseaba que Antonia fuese consciente de ello lo antes posible, antes de marchitarse del todo, cuando no le quedase más que el recurso amargo del arrepentimiento. No se permitía ningún comentario moralizante, rezaba por ella, rezaba para que Dios se apiadase también y la liberara y, frente a su ataúd, reza por eso mismo una vez más, escuchando la melodía de un *Kyrie eleison* desconocido. El cántico arranca con un aliento casi imperceptible, las voces parecen luchar contra la angustia y el miedo que las asfixian para hacerse oír y arrancarse de la tierra, y parecen lograrlo por fin: después del crescendo de los tres primeros *Kyrie*, la llamada del *Christe eleison* llena todo el templo en una armonía tan perfecta que al sacerdote se le parte el corazón. Pero, a partir del segundo *Christe*, un contrapunto introduce la alteración de una séptima reducida, muy suave al principio, y luego cada vez más fuerte. Marc-Aurèle ha dejado de llorar y observa a los cantores con aire estupefacto. El sacerdote cierra los ojos. No tiene ganas de ver la cara de su sobrino. Tendría que haber oficiado la misa dando la espalda a los asistentes, como prevé la fórmula extraordinaria del rito romano, para estar en pie frente al gran crucifijo, y así simplemente habría escuchado el canto, la oración perfecta, preservada de ese egoísmo tan profundamente arraigado en el corazón de los hombres que pudre sus impulsos hacia el Señor cuando se dirigen a Él con sus propias palabras, como un déspota cruel y caprichoso que se dejara engatusar a veces por sus melindres, sus tejemanejes serviles, la abyecta comedia de su arrepentimiento, su escrupulosa superstición, todo lo que en el fondo los vuelve despreciables y dignos de lástima cuando levantan los ojos temerosos hacia el cielo esperando que Dios haga descender sobre ellos el maná arbitrario de sus favores y los proteja de las plagas incommensurables, los ríos de sangre, los mosquitos y los tábanos, el granizo, las lluvias de sapos y langostas, o la lluvia de cenizas que cayó sobre el pueblo desde el alba y durante toda una mañana de septiembre de 1983.

Cuando Antonia se despertó, vio unas formas negras revoloteando en el cielo, movidas por un viento ardiente, que caían por el suelo siguiendo trayectorias erráticas. Salió a la puerta de casa y vio que eran hojas calcinadas; algunas habían conservado tan bien sus formas que se distinguía aún la red delicada de las nervaduras antes de que se transformaran en polvo al ser tocadas con la yema de los dedos. Se había declarado un incendio descomunal en la otra ladera de la montaña. Dos pueblos habían tenido que ser evacuados de urgencia. ¡Como no cambie el viento, estamos apañados!, decía el padre de Antonia, y todo el mundo rezaba para que el viento cambiara y dirigiera el fuego hacia viviendas ajenas. El padrino de Antonia, de quien todos esperaban que el sacerdocio le valiera una escucha atenta por parte del Señor, se dejaba llevar también por esta oración tan poco caritativa, porque, en su angustia, la suerte de los demás feligreses le resultaba del todo indiferente. La lluvia de cenizas arreciaba, hacía cada vez más calor y, en torno al mediodía, todos se habían juntado en la parte alta del pueblo y observaban la montaña. Por encima de ellos, los hidroaviones pasaban sin cesar, inútilmente. Las viejas se santiguaban, llorando. Antonia había cogido su cámara de fotos. ¿No tienes otra cosa en la que pensar en un momento como este?, le preguntó su padre, fuera de sí. ¿No sé cómo no te he dado ya un buen bofetón! Ella nunca lo había visto tan furioso. Durante la infancia de Antonia, ni una sola vez le había levantado la mano, y parecía muy poco probable que hubiera esperado a que su hija tuviera dieciocho años para emprender una carrera como padre maltratador; sin embargo, Antonia

consideró más prudente mantenerse a cierta distancia. No te preocupes, le dijo su padrino. Lo ha dicho sin pensar. De pronto, se oyó un estruendo sordo y descomunal, el fuego rebasó la cima, quinientos metros más arriba, y bajó en dirección al pueblo. El crepitar de la combustión era increíblemente potente, hubiérase dicho el rugido de un monstruo del Apocalipsis, un monstruo con el cuerpo en llamas, y por primera vez en toda la mañana Antonia tuvo miedo. Pegó el ojo al visor y se sintió mejor. Oyó gritos. Delante de ella, una mujer se volvió, con la boca desfigurada por el espanto y los brazos levantados hacia el cielo, y echó a correr. Todo el mundo huía. Antonia disparó varias veces. Los hombres lloraban. Oyó que la llamaban por su nombre. No respondió y siguió sacando fotos. Pascal B. la agarró del brazo. ¿Qué estás haciendo? ¡Tienes que irte! ¡Tienes que irte ahora mismo! ¡Tus padres te están buscando! Ella intentó protestar, pero él la arrastró sin escucharla, repitiendo que estaba loca hasta que la dejó en su casa. Los varones sanos se quedaban allí para defender las viviendas con unos medios ridículos. Antonia pidió quedarse también. ¡Al final te llevas un bofetón!, bramó su padre. ¡O dos! La obligaron a montar en un coche con su madre y Marc-Aurèle. Mientras se alejaba del pueblo, hizo más fotos a través de la ventanilla abierta. El pueblo no se quemó. Quedó en pie, frente al mar, adosado al flanco negro de la montaña que las zarzas, el monte bajo y la mala hierba tardaron meses en reverdecen. Los padres de Antonia se negaron a ver las fotos que ella había hecho durante el incendio. Pascal B. les echó un vistazo y agachó mansamente la cabeza en señal de aprobación. Solo su padrino se interesó de verdad por ellas. Antonia le enseñó la que consideraba la mejor: en ella se veía la mitad del rostro de la mujer vociferante, el brazo extendido, la mano con los dedos separados y, tras ella, el muro de fuego por encima de las primeras casas del pueblo. En otra, un hombre en cuclillas lloraba con las manos unidas bajo la lluvia de cenizas. El padrino de Antonia le pidió prestadas las fotos y, sin decirle nada, las mandó a un amigo que trabajaba en la delegación local del periódico de la región. A finales de septiembre, el diario dedicó un suplemento a los incendios del verano con el sobrio título de «Viaje al fin del infierno». Se publicaron dos fotos de Antonia. El redactor jefe había escogido las más anodinas, pero Antonia estaba tan contenta que nada habría podido contrariarla. Fue corriendo a casa de Pascal B. con el periódico. No estaba. Su madre le contó, sorbiéndose los mocos, que su hijo había sido detenido a las seis de la mañana junto con JeanJoseph C. Al parecer, varios militantes nacionalistas habían sido detenidos por toda la región. Antonia se despidió, cabizbaja. Fue a buscar a su padrino. Lo encontró en la iglesia. Lo han detenido otra vez. Nada más pronunciar estas palabras, se vino abajo. Su padrino la abrazó, ella sollozaba ruidosamente y él murmuró, pequeña mía, pequeña mía, mi pequeña. Antonia temblaba, estaba desesperada, al cabo de una semana se marcharía a la Universidad de Niza, ¿qué iba a hacer?, y lloraba en sus brazos, delante de Nuestra Señora del Rosario, en septiembre de 1983, en el lugar donde los cirios arden hoy a ambos lados de su féretro, mientras el *Kyrie eleison* termina con el desgarró de una maravillosa disonancia, el acorde menor, la séptima reducida.

4. Epístola: primera carta de san Pablo a los tesalonicenses

(Árabes ahorcados en la plaza del Marché-au-Pain, Trípoli, 1911)

Marc-Aurèle lee con una voz curiosamente firme.

No queremos, hermanos, dejaros en ignorancia, porque no os entristezcáis, del modo que suelen los demás hombres...

No, no ignoraremos la suerte de aquellos que ya han muerto. La historia de la fotografía empezó por lo inerte, cuando el sol tenía que acabar su carrera por el cielo sobre la propiedad de Nicéphore Niépce antes de que por fin se imprimiera sobre una placa de metal la extraña imagen de los muros iluminados por todos los lados a la vez y la silueta negra de un árbol frutal congelado en la luz. Era, pues, inevitable que, superando sus primeros pudores, la fotografía pasara de la inmovilidad de las piedras, de las flores secas y las balas de cañón a otra no menos perfecta, la de los cadáveres, los antepasados embalsamados, los niños muertos a temprana edad, los soldados de la Unión en el campo de batalla de Gettysburg, los guardias nacionales y los fusilados de la Comuna alineados en ataúdes de tablas.

En el momento en que Gaston C. abandona París y marcha a la Tripolitania, a finales de noviembre de 1911, las cámaras modernas ya permiten desde hace tiempo fijar los movimientos de la vida. Un rostro definido ya no es necesariamente el de un cadáver. Pero, lógicamente, estos sencillos progresos técnicos no pueden deshacer el nexo íntimo que desde el origen vincula la fotografía con la muerte.

En su equipaje, Gaston C. lleva una cámara de fotos Kodak, de carrete, que le ha prestado un amigo. Sin embargo, no es su dudoso talento de fotógrafo aficionado lo que le ha valido ser elegido por *Le Matin* para cubrir la guerra gracias a la cual Italia espera convertirse en potencia colonial. Gaston C. es escritor, y se espera de él que haga una crónica minuciosa de las derrotas de un Imperio otomano cuya agonía acaba de comenzar. A finales de septiembre, las tropas italianas, compuestas en su mayoría de soldados meridionales —sardos, calabreses o sicilianos—, invadieron Trípoli. El Estado Mayor imagina que la población autóctona le será favorable o, en el peor de los casos, observará los combates con indiferencia. Pero, en octubre, mientras combaten contra los turcos en el oasis de Shara Shatt, los soldados del 11.º regimiento de *bersaglieri* son sorprendidos por los beduinos, que los hacen pedazos, en el sentido más literal de la expresión: desmiembran sus cadáveres, les arrancan los genitales, les sacan los ojos. La represión inmediata de los italianos es tan salvaje que la prensa europea, gracias al espeluznante relato de algunos corresponsales allí presentes, queda impresionada. Los italianos se enfrentan a un problema hasta entonces inédito: el de su imagen. Las masacres y las deportaciones han sido brutalmente arrebatadas a la esfera de lo íntimo para quedar expuestas a plena luz. El combate de la comunicación debe librarse en la prensa, con ayuda de periodistas comprensivos que son invitados a Trípoli. Gaston C. es uno de ellos. Él está encantado. Gaston C. ama con pasión Italia o, para ser más exactos, ama con pasión el decorado de ópera cómica que, en su cabeza, representa Italia. Y, desde siempre, sueña con ver Oriente, es decir, el harén lánguido donde

cortesanas y dromedarios se pasean a la sombra de las grandes palmeras que en su cabeza representa Oriente.

Con la pequeña Kodak en la maleta y el corazón contento y exaltado, Gaston C. vuela por delante de su propio deseo. No queda decepcionado, ni podría quedarlo, pues la fuerza de ese deseo es tal que de entrada no ve nada de lo que se ofrece a su mirada. Los italianos son todos encantadores, parlanchines, flemáticos y ligeros, incluso los gendarmes, que él juzga irresistiblemente cómicos. El azul incomparable del cielo y del mar suscita arrebatos de éxtasis. Cada flor, cada fruto, parece haber prosperado en la inocencia de un jardín del Edén, los perfumes lo embriagan y el mes de noviembre se asemeja al verano.

Promete a su mujer que algún día le descubrirá todas estas maravillas.

En Mesina, en Siracusa, la fantasía continúa a pesar de las ráfagas de viento. En el barco, escribe con orgullo a su esposa, forma parte de los pocos pasajeros a los que el mareo no prohíbe visitar el restaurante, que sin embargo sirve una pitanza execrable regada de vinos que lo son más aún. Una epidemia de cólera le impide desembarcar en Malta. El cólera lo espera también en Trípoli, lo sabe, pero las autoridades italianas han hecho prometer a todos los periodistas llegados a Libia que no lo comentarán en sus artículos, salvo que deseen ser expulsados en el acto. Gaston C. se pliega, a regañadientes, a las exigencias de una censura que considera inicua.

Pero él quiere ver África.

Vislumbra sus costas la mañana del 28 de noviembre; las palmeras, las montañas, el desierto, todo está ahí, y él no puede creer que el sol radiante brille sobre un país en guerra. En compañía de los demás periodistas acreditados, es recibido por un oficial italiano extremadamente amable que les pinta un panorama optimista de la situación del frente y les ofrece dátiles frescos. Gaston C. pasea por Trípoli, fotografía artesanos, mujeres con velos blancos, niños estupefactos que juegan entre el polvo, y, por primera vez, oye al muecín llamar a la oración.

Visita las trincheras italianas bajo el fuego de la artillería turca. En su primer artículo, se maravilla del sobrio valor de los *pequeños soldados*. Los fotografía acucillados y en fila detrás de su suboficial, a bayoneta calada, como si fueran a lanzarse al asalto. No se lanzan al asalto, pero el tejido oscuro de los uniformes contrasta maravillosamente con la blancura de la arena. Al día siguiente, se dirige a una zona recién recuperada a los turcos donde se han hallado los cadáveres de veinticuatro *bersaglieri* del 11.º regimiento desaparecidos en Shara Shatt. Habían sido apresados, torturados y asesinados más de un mes antes. Gaston C. está trastornado. Pide disculpas a los lectores de *Le Matin* por imponerles la lectura de tamaños horrores, pero es su deber informarlos, porque, en definitiva, no podemos ignorar a los muertos. Describe los párpados cosidos, las narices cercenadas. También saca fotos imposibles de publicar, que solo se entiende qué representan exactamente a costa de un esfuerzo considerable de concentración. Un soldado, con la mitad inferior del cuerpo completamente desnuda, una pierna doblada en un ángulo imposible, yace en la ladera de la duna. Pero el objetivo ha eliminado las perspectivas y da la sensación de que un diablillo burlón lo ha agarrado por el talón y lo sostiene, cabeza abajo, suspendido en el aire, como un trofeo de pesca surrealista. Una cabeza emerge del suelo, pero solo se reconoce por la dentadura. Cúmulos informes esparcidos sobre la arena, en los que no se diferencian las telas de las carnes apergaminadas ni las osamentas de los trozos de madera muerta. Gaston C. va a respirar el aire del desierto. Le confía la cámara a un oficial y posa a caballo, solo ante el horizonte, tocado con el casco colonial. Se aleja de las posiciones italianas, desmonta, se

tumba en la arena y contempla el cielo africano, ¡Ah, qué cielo!, le escribe a su mujer. Mientras se entrega a las ensoñaciones orientales, divisa las siluetas de unos árabes armados que se dirigen hacia él. Monta de un brinco y parte a galope tendido para ponerse a salvo. Le cuenta a su mujer lo mucho que le ha gustado ese miedo, el corazón latiendo acelerado, el vértigo atroz y delicioso, el júbilo de estar vivo.

Ve despegar los aviones que infligen a la infantería turca el primer bombardeo aéreo de la historia, granadas lanzadas sobre las trincheras, a mano, desde la cabina. A su regreso, uno de los pilotos sobrevuela el puerto haciendo muchas señales, desciende hacia el mar y pasa, rozando las olas, entre dos barcos de guerra. Desde la cubierta, los marineros lo aplauden lanzando vítores.

El 5 de diciembre, catorce árabes sospechosos de haber participado en la masacre de Shara Shatt son conducidos a Trípoli, con las manos atadas a la espalda, en fila india, unidos con traíllas. Gaston C. fotografía su llegada al tribunal. Los prisioneros se sientan en el suelo de baldosas, envueltos en sus chilabas largas con capucha. Un oficial italiano lee el acta de acusación en una lengua que ellos no entienden. Por encima de él, en la pared, cuelga un gran retrato del rey Víctor Manuel. Los insurgentes son condenados a morir ahorcados. Uno de ellos, a la salida del tribunal, clava la mirada en el objetivo de Gaston C., una mirada que este jamás olvidará. Aún de noche, a las cuatro de la madrugada, asiste a la ejecución, en la plaza del Marché-au-Pain, donde se ha montado el cadalso. Gaston C. relata los hechos con una profesionalidad irreprochable en *Le Matin*; pero a su mujer le escribe que no ha querido dormir por temor a sufrir pesadillas aterradoras. No comprende la aparente indiferencia con la que han muerto los condenados, como tampoco comprende la indiferencia de la muchedumbre que se juntó alrededor de la horca de la que penden durante todo el día los catorce cadáveres, a pleno sol, rodeados del denso zumbido de las moscas, y él fotografía todo lo que no comprende, se acerca a los ahorcados, saca primeros planos de sus caras, le parecen *muy hermosos*, está muy cerca de ellos, nadie se acerca tanto. No desvía la mirada, no le dan miedo. Se siente como petrificado por un hechizo. *Y conservo en la memoria el rostro de un anciano de barba blanca y cara de adolescente.* A última hora de la tarde, sigue ahí cuando vienen a descolgar los cuerpos para apilarlos en una carreta, saca fotos que parecen cuadros religiosos, de piedades, descendimientos de la cruz, y el velo de las musulmanas le recuerda a María Magdalena junto al sepulcro; comete errores de ajuste, la velocidad de obturación es demasiado baja, a pesar del sol deslumbrante las siluetas se ven borrosas, mutiladas, espectrales, un sudario translúcido flota por encima del suelo, y el 26 de diciembre, el diario publica cuatro de sus fotos bajo el título «Lo que se ve en la Tripolitania»: los catorce árabes en el claroscuro del tribunal de guerra, la ristra de catorce árabes colgados de la misma horca, balanceándose bajo la mirada de una cuadrilla de niños impasibles, y sus cuerpos amontonados en la carreta. Es imposible saber si es el propio Gaston C. quien ha elegido las fotos y ha formado con ellas una serie cuya lógica no responde a la sucesión inevitable de los instantes en el tiempo, sino, por el contrario, a la de su simultaneidad. Al verlas, fuera él responsable o no de su disposición, debió de tener la certeza de que los catorce acusados ya estaban muertos en el momento en que los fotografiaba en el tribunal militar, ya llevaban consigo el final miserable que los esperaba en ese patíbulo cuya sombra inmensa oscurece ahora toda su vida pasada, y Gaston C. ya no consigue fotografiar nada que no sea la muerte.

Pasea por Trípoli, busca desesperadamente el Oriente que deseaba visitar, cree percibirlo en el tenderete de un zapatero que le sonrío, se acerca a un niño dormido bajo un porche y se queda

mirándolo un instante, sonriendo él también. Lo fotografía. Se acerca para despertarlo y darle una moneda, roza con delicadeza un hombro frío. *¡El pobre crío estaba muerto!*, escribe a su mujer. *¿De hambre, de tifus, de cólera? Nunca lo sabremos.* Se queda plantado en la calle. No comprende. Se enfurece con los italianos, que se indignan del tratamiento reservado a sus muertos y dejan los cadáveres de los árabes pudriéndose en la calle. *Todavía estoy llorando*, escribe.

Un corresponsal de *Temps* es atacado en plena calle por un árabe que le asesta dos cuchilladas. Él refiere el suceso en un breve. A su mujer, le describe a su colega como un matamoros y un miserable que se merecía la desgracia. Está convencido de que a él nadie lo apuñalará, porque sabe comportarse con los árabes, no los desprecia, no los maltrata, se figura que esos detalles tienen su importancia y acepta la invitación de un notable de Trípoli, no tiene miedo, o, si lo tiene, empieza a cogerle el gusto al vértigo, a la sensación de caer y levantarse en el último momento. Un sirviente lo espera en la puerta de su hotel, hace una reverencia, él lo sigue y, de nuevo, ahí está Oriente, el claro de luna por encima de los minaretes, una vivienda morisca, las alfombras, la vajilla valiosa, el incienso, quizá, y los cofres llenos de oro o piedras preciosas porque el Islam no permite que el dinero genere dinero y los esclavos entregados a su amo, que fuma su pipa de agua y dice: *Entre los que ahorcaron los italianos había inocentes.*

Vuelve a su hotel sano y salvo, no tiene pesadillas, sino sueños deliciosamente exóticos. Se despierta. No comprende nada. *¿Cómo puede uno morir en un paisaje como este?*, escribe a su mujer, y no acierta a hacerse una imagen coherente de lo que está viviendo, no es capaz de sumar la luz del cielo y las carnes putrefactas, la serenidad del desierto y las masacres, la voluptuosidad y la barbarie, no lo consigue, nunca lo conseguirá.

En una trinchera, a escasos metros de él, un soldado italiano herido de bala en el pecho se tambalea y cae con un gemido. Murmura unas frases en dialecto, trata en vano de levantarse y deja de debatirse. Sus camaradas empiezan a cavar su tumba. *¡Pobre Paolo!* Intercambian comentarios cargados de sabiduría e indiferencia sobre la bien conocida brevedad de la vida humana y las virtudes de la resignación. Gaston C. admira su estoicismo. Entre los valientes *pequeños soldados* tal vez se encuentre el cabo Samuele S., quien, nada más regresar a su región natal, Ogliastra, en Cerdeña, asesinará a toda la familia, incluidas las mujeres y los niños de pecho, del hombre que un día le negó un vaso de agua a su padre. Pero él jamás calificará la impasibilidad de Samuele S. y los suyos frente a la muerte de *indiferencia* o *fanatismo*. Gaston C. está lejos de todo, de los italianos, de los árabes, de él mismo. Pero se acerca a lo que quiere mostrar, se arrima al máximo, demasiado, siente náuseas, día tras día asiste a nuevas llegadas al tribunal de guerra seguidas de más ahorcamientos, el mismo simulacro realizado con buena conciencia miserable bajo el retrato del rey; fotografía a un anciano tocado con un fez, y a otro, más joven, vestido con un extraño atuendo de rayas; los dos están vivos, de pie a la entrada del tribunal, entre dos gendarmes, pero Gaston C., en el momento en que dispara, sabe muy bien que no es cierto, que no están vivos, que ya están muertos, y los ve con la mayor precisión tal y como serán dos horas más tarde, con las manos atadas a la espalda, el anciano aún con el fez rojo, colgados los dos en la plaza del Marché-au-Pain, delante del objetivo infatigable que los ha seguido hasta el final.

En París ahora esperan las fotos de Gaston C. con más impaciencia que sus artículos. Sin duda es por eso por lo que persevera y se inflige el espectáculo de estas ejecuciones cotidianas que embotan poco a poco su corazón y su alma y lo sumen en un hastío del que teme no poder sustraerse jamás. Sus fotos se verán, y gracias a ellas todo el mundo sabrá lo que ocurrió aquí, el

recuerdo de quienes murieron en la Tripolitania no desaparecerá en el vacío y nadie podrá ignorar que existieron. Gaston C. lucha en vano contra el silencio y el olvido. *No quiero ser injusto, escribe a su mujer, ni con los italianos ni con nadie.* Pero todavía sueña con combates, quiere sentir el escalofrío del miedo y no el del asco. Ya no hay batallas. Los italianos se esconden en sus fortines tras una victoria a medias, sin garbo y sin gloria. Gaston C. solicita marchar a Bengasi, se lo deniegan, él se pone furioso, se ahoga en Trípoli. La noche del 31 de diciembre, deambula por la residencia del Estado Mayor italiano, con una copa de champán en la mano, entre oficiales con uniforme de gala y civiles con frac y sombrero de copa, echa de menos las chilabas de barragán blanco, los fez y los velos. *He visto morir a Trípoli la berberisca,* escribe a su mujer. *Dentro de un año ya solo quedarán las levitas de los sirvientes o de los empleados de pompas fúnebres. El color de este hermoso país se desvanece.* Para darle la razón, la mañana de Año Nuevo de 1912 empieza a caer la lluvia sobre una ciudad gris, y Gaston C. experimenta una nostalgia inmensa de todas las cosas que habría querido conocer y no conocerá, porque ha llegado demasiado tarde o, más probablemente, porque nunca existieron.

Ya no tiene nada que hacer en la Tripolitania. Espera el barco que lo llevará de vuelta a Francia pasando por Túnez y Argelia. Fotografía el puerto. Aves zancudas en la playa. Escribe a su mujer que ha cambiado, que se siente más triste y más sólido. *Es la batalla de la vida la que me habrá fortalecido, y seré yo quien te fortalezca a ti.* Está orgulloso de haberse negado a ponerse al servicio de la propaganda italiana. *A pesar de las súplicas, me he negado a hacer las crónicas que se esperaban de mí, porque habría considerado deshonesto decir algo que no pienso realmente, y si me hubiera decidido a decir lo que pienso, habría tenido que decidirme a abandonar esta tierra donde la menor discrepancia se bautiza como «traición», donde se pretende a cualquier precio que todo vaya bien aunque todo vaya mal, y que todo sea encantador cuando casi todo es terrible.* Pero le trae sin cuidado la amplitud de sus rebeliones y sus compromisos, le traen sin cuidado el contenido de sus artículos, las figuras de estilo y las proezas retóricas. Todo eso ha sido barrido por la potencia brutal de las fotografías.

Se reúne con su mujer en Marsella. Ha dejado atrás la guerra. A medida que pasan los meses, se acuerda no de la cara de los ahorcados, sino, cada vez con mayor intensidad, de la extraña embriaguez del fuego. Tiene sueños en los que galopa en medio del desierto, las balas de los árabes silban en sus oídos igual que serpientes que tiene que aprender a hechizar. Lo defrauda despertar en el insípido confort de su habitación. El mundo se ha vuelto demasiado reducido. Piensa constantemente en Trípoli, en la Cirenaica, que no le dejaron visitar. Olvida sus dudas, su hastío, su asco de entonces. De nuevo lo apresa la potencia ciega del deseo. Quisiera volver a emprender un viaje. La primera guerra mundial le brindará la oportunidad. En 1915, es asignado al servicio de fotografía del ejército en el frente de los Balcanes.

Décadas más tarde, alguien descubrirá las fotos de Gaston C. amontonadas de cualquier manera en una caja. Verá a un desconocido, tocado con un enorme casco colonial, inmóvil sobre el caballo, en la inmensidad de un desierto anónimo; verá niños mugrientos jugar en la arena con piedras, y catorce ahorcados fotografiados tan de cerca que se distinguen perfectamente sus rostros, pero no sabrá ni dónde, ni cuándo, ni por qué han muerto.

Consolaos, pues, los unos a los otros con estas verdades.

5. Secuencia: Dies iræ

(Miembros de un comando del FLNC, comisaría de Ajaccio, 1984)

Por primera vez, durante el invierno de 1987, Antonia llegó a la escena de un crimen antes que la policía. Había trabajado hasta tarde en la redacción con uno de sus compañeros, y después habían decidido ir a tomar algo al casco antiguo. Acababan de instalarse en un bar cuando oyeron varios disparos y, justo después, una moto que arrancaba. Echaron a correr en dirección al ruido, por las callejuelas desiertas. Vieron un 4x4 con los cristales rotos. De la puerta entreabierta del conductor sobresalía una pierna. Antonia creyó ver temblar el pie ligeramente. El individuo se había desplomado sobre el lado del copiloto. Los asesinos le habían disparado cuando acababa de meterse en el vehículo, o tal vez él mismo hubiera tenido tiempo de abrir la portezuela en un último y ridículo reflejo de supervivencia. Tenía el pecho ensangrentado y los impactos de bala habían dejado la cara irreconocible. Unos restos blancos brillaban sobre el cuero oscuro. Antonia sacó varias fotos del cuerpo, del coche y de la calle desde todos los ángulos. Era la primera vez que veía un cadáver tan de cerca. Cuando murió su abuela, ella tenía diez años y sus padres no la dejaron entrar en la habitación donde reposaba la anciana, con el rostro paralizado definitivamente en la expresión dolorosa que había ostentado toda su vida, en la cama donde a su vez velarían a Antonia en agosto de 2003. Los policías aparecieron varios minutos más tarde y se pusieron a regañar a los periodistas, acusándolos de haber empantanado la escena del crimen y amenazándolos con meterlos en prisión preventiva para que aprendieran a no ir por ahí dando por culo. El compañero de Antonia les aseguró que no habían tocado nada y se batió prudentemente en retirada.

¿No nos quedamos un poco más?, preguntó Antonia. ¿No vamos a intentar averiguar quién es?

Yo sé quién es, respondió su colega, y le dijo un nombre que ella no conocía, pero que debía de constar en los ficheros del gran bandolerismo.

Volvieron al periódico. Una hora más tarde, el colega de Antonia había redactado un artículo cuyos cuatro mil caracteres no añadían ni la más mínima información a la que daba el titular: «Un hombre asesinado en Ajaccio». Su larga carrera en la prensa regional le había permitido desarrollar un talento sin duda innato, y el periodista cultivaba el arte de hablar para no decir nada con un virtuosismo que rozaba la genialidad. Combinaba magistralmente lugares comunes, clichés, frases hechas y consideraciones edificantes para producir textos rigurosamente vacíos, sin dificultad y sobre cualquier tema. Así, el artículo se abría comentando que *una vez más, nos vemos obligados a constatar que los asesinos no dieron ninguna oportunidad a su víctima*. La sistemática falta de elegancia de unos asesinos que daban ostensible prioridad a la eficacia en detrimento de las reglas de la cortesía más elemental y jamás se tomaban la molestia de advertir a su objetivo de la inminencia de su ejecución era referida cada vez como una lamentable ausencia de juego limpio, como si los ajustes de cuentas debieran desarrollarse a la manera de una justa medieval entre caballeros. La víctima era, como siempre, *tristemente conocida por los servicios policiales*, que *pese a todo no descartaban ninguna hipótesis*. El artículo terminaba con una lírica lamentación de la violencia, seguida del deseo del restablecimiento de una paz pública conforme a las *legítimas aspiraciones de nuestros conciudadanos*.

Antonia fue a revelar sus fotos. En el momento de tomarlas no había sentido ninguna emoción concreta. Sabía que tenía que darse prisa antes de que llegara la policía. También le pareció que su compañero la vigilaba, no sin cierta indulgencia, como si bajo su atenta mirada Antonia pasara una extraña prueba iniciática que él se alegraba de ver superada. Solo ahora, bajo la luz roja del laboratorio, veía lo que había fotografiado. Al examinar atentamente la cara desfigurada por las balas, la herida abierta en el lugar del ojo izquierdo y los repugnantes restos blancos en los asientos, tuvo ganas de vomitar. Pero la náusea desapareció enseguida. Descartó las fotos que sería imposible ofrecer a la mirada de los suscriptores durante la hora del desayuno y seleccionó una en la que se veía solo el 4x4, varios cristales rotos y la pierna incongruente sobresaliendo de la portezuela. Llevaba apenas unos meses trabajando en la delegación de Ajaccio y prefería con mucho los ajustes de cuentas que las fiestas patronales, las bodas y las ceremonias oficiales a las que la habían relegado hasta entonces. Bien valían unas cuantas arcadas reprimidas.

Había empezado a trabajar como fotógrafa en una pequeña delegación del periódico en 1984, cuando todavía era «la mujer de Pascal B.», lo que tal vez había convencido a sus empleadores para contratarla a pesar de su juventud y su absoluta inexperiencia, aunque, en realidad, no se requería ninguna experiencia concreta para ilustrar las firmas locales. Bastaba con aplicar una regla única cuya existencia Antonia descubrió en su primer día de trabajo: utilizar sistemáticamente el plano general, a despecho de las lamentables consecuencias estéticas que pudieran derivarse de aquella elección. Antonia acababa de volver de Niza, donde había pasado un año completamente estéril en la universidad. Allí también, a ojos de todos, era la mujer de un preso político; el grupo de estudiantes insulares le reservaba una deferencia penosa y al mismo tiempo vigilaba hasta la menor de sus acciones, de suerte que vivía como una infanta solitaria rodeada de carabinas y se aburría lo indecible. No podía contar ni con Madeleine, que se deleitaba representando, ante un público de entendidos, el papel de esposa desconsolada pero valiente, víctima de la iniquidad del Estado, ni con Lætitia, que lamentaba casi explícitamente que a Xavier S. no lo hubieran enchironado también, privándola con su insignificancia del lugar que ella merecía en aquella tragedia. Se han vuelto idiotas del todo, se quejaba Antonia a su padrino, y añadía que Niza era una ciudad espantosa donde había tantos corsos que ni siquiera tenía la ventaja del cambio de aires y, para vivir en esas condiciones, añadía Antonia, mejor volver a casa que quedarse allí, escuchando a profesores viejos y arrogantes dando discursos soporíferos sobre la Constitución de la Quinta República, el derecho societario o el derecho procesal penal. Él sabía que su función era hacerla entrar en razón, recomendarle que se esforzara o, al menos, aconsejarle que se matriculara en Corte, cuya universidad había abierto sus puertas dos años antes, podría probar con una carrera que le conviniera más que Derecho, pero era incapaz, la compasión completa y dolorosamente desproporcionada que Antonia le inspiraba le impedía mostrarse razonable, y fue a hablar con su amigo periodista y le suplicó que diera trabajo a su ahijada como fotógrafa. Luego llamó al bar nizardo que frecuentaba Antonia y donde al menos podría dejarle un mensaje si no estaba, pero el dueño del bar le pasó a su ahijada y, cuando le anunció la noticia, ella profirió un largo grito de júbilo. ¡Qué alegría! ¿Y a mamá le parece bien? Sí, sí, balbuceó él. Después de colgar, intentó convencerse de que no acababa de decir una mentira descarada pues, con las prisas, no se había acordado de consultar el asunto con su hermana. Naturalmente, no era del todo imposible que ella lo felicitase por haber tomado tan brillante iniciativa y la aprobara con entusiasmo, en cuyo caso solo sería culpable de haberse

adelantado un poco a la verdad, lo que a lo sumo podía considerarse como un pecado venial, pero como era de esperar su hermana no dio en absoluto su aprobación y poco le faltó para arriesgarse a la condenación eterna por levantar la mano a un hombre de Dios. Él le suplicó que se calmara y que diera una calurosa bienvenida a Antonia cuando volviera de Niza, ella no había tenido nada que ver, solo él era culpable y mostraba todos los síntomas externos de la más perfecta contrición. ¡Pobre imbécil!, le dijo su hermana, ¡esta niñata te tiene comiendo de su mano desde siempre y tú no te das ni cuenta!, y él agachó la cabeza mientras ella agitaba un dedo índice tembloroso de indignación bajo sus narices, iba a abofetearlo, como cuando eran críos y él había hecho una travesura, y se disponía ya a ofrecer piadosamente la mejilla izquierda después de haber recibido un bofetón en la derecha cuando su cuñado salió en su auxilio haciendo resonar la voz de la razón: la mayoría de chavales de la región que en los últimos años habían salido a estudiar no se licenciaban, repetían primero una y otra vez, no pisaban las clases, ni siquiera se presentaban a los exámenes, y su vida consistía en correrse una juerga desenfundada con el dinero que les enviaban sus desgraciados padres; no había motivo para lamentarse si Antonia podía trabajar en un campo que le gustaba en vez de extraviarse por los caminos del derroche y la perdición.

Así fue como Antonia, provista de una cámara profesional y un objetivo zoom 16-35, puso rumbo a su primer reportaje, un campeonato de petanca de tripletas en un pueblo de montaña. Tenía que sacar fotos, por supuesto, pero también recoger las impresiones de organizadores y participantes, y ella llevó a cabo su labor con la misma seriedad que si la hubiesen enviado a cubrir la Conferencia de Yalta. Inmortalizó al lanzador del equipo ganador, en contrapicado, en el momento en que la bola de acero salía volando de su mano para describir una larga curva centelleante en el cielo veraniego; fotografió la entrega de trofeos y charló largo y tendido, durante el aperitivo de clausura, con unos representantes públicos más o menos embriagados de pastís. Cuando el director de la delegación examinó su trabajo, exhaló un suspiro de abatimiento. Aquello no había por dónde cogerlo. Antonia no había entendido lo que se esperaba de ella y el hombre se puso a explicárselo, llamándola «cielo» con afectuosa condescendencia. Obviamente, una partida de petanca en un medio rural no era un acontecimiento susceptible de interesar a nadie salvo a quienes habían participado en él, y estos participantes se interesaban aún más por cuanto les brindaba la oportunidad de salir en los periódicos y recortar el artículo que dejaba para la posteridad el recuerdo de ese día excepcional. La torpeza de Antonia y sus pretensiones estéticas los privaban de una alegría con la que ya contaban y al director no le cabía duda de que, al día siguiente, llamarían a la redacción para transmitir su decepción, podía darlo por sentado, y era precisamente por eso por lo que, en circunstancias semejantes, había que sacar una foto de grupo, incluyendo en el plano a la mayor cantidad posible de personas, empezando por el alcalde y el consejo municipal al completo. ¿Para qué podía servir si no un objetivo gran angular? Antonia, a quien se le había escapado el carácter retórico de la pregunta, se puso a confeccionar una lista de usos posibles y a la vez dignos que el director de la delegación no le dio tiempo de terminar.

No estamos aquí de cháchara, cielo: te estoy explicando en qué consiste tu trabajo. Si quieres ponerte creativa, hazlo en tu tiempo libre.

Con el gran angular enroscado en la cámara, Antonia hizo una serie de atroces retratos de grupo con motivo de fiestas patronales, inauguraciones de campings, certámenes de *misses*, conmemoraciones varias, aplicando la consigna del director con un ahínco tan escrupuloso que prescindía de cambiar de objetivo cuando, excepcionalmente, tenía que retratar individuos

aislados o en pareja en primer plano. En las fotos que ilustraban artículos con los titulares «¡Sí, quieren!» o «Y comieron perdices», los recién casados, deformados por el objetivo de 16 mm, presentaban todos el mismo apéndice nasal desmesurado, y las orejas parecían estirarse peligrosamente hacia la línea del horizonte, como si alguien, por alguna razón misteriosa y perversa, hubiese tratado de aplanarles la cabeza con ayuda de un torno. Antonia expresó su frustración profesional a un colega al que tenía especial aprecio porque, a diferencia de los demás fotógrafos del periódico, no se sentía en la obligación de llevar chalecos adornados con una cantidad inverosímil de bolsillos inútiles y, anudados con descuido alrededor del cuello, unos pañuelos color arena que supuestamente daban un aire de aventurero. Él llevaba treinta años trabajando para el periódico y se había resignado desde hacía mucho tiempo a no esperar nada de su trabajo. Pero todos los fines de semana recorría la isla en busca de apriscos abandonados, había fotografiado ya cientos de ellos, los muros de granito, los muros de esquisto, los muros de caliza recubiertos de zarzas, los tejados desmoronados, a lo largo de caminos cuya existencia nadie recordaba, quería hacer un libro sobre ellos, estaba buscando editor, y Antonia no entendía que una persona pudiera obligarse a dar largas caminatas por la montaña para fotografiar un montón de piedras abandonadas en lugares sombríos y desolados, pero cuando vio su trabajo quedó impresionada por la potencia estética que emanaba aquel minucioso inventario de la ruina que no hablaba ni del pasado ni de la naturaleza, sino solo de la inevitable derrota de los hombres. Porque ella también, en su tiempo libre, como le había sugerido el director de la delegación, hacía fotos que retrataban la misma derrota. Retrataba a sus amigos, a la hora del aperitivo, en el rincón de la chimenea del bar, con los ojos puestos en las brasas, y los sábados por la noche, en una discoteca desierta que olía a cerrado y a tabaco frío, acodados en la barra alrededor de botellas de whisky y de ginebra en las que estaba escrito el nombre del pueblo con rotulador negro, en mayúsculas; ella captaba su languidez, el triste discurrir de unas existencias perdidas en las brumas de un invierno interminable, aguardaba el instante en el que aquellas personas se replegaban tan profundamente en sí mismas que olvidaban del todo su presencia y la de la cámara. Antonia se volvía invisible y salía de caza por las calles del pueblo en busca de humanos extraviados, una anciana apoyada en una cañaheja, con un perro a cada lado, cerca de la camioneta del panadero ambulante, un niño que se acercaba, con una bolsa de basura en la mano, al contenedor de cemento donde se quemaban los desechos, del que salía un largo penacho de humo negro que ascendía formando volutas espesas hacia el cielo sin color. Ninguna de las escenas que Antonia fijaba en la película constituía un acontecimiento propiamente dicho, el director de la delegación jamás habría aceptado que aparecieran en el periódico, sin embargo eran esas fotos, mucho más que las de los jugadores de petanca o las de los responsables de los servicios departamentales, las que desvelaban la realidad de la vida. Esta idea agradaba mucho a Antonia, a quien por entonces le gustaba representarse sin atisbo de modestia como una vestal que mantenía encendida la llama frágil de la verdad. Pero cuando miraba sus fotos personales, sospechaba que no todo estaba claro en aquella historia de la verdad. Bajo su objetivo, todos sus amigos recordaban a personajes de tragedia acosados por indecibles tormentos, lo que más o menos podía ser cierto para un muchacho como Simon T., pero parecía mucho más dudoso en el caso de Lætitia O., que se dedicaba a la vida contemplativa tras haber abandonado también sus estudios en Niza, o en el de Xavier S., cuya vida interior, hasta donde Antonia era capaz de juzgar, debía de ser tan rica como la de una ameba congelada en una banquisa. Porque el problema era

precisamente la ausencia total de tragedia y las fotos de Antonia fracasaban en dar cuenta de ello porque estaban demasiado cargadas de un significado del que sin embargo carecían. A sus imágenes les faltaba inocencia. No se conformaban con acoger el rastro cándido del instante, sino que se inscribían, sin que Antonia entendiera por qué, dentro de toda una red, charlatana y solemne, de interpretaciones superfluas, acaso engañosas. En ese mismo momento, en Turquía, unas mujeres desconsoladas buscaban a las víctimas de un terremoto, un coche bomba explotaba en Beirut, un hombre elevaba el cuerpo de un niño hacia el cielo y la inextinguible cólera de Dios, y había fotografías allí, haciendo visible lo que nadie quería ver, no se limitaban a oscilar estúpidamente entre la insignificancia y la mentira, eran útiles, valientes y obstinados, y Antonia, para la que Niza, después de Ajaccio, representaba entonces los confines septentrionales del mundo conocido, soñaba con unirse a ellos y combatir en sus filas contra la comodidad de la ignorancia. De vez en cuando, varios atentados seguidos o un ajuste de cuentas le brindaban la oportunidad de llevar a cabo un trabajo periodístico de verdad pero estos sucesos eran muy poco habituales y ella no conseguía más que instantáneas sin interés de segundas residencias destruidas o de gendarmes inclinados sobre un cadáver al que resultaba imposible acercarse.

Su nuevo oficio, por insatisfactorio que fuera, al menos le había permitido ser independiente mucho antes de lo que ella misma hubiera imaginado. Había abandonado el dormitorio de su infancia y el pueblo para alquilar un piso en la ciudad y había comprado un coche de segunda mano para el que fingía haber pedido un crédito, pero que su padrino le había pagado en secreto. Había decorado con mimo su habitación, quemaba varas de incienso y papel de Armenia, se imaginaba tumbada entre el frescor de las sábanas limpias junto a Pascal B., a su salida de prisión. Cuando Antonia se enteró de que iban a liberarlos a Jean-Joseph C. y a él, en mayo de 1985, no pudo evitar echarse a llorar en medio de la redacción del periódico. El director y todos sus colegas fueron a darle un abrazo y las lágrimas se intensificaron. Había esperado a Pascal durante casi dos años y ahora que sabía que aterrizaría en Ajaccio al día siguiente como muy tarde, le parecía que ya no podía esperar ni un minuto más. Pero evidentemente las horas más largas terminan por pasar, y Antonia circulaba hacia Campo dell'Oro con Simon, Madeleine, que había vuelto apresuradamente de Niza, Lætitia y Xavier, hasta el vestíbulo de llegadas, donde unos militantes sobreexcitados agitaban banderas con cabeza de moro y cantaban, y gritaron todos juntos cuando se abrieron las puertas del avión, Antonia vislumbró las siluetas de los pasajeros que avanzaban por la pista, trataba de identificar a Pascal pero no veía nada, la marabunta la zarandeaba, hasta que de pronto lo vio, a escasos metros de ella, retenido por unos brazos desconocidos, y él le hizo un gesto con la mano y le guiñó un ojo, y ella se quedó petrificada en el caos de los latidos de su corazón hasta que él se acercó por fin, le acarició la mejilla y le dio un beso en los párpados. Por la noche, se reunieron todos en un restaurante de la montaña donde agasajaron a Pascal B., para celebrar dignamente su regreso, con las especialidades de las que lo habían privado durante largos meses. Estaba eufórico. Bebía mucho. Antes de que terminara el aperitivo, se inclinó hacia el oído de Antonia. Ven conmigo. No puedo esperar más. Salieron del salón del restaurante y varias miradas cómplices se posaron sobre ellos e incomodaron a Antonia. Circularon a través de un bosque de pinos tapizado de helechos altos que ondeaban bajo la brisa primaveral. La luna estaba llena, Antonia pensaba en su piso, impecablemente ordenado y perfumado, en las sábanas blancas del lecho nupcial, pero no decía nada, no quería echar a perder el primer día de libertad de Pascal con la excusa de que no todo estaba saliendo como ella

hubiera querido. Ven. La arrastró al asiento trasero y la besó con una fogosidad desagradable y sin darle tiempo a responder a sus besos ni a devolverle las caricias, Pascal deslizó una mano febril bajo su vestido e introdujo un dedo en su sexo con brutalidad. Al principio, Antonia quiso calmarlo y liberarlo de su torpeza, no le dijo que le hacía daño, murmuró con toda la dulzura que pudo, espera, por favor, espera un poco, pero él sacudía la cabeza convulsivamente, le lamía la oreja, la embadurnaba de saliva, no puedo más, no te imaginas, de verdad que no puedo más. Le temblaba la voz y Antonia no sabía qué era más vulgar, si su voz temblorosa o las palabras que pronunciaba, intentó rechazarlo sin prescindir de la delicadeza, repitiendo espera, bésame, pero él ni siquiera la oía y la penetró apartando el elástico de sus bragas. Antonia dejó de oponer resistencia. Se sentía traicionada por la docilidad de su cuerpo, que se ofrecía débilmente, se oía gemir a pesar de que la vulgaridad insigne de aquella voz masculina, cargada de un deseo que no la incumbía, hacía volar en pedazos sus sueños de incienso, de ternura y de sábanas blancas y, al cabo de unos segundos, Pascal B. se corrió exhalando un estertor que ella habría preferido no oír y cerró los ojos para nada mientras él se dejaba caer sobre ella con todo su peso. Antonia salió del coche. Él se quedó postrado un momento, y luego fue a su lado. Estaba buscando su tabaco. Sonreía. Ella se echó a llorar antes incluso de haber tomado conciencia de su propia tristeza. Pascal se quedó estupefacto. Le preguntó qué le pasaba y quiso abrazarla, pero ella se zafó sin hacer ya ningún esfuerzo por mostrarse tierna, se tapó la cara con las manos, las lágrimas le resbalaban entre los dedos, hipaba, y el bosque silencioso, la luz de la luna reflejada por los helechos, los contornos irregulares de las Agujas de Bavella en el horizonte, todo le parecía triste y congelado en la eterna y desdeñosa indiferencia del tiempo, quería cerrar los ojos, olvidar ese instante, olvidar a ese hombre que no conocía y que por fin había entendido que algo no iba bien y se acercaba a ella diciendo que lo sentía mucho sin que ella encontrara esta vez la fuerza necesaria para rechazarlo. Había pensado en ella durante demasiado tiempo, con dolor, la deseaba muchísimo, te deseo muchísimo, decía con convicción, y este lugar común del vocabulario amoroso la repugnaba, Pascal era incapaz de encontrar palabras para ella y en el fondo mejor, porque Antonia sabía que si él hubiera intentado hacer un pequeño esfuerzo de inventiva hubiera sido mucho peor, aunque habría preferido que se callara del todo y la dejara llorar, pero no la dejaba, estaba muy cerca de ella, le decía que la quería, como si fuese el momento oportuno para hacer por fin esa confesión que ella había esperado tanto tiempo y, cuando Antonia lo miró, Pascal estaba tan manifiestamente confuso y desarmado que parecía un niño pequeño y ella lo estrechó entre sus brazos y le dijo que también lo quería, que siempre lo había querido. No quiero que lo hagamos más en el coche. Nunca más. De acuerdo, respondió él. Regresaron al restaurante y, al término de la velada, él se despidió de sus padres con un beso y se fue a dormir a casa de Antonia.

Ahora Pascal pasaba varias noches por semana en su casa y eso era ser adulto, no disponer de un piso y de un sueldo, sino simplemente acostarse con Pascal B. en una cama y no en el asiento trasero de un coche, lo que resultaba ser no solo más cómodo, sino sobre todo más gratificante, pues él siempre llamaba para preguntar si podía ir y aunque Antonia respondía invariablemente que sí, porque lo esperaba a todas horas, agradecía que Pascal tuviera ese detalle y la tratara por fin, a pesar de que nada lo obligaba, como a un individuo dotado de libre albedrío. Para Antonia era un motivo de satisfacción nada despreciable sobre todo porque su vida no le ofrecía ningún otro. Seguía yendo todos los fines de semana a la discoteca de su adolescencia, que

desde principios del verano de 1985 empezó a pinchar una música de una estupidez escandalosa, se sentaba en el mismo reservado con Lætitia y Madeleine, que también había abandonado los estudios y le confesaba a Antonia, gritándole al oído para hacerse oír a la vez que lanzaba miradas de inquietud a la barra donde bebía Jean-Joseph C., que había tenido un lío en Niza con un estudiante de licenciatura. El tipo no era corso, por suerte, no tenían ningún amigo en común, lo había conocido en la biblioteca, una de las pocas veces, acaso la única, que ella la había pisado, y se habían acostado una hora después de conocerse, mientras Jean-Joseph estaba todavía en la cárcel, ella había llorado durante todo el día siguiente, se sentía terriblemente culpable, y sin embargo había vuelto a ver al chico varias veces, no entendía por qué, con el tiempo la culpabilidad se fue haciendo más tolerable hasta que se volvió casi imperceptible y solo quedaba el deseo de verlo y acostarse con él una vez más, un deseo terrible y aún más imperioso por el hecho de estar absolutamente exento de escoria sentimental, y llamaba a la puerta de su estudio, no le daba lugar a que pronunciara una sola palabra y, cuando despertaba, le horrorizaban la violencia de sus arrebatos lúbricos y los recursos desconocidos de su imaginación depravada, el cargo de conciencia la machacaba, era insoportable, salía corriendo, y así había vivido varios meses, hasta la semana anterior, porque cuando había ido a recoger sus cosas a la ciudad universitaria no había podido evitar ir a buscarlo, por supuesto jurándose que sería la última vez pero sin creer ni una palabra, de suerte que la única forma de salir del brete y de que esa vez fuera la última sería no volver a Niza nunca más. Me he portado como una puta, concluía Madeleine a grito pelado para hacerse oír a duras penas. ¿Cómo?, chillaba Antonia. Soy una puta, repetía Madeleine. Antonia le aseguraba que no era una puta, no la juzgaba, pero lo único que tenía para ofrecerle era la sonrisa abstracta de su compasión, pues no entendía que la carne pudiera estar en el origen de semejante tormento y no lograba interesarse. A ella solo le preocupaba su futuro profesional. Temblaba solo de imaginarse veinte o treinta años más tarde trabajando todavía en la misma redacción y tan acostumbrada a hacer fotos pobres que ya ni siquiera sería consciente de ello e incluso se mostraría ridículamente orgullosa de su trabajo. En julio, el FLNC* había decidido celebrar una rueda de prensa en la región, proporcionando así a Antonia la inesperada oportunidad de hacer un reportaje digno de tal nombre. Una noche, se encontró al pie de una carretera provincial en compañía de un colega del periódico y de un equipo de la cadena de televisión regional. Una furgoneta se detuvo junto a ellos. La puerta se abrió y un hombre con uniforme de faena y pasamontañas los invitó a subir. Antonia se sentó con sus compañeros. Adoptó una actitud de indiferencia para disimular la emoción de estar viviendo una aventura extraordinaria, pero el trípode de la cámara se le escapó y rodó por el suelo. El militante lo recogió y se acercó a ella para devolvérselo. La miró fijamente y ella tuvo la sensación de que le sonreía bajo el pasamontañas. Murmuró un tímido gracias. De nada, respondió él con educación. Antonia reconoció inmediatamente la voz de Simon T. y sospechó que solo había hablado para que ella lo reconociera. La furgoneta se detuvo. Simon T. indicó a los periodistas que lo siguieran y enfiló un sen-dero que llevaba a un claro. Bajo una bandera corsa colgada de las ramas de un árbol había un militante clandestino sentado a una mesa con un papel en la mano y rodeado de una decena de hombres armados. Se puso a leer el texto de un comunicado y, esta vez, Antonia reconoció la voz de Pascal B. a pesar de los esfuerzos grotescos que él hacía para disfrazarla. Mientras hacía fotos, pensó que debía de conocer todos y cada uno de los rostros disimulados bajo los pasamontañas, y lo que habría podido antojársele como un privilegio de iniciada en los

Misterios la deprimió profundamente. Toda su alegría de llevar a cabo una tarea que valiese la pena desapareció. No estaba participando en la emocionante historia de una isla del Mediterráneo, sino en un mero juego pueril en el que unos amigos de la infancia se disfrazaban de guerrilleros y periodistas sin lograr siquiera tomarse en serio sus respectivos papeles. Antonia fotografiaba actores malos recitando el texto increíblemente pomposo de una obra fallida al que ni la violencia ni los años de prisión podrían otorgar autenticidad y, en esa obra, Antonia también actuaba, quizá aún peor que los demás. Cada vez que apretaba el disparador, validaba aquella puesta en escena que nada tenía que ver con la realidad pero que solo existía en espera de su transformación en imágenes. Todo esto le parecía muy poco respetable. Es más, pensándolo bien, la aplastante mayoría de los fotógrafos no ejercía un oficio respetable, daban importancia a temas fútiles, peor aún, fabricaban futilidad, y si además tenían pretensiones artísticas, muchísimo peor, cualquier retrato de familia, aunque estuviera borroso o mal encuadrado, valía infinitamente más que la mayor parte de las fotografías de prensa, por no hablar de la publicidad y de la moda, donde todos los límites de la ignominia se traspasaban sin tapujos, de tal suerte que las revistas más prestigiosas no eran a fin de cuentas más que unos periodicuchos todavía más repugnantes que el diario regional para el que Antonia seguramente estaría condenada a trabajar toda su vida. En Lyon arrancarían pronto el juicio al comando del FLNC que, en junio de 1984, había entrado en la prisión de Ajaccio para ejecutar a Jean-Marc L. y Salvatore C., responsables del secuestro y el asesinato de Guy O., militante y tesorero de la organización que a Antonia le costaba cada vez más calificar de clandestina. Corrían rumores aterradores sobre Salvatore C., un torturador y un asesino que, según se decía, tenía por costumbre dar de comer a los cerdos los cadáveres martirizados de sus víctimas. Antonia había consultado el sumario que Pascal B. había conseguido, sin duda a través de un abogado. En él se veían las fotos de los cadáveres tendidos en las camas de su celda. Jean-Marc L. llevaba un pijama de rayas. Sus manos y pies se retorcían como garras. Las autopsias también estaban minuciosamente documentadas. Los cráneos estaban aserrados, las cajas torácicas abiertas, las vísceras expuestas al aire, unos tallos largos penetraban en las heridas de los impactos de bala, el acero quirúrgico brillaba y el médico forense presentaba solemnemente ante el objetivo la masa pálida de un cerebro como si revelara al mundo la lamentable materialidad de la vida. Antonia examinaba las fotos con atención, sin especial repugnancia, porque le resultaba casi imposible imaginar que esas piezas de casquería hubiesen estado ensambladas para formar un cuerpo humano. La foto que más la fascinaba mostraba a unos hombres vivos, los miembros del comando, justo después de su arresto, alineados de pie delante de un muro blanco, Pierre A., Pantaleón A., Bernard P., que habían entrado en el centro de detención preventiva disfrazados de gendarmes, y Jean-Dominique V. y Georges M., que habían sido detenidos en el exterior. En ese instante, seguramente esperaban pasar toda su vida entre rejas o, si no toda la vida, al menos lo que les quedaba de juventud. Su mirada estaba fija, cargada de altanería y resignación, acaso con un matiz de desafío u orgullo, una mirada tan intensa y desgarradora que Antonia no podía mantenerla sin que se le llenasen los ojos de lágrimas. La mirada de los vencidos frente a su enemigo. No esperaban nada, no se arrepentían de nada, eran admirables en el fracaso, mucho más de lo que habrían sido si la operación hubiera salido bien y nadie, nunca, hubiese podido ver sus caras. No había superchería ni puesta en escena, solo la potencia de la verdad. Un policía que no entendía nada de fotografía había hecho aquella foto inolvidable solo porque estaba allí en el momento oportuno. Antonia pidió que la enviaran a Lyon

para cubrir el juicio. Le respondieron que era imposible por dos motivos que resultaban ser excluyentes: no se autorizaba la toma de imágenes durante una vista en una sala de lo penal, detalle que Antonia ignoraba, y aunque no hubiera sido el caso, no la habrían elegido a ella para cubrir un acontecimiento de tal envergadura. Pidió vacaciones y se marchó a Lyon con Pascal B., Simon T. y otros militantes de la región. Durante el viaje, pensó amargamente que nadie optaría por enviar a Pascal B. a la prisión de Ajaccio; como a ella, a Pascal solo le confiaban misiones miserables; por lo tanto, formaban una pareja particularmente bien avenida. Cuando él se sentó a su lado en la sala del palacio de justicia de Lyon, puso una mano en su hombro mientras miraba fijamente el banquillo que iban a ocupar los acusados. Antonia percibía su fervor, la sinceridad total de su fe y se reprochó el hecho de mostrarse tan mala con él. Los acusados entraron. Durante todo el proceso, Antonia imaginó las fotos que habría podido hacer si un reglamento absurdo no se lo hubiera prohibido: Pierre A. leyendo el texto de una declaración común, el fiscal reclamando la cadena perpetua, el armiño, las togas escarlata, las togas negras, Antoine S. recitando ante el jurado los versos de antiguos llamamientos a la venganza, vibrantes de un odio irredimible, no bastaba con matar a los asesinos, una bandada de cuervos tenía que devorar sus carnes y abandonarlos insepultos en la iniquidad de sus osamentas desnudas para que el día del Juicio Final no pudieran participar en la resurrección, las lágrimas de Marie-José B. cuando el presidente dictaminó condenas de tres a ocho años de prisión, los acusados incrédulos en el banquillo, haciendo un esfuerzo para no estallar de alegría, y Antonia se preguntó cuál de esos rostros había sido el último que Jean-Marc L. y Salvatore C. habían visto cuando los habían despertado aquel día, aquel día de la ira, el rostro del que, como ellos, iba a convertirse en asesino, y qué voz les había anunciado: «Venimos de parte de Guy O.», dejándoles tiempo de comprender que no serían perdonados pues la misericordia de Dios no puede empañar Su justicia y los malditos deben ser llamados a la acritud de las llamas del infierno, y tal vez en esa mañana de junio de 1984 no habían visto el rostro de un hombre, sino el del rey de terrible majestad abatiendo sobre ellos su castigo y reservando a otros la redención y la gracia, que sostenía con una mano la cabeza cortada con cabellera de serpientes cuya mirada se había cruzado con sus ojos ciegos, y el terror había reducido sus corazones a ceniza justo antes de que los disparos resonaran en los pasillos de la prisión, como habían resonado en los oídos de Antonia en las callejuelas del casco antiguo de Ajaccio, durante el invierno de 1987, y resonarían cada vez más a menudo en el transcurso de los años sucesivos. Se llevaron a los acusados. Antonia y sus amigos fueron a tomar una copa a un bar cercano al palacio de justicia. Pascal B. estaba eufórico. Nunca se hubiera esperado penas tan moderadas. El FLNC había previsto organizar la evasión del comando en el caso, que parecía inevitable, de una condena superior a diez años. Ahora ya no valía la pena. Antonia se lamentaba aún de todas las fotos que podría haber hecho. Se quedó callada y se inclinó de pronto hacia Simon T., sentado a su lado en la mesa.

Era superior a tus fuerzas callarte, ¿no?

¿Cómo?, preguntó él, sin comprender.

El día de la rueda de prensa, dijo Antonia, ¿no podías cerrar la boca? ¿No se te ocurrió pensar que hay cosas que no me interesan en absoluto y que no me apetece saber?

Se mostraba deliberadamente mezquina. Hablaba bajito para que los demás no escucharan lo que decía pero la voz que Simon T. ya nunca volverá a oír temblaba de cólera e indignación.

Simon se encuentra a los pies de Nuestra Señora del Rosario, muy tieso en su asiento, en el horno que es la iglesia. El sudor le resbala por la cara, le arde en los ojos y le empapa la ropa. A veces, una corriente de aire lo estremece. Ha escuchado diecisiete tercetos del interminable *Dies iræ*, la alternancia repetida de dos líneas melódicas. El canto concluye con tres dísticos que vienen a romper la monotonía del conjunto. Un cantante entona solo, en una nota muy alta, *Lacrimosa dies illa, ¡Oh día de lágrimas, aquel en el que resurgirá del polvo el hombre para ser juzgado como reo!* Simon no cree que Antonia sea culpable de nada, ni que vaya a resurgir de las cenizas. Llevaba razón al enfadarse con él. Lo que había hecho había sido ridículamente pueril. En la furgoneta se había sentido orgulloso del pasamontañas, orgulloso de la pistola que llevaba en el cinturón, orgulloso como un imbécil. No había podido resistirse a las ganas de revelar su identidad, para que ella viera que, contra todo pronóstico, se parecía un poco a Pascal B., el hombre que él tanto admiraba y que poseía todo aquello que él, Simon, jamás tendría: el respeto de todos, la gloria de la prisión y el amor de Antonia. Solo había querido decirle: ves, yo también estoy aquí, porque era lo único que tenía derecho a decirle. Pero la había enfurecido, era superior a tus fuerzas callarte, ¿no?, y se sentía desamparado ante esa ira que lo hacía sufrir, se sentía atrapado en la mesa de aquel bar de Lyon, no podía huir, tenía miedo de que Antonia captara la magnitud de su dolor y entendiera que este no derivaba de una simple herida en su amor propio, y Simon había agachado la cabeza y murmurado las palabras de disculpa que repite ahora mirando el ataúd, lo siento mucho, Antonia, lo siento muchísimo.

6. Evangelio: Juan 11, 21-27

(Baile de san Roque, Alta Rocca, 1973)

Purifica mi corazón y mis labios, oh Dios todopoderoso, que purificaste los labios del profeta Isaías con un carbón encendido.

Tales son las palabras con las que el sacerdote se prepara para la lectura del Evangelio. En la forma extraordinaria del rito romano, para la misa de difuntos, se trata de un fragmento del Evangelio según san Juan. Lázaro de Betania lleva cuatro días muerto. Marta, su hermana, dice a Jesús, que acaba de llegar a la aldea: *Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano*. Jesús le anuncia que Lázaro resucitará y Marta piensa que le habla de la lejana resurrección del último día de los tiempos. Al igual que los discípulos, que no paran de malinterpretar las palabras del maestro, no comprende nada. Pero Jesús le dice: *Yo soy la resurrección y la vida*. Marta responde que cree en él, que él es el hijo de Dios cuya venida esperaban los judíos, y con esta profesión de fe termina el pasaje. Lo que ocurre a continuación es bien conocido. Jesús se deja conducir al sepulcro, pide que retiren la piedra que lo tapa, llama a Lázaro y este, en la debilidad de sus carnes ya descompuestas y entorpecidas por la mortaja, se levanta y se acerca a él. Todos los testigos de la escena depositan su fe en Jesucristo, quien seguramente acoge con acritud y hartazgo el hecho de ganarse los corazones rebeldes solo a costa de milagros espectaculares e incesantes. El texto, naturalmente, tiene la función de consolar a la familia del difunto a la que, como a Lázaro, se le promete la resurrección. El padrino de Antonia se acuerda de que, cuando era niño, los viejos desconfiaban de la resurrección. Su abuela, pese a que velaba por que él rezara sus oraciones a diario y pasaba todo su tiempo entre la iglesia y el cementerio, no creía en ella. No recelaba de que el sacerdote mintiera, pero sí de que se dejara llevar por un entusiasmo excesivo al imaginar que el privilegio de la vida eterna, sin duda reservado a los hombres de Dios, debía recaer además sobre el común de los mortales. Él sí va a resucitar, decía, pero nosotros, no. Si los muertos sobrevivían, era bajo la forma de espectros inquietantes, celosos y amnésicos que habitaban las márgenes de los ríos al caer la noche y cuyos favores había que negociar. En el fondo, las viejas beatas no habían renunciado al paganismo, creían que había que portarse bien con Dios y con las fuerzas sobrenaturales para alejar las desgracias de la vida terrestre y, de todas esas desgracias, la muerte era precisamente la única de la que no podía uno salvarse ni consolarse, de ahí que la desearan a sus enemigos. De tanto tratar con ellas, el padrino de Antonia ha conservado cierta desconfianza hacia las palabras de consuelo. Durante todos sus años de sacerdocio, ha visto la misa transformarse inexorablemente en una unidad de apoyo psicológico y ha oído a curas rivalizar en sandeces en sus homilias, transformar la desgracia en dicha mediante un juego de manos bochornoso, como si la muerte pudiera tratarse con ligereza sin ser simple y llanamente negada, como si hubiera en ella material para el regocijo. Él no quiere negar la muerte. No quiere pronunciar palabras de consuelo cuya obscenidad lo asquea. Cada vez que ha tenido que preparar una homilía para un oficio de difuntos, ha procurado no edulcorar la ambigüedad del texto bíblico, pues ni las Escrituras ni la liturgia presentan la muerte como una broma amable, aunque se haya intentado suprimir todos los textos que hablan de la angustia y el terror, el *Dies iræ*, el *Libera me*, que él se obstina en hacer recitar o

cantar porque se niega a admitir que los hombres tengan que ser tratados como niños. Durante la década de los noventa, enterró a tres muchachos asesinados, entre ellos Pascal B., y nada más llegar a su parroquia del continente, tres años antes, tuvo que celebrar el funeral de una niña de cinco años atropellada por un coche. Pasó la noche anterior rezando, habría preferido renunciar a su homilía, no tener que pronunciar la más mínima palabra personal y no abrir la boca salvo para decir lo que estaba prescrito, pues ¿quién querría ser consolado cuando el propio Señor está llorando? Pero llega el momento temible en el que es imposible mantenerse más tiempo al amparo del ritual, hay que pronunciar ante la parroquia y ante el difunto las palabras torpes que uno ha escogido en soledad, que uno nunca sabe si resultarán demasiado melodramáticas o, por el contrario, demasiado desenfadas, cuando sería infinitamente más fácil seguir leyendo el Evangelio, cuyo texto, como es natural, no se detiene en la proclamación de la vida eterna. Después de Marta, Jesús se encuentra con María. Ella se prostra a sus pies, llora, él se estremece, tiembla y se echa a llorar también, como si olvidara que Lázaro se levantará enseguida de su tumba y que por lo tanto no hay motivos para el dolor. En la catequesis, cuando el padrino de Antonia era niño, se ofuscaba por lo que consideraba un craso error de lógica elemental. Si va a resucitarlo, ¿por qué llora?, preguntaba. El sacerdote parecía avergonzado. Aventuraba respuestas confusas, ninguna de las cuales resultaba satisfactoria porque no era un gran teólogo y, ante la insistencia del pupilo, acababa por imponerle silencio fustigando la tendencia maligna al escepticismo que acabarían por llevarlo por el mal camino. Tras la primera comunión, el padrino de Antonia anunció que no quería seguir en la catequesis y al principio se negó, a pesar de las amenazas de su madre, a reconsiderar su decisión, hasta que le revelaron que, si se empeñaba, también tendría que renunciar a ayudar en misa. Él no podía privarse de ser monaguillo, le gustaba el alba blanca, la repetición minuciosa de los gestos, el denso perfume del incienso de iglesia. Cedió pues al piadoso chantaje y prosiguió su educación cristiana, sin hacer más preguntas, aunque siguiera sintiéndose engañado. Hoy, cree que ni las lágrimas de Jesucristo ni sus súplicas desesperadas durante la noche de espeluznante soledad del huerto de Getsemaní para que sea apartado de sus labios el cáliz de la agonía ocultan error de lógica alguno, ninguna contradicción que sea menester relegar o pasar por alto, porque el Dios encarnado en hombre padece tormentos y ¿qué habría tenido de humano si se hubiera ahorrado la experiencia de la angustia y la desesperación? El sacerdote se levanta para pronunciar su homilía. El discurso que ha preparado se desmorona, ya no recuerda lo que quería decir, solo sabe pensar, nosotros también, nosotros sabemos que está junto al Señor y aun así lloramos, pero no lo dice. Mira a su hermana, a sus hermanos, a su cuñado, a su sobrino y el ataúd, no le da vergüenza estremecerse y dice: Jesús va a resucitar a Lázaro pero justo antes del milagro, llora y a nosotros puede extrañarnos pues, al fin y al cabo, Él es la resurrección y la vida, ¿por qué llora? Trata de explicarlo, dice que esas lágrimas brotan del mismísimo corazón del cristianismo, y piensa que su posición es imposible, uno nunca sabe cómo comportarse con los muertos, ni a qué distancia mantenerse de ellos, ninguna distancia es la apropiada, seguramente; cuando no los conocemos, hay que evitar ceñirse a las banalidades que siempre inspira una compasión laboriosa, más bien procurar atraparlas en su imperfecta singularidad, y cuando los conocemos no hay que dejarse llevar por el lirismo del propio dolor, dejar hablar al tío y al padrino en lugar de al sacerdote, siempre se usurpa algo, en el fondo, el duelo de las familias, la sotana, no hay solución, lo mejor sería no plantearse preguntas, repetir siempre las mismas frases cambiando solo el nombre, Tu siervo, Tu sierva,

vivieron en la esperanza de Tu luz, de las aguas del bautismo al tránsito, Tú los acompañaste a lo largo de toda su vida, escucharon Tu palabra, siguieron Tus mandamientos, Te amaban y tenían fe en Ti, como si solo diéramos sepultura a santos, cuando no es cierto, los muertos no son santos, piensa él, no más que los vivos, y Antonia no vivió en la esperanza de Tu luz porque Antonia no Te amaba, en realidad, Te odiaba y solo Te otorgaba la existencia para pedirte que rindieras cuentas del mundo y colmarte de reproches, a no ser, piensa, que no fuese a Ti a quien colmaba de reproches sino a mí, y por mucho que yo le dijera que no podía explicar el sufrimiento, sino solo tratar de aliviarlo, ella me guardaba rencor porque no solo no le explicaba nada, sino que, para colmo de males, tampoco le aliviaba nada, me lo decía con maldad, para hacerme daño, porque estaba furiosa, pero tenía razón, en un sentido, yo era incapaz de aliviar el sufrimiento, por lo menos el suyo, y cuando volvió de Yugoslavia acabó por no soportarme, la fe ya no era para ella un error o una ingenuidad de la que pudiera burlarse en última instancia, era una falta moral, una infamia, el síntoma de una ceguera culpable y monstruosa pero eso no es pecado, la debilidad de un corazón lleno de amor no es un pecado a Tus ojos y por eso sé que está a Tu lado, aunque yo la llore igualmente, piensa él, mientras continúa a trancas y barrancas la homilía, enredándose en exégesis sutiles que nadie comprende, la mirada negra de su hermana sobre él como sobre el más incompetente de los franciscanos flamencos, tendría que poner fin a esta catástrofe, hacer al menos el esfuerzo de pronunciar el nombre de Antonia, pero no sabe cómo concluir, nadie aplica sobre sus labios el carbón encendido de la liberación y la pureza y hete aquí que embarca por la fuerza a la parroquia hasta la otra orilla del arroyo Cedrón, en el huerto de Getsemaní. Se arrepiente de nuevo de haber cometido la estupidez de ceder a las insistencias de su hermana, se arrepiente casi de haber respondido un día a la llamada del sacerdocio, que no tendría que haber recibido. ¿Qué había conseguido, aparte de herir de muerte a todos aquellos que algún día lo habían querido, empezando por Antonia? Era una niña tan cariñosa, él la recuerda e interrumpe por un instante su discurso para contener las lágrimas, pero no pronuncia su nombre y ella corre hacia él, ¡mira, mira cómo bailo!, tiene ocho años, están en la fiesta del pueblo, el día de san Roque, el patio de la escuela está rodeado de cañizos, la orquesta toca más o menos desafinando un tango apasionado en el calor de la noche de agosto, *Déjame cosechar tus labios como una flor*, el padrino de Antonia está acodado en la barra de madera tras la cual flotan botellas de champán entre los bloques de hielo colocados en grandes contenedores verdes, parejas de punta en blanco bailan con total seriedad, las camisas de cachemira, los vestidos y los tacones altos chasqueando contra el cemento, *Ven a bailar, la vida es demasiado amarga, otros brazos harán que me olvides*, Pascal B. y sus amigos tienen entre doce y quince años, beben el repugnante pipermin Get 27 con estoicismo viril, Xavier S. se aparta para vomitar lo más discretamente posible un líquido verde y espeso que hiede a menta, pero los niños pequeños, por parejas, bailan también el tango, imitan a los adultos, ahogando las risas, tropiezan con todo el mundo y a veces deben ejecutar aceleraciones fulgurantes para evitar con cierta soltura los puntapiés en el culo que les propinan los bailarines indignados pero demasiado lentos, ¡mira cómo bailo!, la mano izquierda de Antonia estrecha la mano derecha de Simon T., que tiene también ocho años, se agarran por la cintura con el brazo libre y atraviesan la pista en todas direcciones al ritmo de la música, mejilla contra mejilla, con la barbilla en tensión, *Mañana, amada mía, ya no bailaremos juntos*. Por el rabillo del ojo, Antonia comprueba que concentra toda la atención de su padrino, que la mira, medio borracho, sonriente. En el otro extremo de la pista, sentada sola a una mesa, Damienne T., la

madre de Simon, también mira a los niños. El padrino de Antonia va a sentarse con ella. Deja varios billetes arrugados en la barra. Le ofrece una botella de champán en un cubo. Charla un rato con ella y la invita a bailar. Ella vacila por un instante. Desde que murió su marido, tres años antes en una línea de alta tensión, ella no ha bailado con nadie en las fiestas del pueblo. Tiene treinta y cinco años. En su rostro lívido, sus labios apenas si muestran color. No es ni guapa ni particularmente fea, simplemente está deslucida, apagada. El padrino de Antonia tiene la sensación repentina de ver refulgir, en el seno mismo de esa insipidez y bajo la piel diáfana, algo infinitamente desgarrador, una llama frágil. Ella se levanta y él la sigue por la pista. Esbozan varios pasos de baile y Antonia y Simon se les unen y se enganchan a ellos con todo su peso, y bailan los cuatro juntos, titubeando. *No te vayas y hazme creer que todo ha sido un sueño y que todavía eres mía.* La luz de un flash los deslumbra. El tango termina. La orquesta engancha con una serie de rocks, luego varias lentas, y después, según un ciclo inmutable, una nueva serie de tangos y pasodobles. Son las cinco de la mañana. El padre de Xavier S. acaba de encontrar a su hijo tirado en un arbusto. Lo despierta a base de bofetadas y gritos. Simon se ha dormido apoyado en su madre mientras Antonia intenta mantener los ojos abiertos. Pero no protesta cuando sus padres le anuncian que es hora de volver a casa. Ella abraza largo rato el cuello de su padrino y apoya la cabeza en su hombro para darle las buenas noches. Yo también me voy ya, anuncia la madre de Simon. Te acompaño, propone el padrino de Antonia. Llevo yo al nene en brazos, no merece la pena despertarlo. Caminan por las calles del pueblo. Por el este ya no se ven las estrellas. Al llegar a la altura de su casa, ella no lo invita a entrar, lo que hace es entrar y dejar la puerta abierta tras ella. Él la sigue hasta el dormitorio de Simon y tumba al chiquillo en su cama. Podría dar las buenas noches y marcharse, pero espera en el salón. Un gato se frota contra sus piernas, ronroneando. En la pared hay, lógicamente, retratos de ancianos y de militares. Hay una foto del día de la boda de Damienne sobre el aparador, al lado de otra, tomada seguramente en la maternidad, en la que aparece toda pálida con su bebé en los brazos. Ella va a buscarlo. Lo observa detenidamente y él ahora la ve guapa. Damienne avanza tímidamente. Le pasa un brazo alrededor del cuello y, como Antonia, apoya la cabeza contra su hombro. Levanta la cabeza y busca sus labios, pero él rehúye el beso manteniéndola apretada contra él. Tiene miedo de la mirada de las fotos. Damienne lo lleva a su dormitorio. Él busca con ansiedad los ojos del marido muerto, pero solo encuentra los desgarrones del papel pintado y un poco de polvo en la mesilla de noche. Se quita el vestido. Su piel no se parece a la de las pocas chicas que él ha conocido en cabarés o bares nocturnos, después de las partidas de póker, es más flexible y más áspera, blanca de arriba abajo, con marmolados imperceptibles en el nacimiento de los senos, en el pliegue de las ingles, como el esbozo del deterioro que está por venir, y él se conmueve. La luz del día alumbró un rincón de la habitación. Se tumba sobre ella, ve brillar los ojos negros, ella le muerde un hombro sin hacer nada de ruido y, de nuevo, en el momento en que él se recuesta, Damienne le rodea el cuello con los brazos. Mientras permanezcan juntos, Damienne repetirá ese gesto y él acabará por pensar que la sexualidad no es más que el extraño camino que conduce a ese instante de castidad perfecta. No permite que él se duerma. No quiero, pero tienes que irte, murmura. Es por Simon. Él se levanta y se viste y cuando sale lo deslumbra el sol. Camina un momento por las calles del pueblo, dura todavía el encanto de las primeras mañanas, y los meses pasan, y ya no hace falta irse antes de que Simon despierte, no hay secreto que compartir, las fotos se retiran en su inercia, dejan de suponer una amenaza, pero cuando mira el rostro de Damienne, una parcela de

belleza que solo él ve vacila aún bajo la palidez, igual que la llama de una vela, a pesar de que han pasado ya dos años, se despierta con los brazos de Damienne alrededor del cuello y se le encoge el corazón, no sabe qué hacer con su emoción inútil, se muestra distante, callado, descontento consigo mismo, quisiera que ella le reprochara su mutismo, su indiferencia, porque, si lo hiciera, podría responderle que ella no le inspira indiferencia y que no entiende por qué el amor que le profesa es tan abiertamente estéril, pero no dice nada, sale mucho, juega a las cartas, vuelve tarde, sin avisar, y ella nunca le reprocha nada. Una noche de invierno, la partida de póker termina a las dos de la mañana. Él se guarda en el bolsillo el dinero que ha ganado e invita a una ronda. Busca al amigo que tenía que subirlo al pueblo en coche. Le dicen que se fue hace una hora. Se pone triste. Piensa que debería coger una habitación en un hotel de la ciudad, pero no está cansado, y además en temporada y a esas horas no va a encontrar nada, así que se despide de la parroquia y empieza a caminar por el arcén de la carretera de diez kilómetros que lleva al pueblo. Asciende a oscuras, con las manos en los bolsillos. Está cansado. Tiene la sensación de que alguien lo sigue. Se gira de vez en cuando para escrutar las tinieblas. Se le desboca el corazón. Ir andando ha sido una estupidez. Al final, pasa por delante de la verja del cementerio. Una ventana está iluminada en la casa del viejo cura al que no le gustaban las preguntas. Hay no pocas razones por las que un anciano puede encender una lámpara en plena noche: el insomnio, la chochez, la próstata, pero el tío de Antonia piensa enseguida, con la indiscutible autoridad de la certeza: ha muerto, y se recrea en este pensamiento que se le antoja fragmentario, incompleto, apelando a una conclusión que no llega, tropieza con su evidencia, se repite, ha muerto, el cura ha muerto, busca la continuación, ha muerto, ¿y qué?, dice en voz alta, ¿y qué?, la respuesta está muy cerca pero se le escapa sin cesar, hasta que de golpe la frase se completa: el cura ha muerto y tú vas a ocupar su lugar. Esta noche alucina, está claro, solo tiene ocurrencias absurdas y esta lo es muy especialmente, pero no consigue sacársela de la cabeza. Entra sin hacer ruido. Se tumba junto a Damienne y se duerme casi al instante. Ella lo despierta a media mañana. Le ofrece el café que le ha preparado. ¿Sabes lo que ha pasado esta noche? Él responde sí, lo sé. El cura ha muerto. Ella lo mira. ¿Quién te lo ha dicho? Él no contesta. Dice: el cura ha muerto y yo voy a ocupar su lugar. Ella se ríe. Él querría reírse con ella, pero no puede, ese pensamiento absurdo y ajeno arraiga y se propaga dentro de él igual que un tumor, y cuanto más lucha contra él, más se debilita y cede a él, vuelve a protestar, si yo ni siquiera creo en Dios, pero ya no está seguro de nada, ¿será que creo en Dios, después de todo?, pregunta entonces, aunque la pregunta carezca ya de sentido porque lo que le está pasando no tiene nada que ver con lo que crea o deje de creer, no se trata de una conversión intelectual, sino de un raptó brutal, sin vuelta atrás, la quemadura del carbón encendido en sus labios, los huesos rotos, el sufrimiento, los ojos ciegos en el camino a Damasco. Una mañana de primavera, todavía acostado, oye a Damienne y Simon tomando el desayuno en la cocina. El gato salta a la cama. Él lo acaricia. Una luz cálida entra en la habitación a través de las persianas. Mira al gato que ronronea contra él, con los ojos medio cerrados, y se echa a llorar porque todo ha terminado y no volverá a revivir la ternura doméstica de una mañana como esa. Ya no hay ni preguntas ni dudas. Entra en la cocina. Me voy a ir, anuncia, y Damienne comprende exactamente lo que quiere decir. Asiente con la cabeza, con un aire agotado. Él se acucilla junto a Simon. Volveremos a vernos muy pronto, ¿vale?, no te abandono. No consigue descifrar la mirada seria del niño. Cuando cierra la puerta tras de sí llora, llora por la vida de la que sin embargo ya no quiere saber nada y que no volverá, llora por la cobardía de su última mentira, no te abandono,

pues claro que sí, lo abandona, los abandona a los dos para responder a la llamada de una voz que ha resonado en la noche y que al principio tomó por la suya, y es culpable, aunque no le quedaba más opción que responder a la llamada, es culpable y nada lo redimirá. Corre hasta la iglesia desierta. Se arrodilla en el pasillo principal, frente a la cruz. Nuestra Señora del Rosario le ofrece su rosario. Las lágrimas son la única oración de la que es capaz. Cuando las ha agotado, va a casa de su hermana. Llama al obispado. Me gustaría que monseñor me recibiera. Ni siquiera sabe cómo se llama el obispo. Soporta el peso de su pecado en la alegría de los años de seminario, lo soporta todavía hoy en la iglesia cuando distingue el rostro de Damienne, una anciana, tan vieja, escuchando, sentada cerca del pasillo central, su lamentable homilía. Tal vez piense: ¿valía la pena, si fue para convertirme en un sacerdote tan malo? ¿Tan mal sacerdote es? Eso es al menos lo que deben de pensar los fieles reunidos a los que castiga con una homilía interminable tras haberles hecho sufrir el *Dies iræ* íntegro, en medio de la canícula que ha transformado el templo en horno, puede que alguno sufra un vahído, otros quizá acabarán por marcharse al no aguantar más, pero que se vayan, piensa, que se vayan todos, que me dejen solo con Antonia, piensa mientras sigue hablando, *Mi alma está muy triste, hasta la muerte*, nadie lo escucha, los ve titubear por el calor y adormecerse en los bancos, *¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?*, que se vayan, solo han venido para figurar, para que otro recuerde quién estaba y quién faltaba, están cumpliendo con un deber social, sin entusiasmo, y ahora están atrapados, su compasión no resiste a una hora de incomodidad, es mucho pedir, se hunden en la mediocridad incurable de su egoísmo y tratan de escapar, su pecado los precipita de nuevo en ella, piensa, ay, yo os conozco, os conozco a todos, porque soy como vosotros, lo sé muy bien y no os juzgaría tan duramente si el pobre cuerpo que sufre hoy la injuria de vuestro hastío no fuera el de mi pequeña. Los conoce a todos, es cierto, ha vivido con ellos, ha bautizado a los más jóvenes, ha casado a Lætitia O. con el pedazo de animal de Xavier S., que se enjuga ostensiblemente la frente resoplando como una bestia en su abrevadero, incluso ha oído a muchos en confesión, en la que se cuidaban de revelarles sus auténticos pecados precisamente porque ellos también lo conocían a él, demasiado bien, y pasaban vergüenza delante de él, de modo que se acusaban profusamente de faltas precisas pero menores y abstractas, y no solo abstractas sino completamente imaginarias, como él mismo había hecho antes de su primera comunión, cuando lo habían obligado a confesarse con el viejo cura que lo había visto crecer, al que hipócritamente había recitado con un tono contrito de tartufo, antes incluso de recibir la hostia, una lista de pecados extraída palabra por palabra de una guía preparatoria para niños, no he rezado mis oraciones nocturnas, me he peleado con mis hermanos, he consentido malos pensamientos hacia mis padres, cuidándose de evocar la insoportable concupiscencia que le retorció el vientre y lo precipitaba a la agonía compulsiva de la masturbación o la dulce voluptuosidad que experimentaba al maldecir en cualquier situación y moler a palos a sus compañeros de clase. Los muchos años de contacto con quienes le resultaban tan cercanos desde hacía tanto tiempo habían terminado por persuadirlo de que el sacramento de la confesión debía ser inevitablemente mancillado por la mentira, hasta que se instaló en el continente, entre feligreses que no lo conocían y se le confesaban con una franqueza que él en ocasiones juzgaba excesiva y que le resultaba penosa, hasta el punto de que a veces soñaba con los encantos de la vida monástica. Si el amor al prójimo fuera cosa fácil, bien lo sabe él, Jesucristo no se habría tomado la molestia de convertirlo en el primero de los deberes. El padrino de Antonia se esforzaba constantemente por dominar su voluntad mediante la oración para

practicar lo mejor posible el amor a un prójimo cuya voz cuchicheante dibujaba en la sombra el cuadro repugnante de la bajeza humana, las ambiciones, los celos mediocres, la mezquindad, la avaricia, el goce y los deseos sórdidos, la humedad de los pequeños delitos cotidianos, el pecado sin brillo como el ojo muerto de la serpiente. Sentado en el confesionario, le parecía chapotear en una cloaca. Todos los meses, un anciano le confesaba que espiaba la salida del baño de una sobrina que pasaba muchos fines de semana en su casa para no abandonarlo en su soledad. El ojo oscurecido por la catarata seguía el curso de las gotas de agua que resbalaban por el cuerpo de la joven envuelta en una toalla de rizo, acechando el momento en que la caída de la toalla revelaría quizá la desnudez húmeda que cien veces él había acariciado en la intimidad perversa de sus sueños, perdóneme, padre, si supiera cómo me arrepiento, todos los meses recibía, además de la absolución, vigorosas exhortaciones a reformar su conducta, pero al mes siguiente volvía, enriqueciendo el relato con un detalle suplementario, evidentemente innoble, la recogida de vello púbico en el plato de ducha, un agujero abierto con taladro en la puerta, a tal extremo que el padrino de Antonia acabó por pensar que nada de todo aquello era cierto y que al hombre le procuraba placer elaborar el relato fantástico de un pecado que no se atrevía a cometer, hasta el punto de acusarse de él, de tal modo que, a través de la escucha atenta, el cura se hacía cómplice a su pesar de un doble sacrilegio y además alentaba la reincidencia. No acusó a su feligrés de mentir, pero al final le negó la absolución. Las cosas no funcionan así, le dijo con dureza, ni su alma es una sábana que pueda ensuciarse y lavarse indefinidamente, ni yo regento una tintorería. Yo no estoy aquí para garantizarle que pueda reiterar el mismo pecado hasta la saciedad. Debo decirle que su obstinación en el pecado me impide creer en la sinceridad de su arrepentimiento. Al otro lado de la celosía, el anciano empezó a sollozar. Al oírlo gemir y sorber los mocos, el padrino de Antonia experimentó una arcada, pero luego midió la magnitud del sufrimiento que tenía ante sí en ese instante preciso y una oleada de pura compasión se apoderó de él. Aquel anciano réprobo era el prójimo al que había que amar, con las negruras de su alma dolorosa y no a pesar de ellas, sin vacilación ni repugnancia, sino de todo corazón, como san Julián el Hospitalario besó los labios del leproso. Antonia le reprochaba que tolerase el mal y, más aún, que no lo tomara en su justa medida y él nunca pudo convencerla de que se equivocaba. Ciertamente, ella había sido testigo de cosas en las que él no tenía experiencia y que no podía siquiera imaginar, eso lo admitía, pero Antonia se equivocaba al pensar que el pecado se cuantifica igual que los delitos del código penal; puede ser más o menos visible, en un sentido, siempre está ahí, completo, tanto en los grandes crímenes como en los pequeños, igual a sí mismo, apagado, sucio, sin profundidad ni nobleza, de modo que en el corazón de cada pecado, hasta el más ínfimo, gesticula siempre el rostro abominable de la Medusa. No se debe gritar, es difícil, no se debe permitir que el corazón se petrifique como tan a menudo ha creído que ocurría mientras chapoteaba en la cloaca del confesionario, hay que velar por la carne viva, la circulación tenaz de la sangre, pues Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, y la referencia bíblica ponía furiosa a Antonia, ah, qué fealdad, la imagen y la semejanza de Dios, y el modelo debe de ser aún peor, y entonces él callaba las referencias que se le venían a la cabeza, se preguntaba lo que habría visto su ahijada durante sus temporadas en el desmoronamiento sangriento de Yugoslavia, del que finalmente no había traído ninguna foto, a pesar del tiempo y el dinero invertidos en ese viaje con el que tanto había soñado, pero ella se negaba a decir nada, él la veía sufrir, y de ese sufrimiento, una vez más, el responsable era él, porque había sido él quien, el día de su decimocuarto

cumpleaños, le había regalado la cámara de fotos sin la que Antonia jamás habría pensado en marcharse a Yugoslavia ni se habría encontrado en la carretera de Ostriconi, una mañana de agosto de 2003 al amanecer. *No harás para ti imagen de escultura, ni figura alguna de las cosas que hay arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni de las que hay en las aguas debajo de la tierra. No las adorarás ni rendirás culto.* No había escuchado la palabra de Dios, y hete aquí que, por su culpa, su ahijada se había puesto al servicio de unos ídolos que la habían vencido. Él no alimentaba ninguna tendencia iconoclasta, todo lo contrario: al ofrecer a Jesucristo para redimir al mundo, ¿acaso no había consentido Dios en entregar su imagen más perfecta? Al padrino de Antonia le gusta que las iglesias estén llenas de estatuas y cuadros, aunque sean torpes, y nunca ha tenido la sensación de estar al servicio de ídolos. En el pueblo, las catorce estaciones del vía crucis parecen haber sido pintadas por niños retrasados. El pobre Simón de Cirene se ve afligido por una pierna dramáticamente más corta que la otra, la Verónica sufre de un sobrepeso severo y el propio Jesucristo está contrahecho. No tiene importancia. La mirada solo se apoya en las imágenes para atravesarlas y aprehender, más allá de ellas, el misterio eterno y constantemente renovado de la Pasión. Sí, las imágenes son una puerta abierta a la eternidad. Pero la fotografía no dice nada de la eternidad, se complace en lo efímero, certifica lo irreversible y traslada todo a la nada. Si hubiera existido en la época de Jesús, el cristianismo no se habría desarrollado, o, a lo sumo, no habría sido más que una religión atroz de la desolación. Es entonces cuando habría sido menester ser iconoclasta y no dejar que nada subsistiera. Las representaciones pictóricas más realistas de la crucifixión siempre dejan entrever en las heridas de la carne martirizada, como en negativo, el milagro de la resurrección. Si hubiera podido existir una foto de la muerte de Cristo, esta no habría mostrado más que un cadáver torturado y entregado a la muerte eterna. En las fotografías, hasta los vivos se transforman en cadáveres, porque cada vez que se dispara el obturador, la muerte ya ha pasado.

Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz.

Pero, naturalmente, no es posible. Hay que agarrarla y beber. Pero ¿quién le ofreció el cáliz a Antonia?

Hace ya un buen rato que está callado, con la cabeza gacha hacia los Evangelios, suscitando entre los asistentes la esperanza, pronto defraudada, de que ha terminado. Su hermana crispera las manos en el respaldo del reclinatorio. Sigue sin decir nada a propósito de su ahijada. Antes siquiera de haberlo decidido, retoma la palabra.

Antonia no era una buena cristiana en el sentido más estricto, lo sé yo y lo sabéis vosotros. Si a veces se planteaba la existencia de Dios, lo hacía de un modo muy extraño. No se fiaba de Él, no depositaba sus esperanzas en Él. Nosotros no podemos mentir a la hora de volver a ponerla en las manos del Señor, ni siquiera para consolarnos, y cada cual sabe hasta qué punto sería ridícula la mentira en esta hora y en este lugar, en la morada de Aquel a quien resulta imposible engañar. Pero sé también que el corazón de Antonia desbordaba un amor que la volvía especialmente vulnerable al dolor y sé además que el dolor lleva a veces a la rebelión. Lo sé porque soy su tío y su padrino, porque la conocía y la quería, y pido perdón ante todos vosotros y ante Dios si no consigo expresarme aquí únicamente en calidad de sacerdote, como hubiese querido. Sé, por último, y sé, sobre todo, que la misericordia de Dios es infinita y que Él penetra en los corazones

con una profundidad que nos es inaccesible. Creo que Él acogerá a Antonia, que Antonia está ya cerca de Él. Sin embargo, estamos afligidos. Os he hablado de las lágrimas de Cristo, largo rato y con torpeza, y por ello vuelvo a pedir os perdón. ¿Por qué llora Cristo? Porque está instalado en el dolor. Nosotros también estamos instalados, con él, en ese mismo dolor. Y ahí debemos mantenernos: ahí, entre la esperanza y el duelo, abrumados por el duelo y a la vez desbordantes de esperanza. Así, creemos que Antonia se encuentra junto al Señor, pero la lloramos igualmente.

7. Ofertorio: Domine Jesu Christe

(Soldado agonizando junto a su médico, Corfú, 1915)

Señor Jesucristo, Rey de Gloria, liberad las almas de los fieles difuntos de las llamas del Infierno y del Abismo sin fondo.

En 1901, con dieciséis años, Rista M. abandona su ciudad natal de Šabac para instalarse en Belgrado. Quiere ser pintor y por ello enseguida se matricula en una escuela de dibujo. Ese mismo año conoce a Milan J., fotógrafo de la corte del rey Pedro, que le toma cariño y le enseña todas las sutilezas de su arte. Pues no hay duda de que Rista M. considera la fotografía como un arte que conviene elevar a la categoría de noble. Por lo tanto, no será pintor. Tampoco será artista, aunque todo su trabajo dé fe de un sentido excepcional de la composición, porque no está permitido consagrar toda una vida a la belleza cuando uno ha nacido en 1885 en los Balcanes.

Esto, naturalmente, Rista M. todavía no lo sabe en 1901.

Obtiene su diploma en 1905, se marcha a Viena, a Berlín. Envía a su maestro retratos suyos, con bombín y traje de tres piezas, la leontina de plata de su reloj elegantemente prendida de un botón del chaleco. Se lo ve ostensiblemente feliz de ser joven, de ir impecablemente vestido y de descubrir Europa. Pide que le envíe un poco de dinero. Llega a París, donde es contratado por la agencia Rol. En el llano del Parque de Bagatelle, fotografía proezas de aviadores, bodas principescas, carreras ciclistas, funerales nacionales, planta su cámara en catedrales e hipódromos, parece especializarse en estampas mundanas, pero no olvida que la fotografía es un arte y media siempre con el mismo virtuosismo entre lo vacío y lo lleno, la sombra y la luz.

En septiembre de 1907, el *Herald Tribune* lo contrata como corresponsal tras haberle concedido un premio por una de sus fotos. En ella se ve al galgo de Gabriele D'Annunzio terminando la carrera en cabeza a escasos centímetros de distancia del de la condesa de Noailles. Los dos perros corren flanco contra flanco, las patas no tocan el suelo, todos los músculos de su largo cuerpo están tensos bajo el pelaje oscuro y surgen en el encuadre por la derecha desde un punto situado en algún lugar por encima. Hay que observar atentamente la imagen para comprender que no se trata de una pintura de un clasicismo un tanto académico, sino de una fotografía cuya composición debió pensarse en una fracción de segundo. Entre las sombras, algunos detalles quizá hayan sido realzados con carboncillo, salvo que una exposición perfecta haya vuelto inútil cualquier retoque.

Es aceptable aunque vano conjeturar que, si la historia de Europa hubiera sido distinta, Rista M. habría llegado a ser un fotógrafo célebre que, cansado de viajes y de codearse asiduamente con la aristocracia, habría terminado, tras ganar dinero suficiente, dedicándose a la fotografía artística.

Pero, en 1912, meses después de que Gaston C. volviera de la Tripolitania, Dragutin D., alias Apis, jefe del servicio de inteligencia del Estado Mayor, convoca a Rista M. en Belgrado. Apis no es solo un conspirador apasionado y un regicida que conserva el recuerdo del asesinato del rey Alejandro I de Serbia y su mujer Draga bajo la forma no de vagas imágenes mentales sino de tres balas aún alojadas en su cuerpo, es también un hombre que ha entendido el papel que puede desempeñar la fotografía en la propaganda de guerra. A partir de ahora, Rista M. ya no se

ocupará de sucesos mundanos. Sigue al ejército serbio, cuyos estandartes ha bendecido un patriarca, hasta los campos de batalla victoriosos y hasta Macedonia, donde los turcos acaban de ser expulsados. En Skopje, una delegación compuesta por las autoridades religiosas de la ciudad aguarda al rey Pedro. Uno al lado del otro, dos sacerdotes, uno ortodoxo, el otro católico apostólico romano, un rabino y un imán avanzan a su encuentro bajo el objetivo de Rista M. Pronto, el delfín Alejandro entrará también en Skopje. Mientras tanto, Rista M. pasea por la ciudad con su cámara. Húsares embutidos en guerreras cortas con alamares, la larga pluma blanca oscilando sobre el morrión de pelo de oso, cabalgan por las calles. Bajo el arco de un pórtico, tres soldados de infantería serbios, fusil al hombro, fuman un cigarrillo y, tras ellos, en el límite de la sobreexposición, pero solo en el límite, se distingue la cúpula y el minarete blanco de una mezquita.

Rista M. no ha perdido ni un ápice de su sentido compositivo.

Cuando estalla la segunda guerra de los Balcanes, fotografía a unos hombres acurrucados en círculo en un calvero, alrededor de un viejo soldado tocado con un fez que les cuenta una historia. Parece un grupo de niños fascinados. En segundo plano, entre dos árboles, se recorta a contraluz la silueta de un oficial que los observa o trata quizá de escuchar él también al anciano.

No, Rista M. no ha perdido ni un ápice de su sentido compositivo.

En julio de 1913, vuelve a París, sin duda con alegría. Si tiene ocasión de ver las maravillosas fotos tomadas en color ese mismo año, en una playa inglesa del condado de Dorset, de una joven vestida de rojo, solo puede quedar maravillado. La fotografía rivaliza en delicadeza y belleza con la pintura. La chica, la barca varada sobre los guijarros, los acantilados blancos y el mar son arrancados del transcurso del tiempo, colocados fuera de su alcance en un lugar que preserva para siempre el grano suave de la piel, la integridad de una carne santificada, la juventud.

Acaso Rista M. alimente entonces la ilusión de que el breve paréntesis abierto en su vida por la guerra acaba de cerrarse para siempre. Deja de creerlo cuando, a pesar del amateurismo increíble de sus preparativos, Gavrilo P. consigue milagrosamente disparar a Francisco Fernando porque el archiduque, cegado por los engañosos poderes del destino, se ha empeñado durante todo el día en alcanzar una muerte que se empecinaba en rehuirlo por las calles de Sarajevo. Los conspiradores son rescatados del Miljacka, detenidos en plena calle. Vomitan bilis y cianuro echado a perder en los uniformes de los policías que los cercan.

Rista M. regresa precipitadamente a Serbia. Ahora sabe que lo peor aún está por llegar. Tiene miedo de no volver a ver a los suyos. Va a Šabac para despedirse, pero llega demasiado tarde y solo encuentra a su madre. Todos sus hermanos ya han sido movilizadas. Ya no se acuerda de los deportistas famosos, de las princesas llevadas al altar con sus blancos vestidos virginales ni de la delicada y noble curvatura del espinazo de los galgos. En Belgrado, va de despacho en despacho buscando un permiso para ir al frente con el fin de sacar fotos, pues está convencido de que solo así resultará útil. Lo acreditan. Rista M. lo fotografía todo, el entusiasmo de la movilización, las filas de refugiados, dos jinetes que pasan indiferentes junto a un cadáver húngaro medio derretido en el fango, Šabac en ruinas con su iglesia quemada, la batalla de Cer, la de Kolubara, río que las tropas serbias franquean sobre pontones, las víctimas del tifus. Tal vez se cruce con John R., quien, expulsado del frente occidental por haber disparado en un momento de entusiasmo hacia las trincheras francesas para probar la flamante luger P08 que un afable oficial

alemán le ha prestado, recorre ahora los Balcanes en todas direcciones, de Salónica a Belgrado, de campo de batalla en cabaré, en compañía de un dibujante canadiense, borracho como él de guerra y de *rakia*.

El ejército confía a Rista M. la labor de revelar unos carretes incautados a unos soldados austriacos. El revelador hace aflorar primero a unas campesinas atadas a un poste, con las puntas de los pies suspendidas a treinta centímetros del suelo, que parecen buscar aún en vano un punto de apoyo, y luego un bosque de horcas alrededor de las cuales los austriacos departen tranquilamente, con una sonrisa en los labios. Rista M. descubre que, curiosamente, a los hombres les gusta conservar el recuerdo conmovedor de sus crímenes, como el de sus bodas, el del nacimiento de sus hijos o el de cualquier otro momento notable de su vida, con la misma inocencia. La invención de la fotografía les ha brindado la irresistible oportunidad de ceder a esta tendencia. La idea de que así levantan contra sí mismos el más abrumador de los testimonios aparentemente no se les pasa por la cabeza. ¿Por qué habrían de preocuparse? Durante todo el siglo que empieza, sacarán fotos de sus víctimas, ejecutadas, ahorcadas o crucificadas a lo largo de una carretera de Anatolia como en un juego de espejos que multiplica hasta el infinito la imagen de Cristo, posarán ellos mismos, incansables, en el borde de una fosa llena de cuerpos desnudos en Bielorrusia, delante de una alineación de cabezas cortadas en el Congo o, en el campamento de Jasenovac, junto a un prisionero al que se disponen a decapitar con un serrucho. Posarían del mismo modo delante de un monumento famoso, de un trofeo de caza o, simplemente, al término de una buena comida entre amigos. A pesar de los cambios de época y atuendo, los rostros expresan siempre el mismo sentimiento, no alegría, sino algo más fútil y liviano, desenfado, bienestar despreocupado.

A finales de 1914, Rista M. lleva un registro de horrores desenfadados.

Acumula fotos de suplicios, las clasifica, las anota. En 1916, serán expuestas en el Louvre y en el Victoria and Albert Museum antes de ser enviadas a Estados Unidos. La brutalidad del enemigo ha quedado documentada y cualquiera puede alimentarse del espectáculo y a la vez permitirse el lujo de la indignación. No se descarta que se celebre una exposición paralela en algún lugar entre Budapest y Berlín.

En octubre de 1915, Bulgaria entra en guerra. Varias semanas más tarde, una Serbia acorralada se desmorona. El ejército, el gobierno, el regente Alejandro, el viejo rey Pedro, tumbado en una carreta tirada por bueyes, Rista M., su cámara de fotos y una tropa de refugiados famélicos emprenden en pleno invierno una larga retirada que los llevará, a través de las montañas albanesas, hasta la costa adriática. Avanzan por la nieve, vadean las aguas heladas del Drin, los soldados se sirven del fusil como muleta y, cada día, la columna siembra de cadáveres el camino de su agonía.

Por primera vez, Rista M. descuida la composición.

Todo es blanco. Resulta imposible distinguir los planos que crearían la ilusión de profundidad. Un centinela helado se ha desplomado en un mundo que ya solo cuenta dos dimensiones.

Un muchacho muy joven envuelto en un montón de andrajos dirige hacia el objetivo la claridad enfermiza de sus fascinados ojos azules.

Un soldado se apoya contra un árbol y mira fijamente la ausencia de horizonte.

Rista M. sigue avanzando. Fotografía el hambre, la fiebre, los hombres resignados que se alejan de la columna para sentarse apartados en la nieve en un gesto de hastío y alivio. Llega por fin a Shengjin, donde la armada francesa recoge a los supervivientes para conducirlos a Corfú. Se han montado hospitales improvisados bajo unas carpas que Rista M. visita. Un médico estupefacto está sentado al lado de un hombre desnudo, tan flaco que parece despojado de su carne. Son visibles todos los detalles del esqueleto, como en una lámina de enciclopedia médica. Bajo la caja torácica, el vientre ha desaparecido y podría jurarse que los órganos internos han desaparecido también. La circunferencia del muslo no supera la del fémur. Unas rótulas enormes distienden la piel de la rodilla. La cresta ilíaca se marca en la parte baja de la espalda. Pero el rostro se conserva extrañamente humano, impregnado de resignación melancólica. Rista M. dispara con su cámara. No busca el mejor punto de vista. Simplemente quiere conservar la huella de lo que ha ocurrido aquí. En el dorso de la fotografía, anota: *Muerto quince minutos más tarde.*

Con el paso de los días, Rista M. recupera el sentido compositivo. Su salud mejora a ojos vistas, sacia el hambre, recupera el gusto por la armonía y el horizonte es visible de nuevo.

A lo lejos se ven buques de guerra fondeados. En primer plano, una barca se aleja del puerto para alcanzar alta mar con un hombre de pie en la proa, los brazos en jarras, girándose hacia el fotógrafo. En popa, un segundo hombre, de espaldas, sostiene un remo. La barca rebosa una maraña de cadáveres. Los muertos son demasiados para poder recibir sepultura y las aguas azules del Mediterráneo harán las veces de camposanto. Unos trazos en carboncillo realzan el movimiento de las olas, las sombras del casco de los buques. Rista M. vuelve a hacer un guiño a la pintura. Sabe extraer el contenido intemporal del instante. Los dos hombres se transforman en los barqueros de la laguna Estigia y uno imagina que la boca de cada uno de los difuntos que transportan se ha cerrado sobre un óbolo de plata.

Liberadlos, Señor, de la boca del león, para que el abismo horrible no los engulla y no caigan en los lazos de las tinieblas.

Al término de la guerra, se instala en Belgrado. Su país ha cambiado de nombre, como volverá a hacerlo en numerosas ocasiones. Ahora es Pedro I, por la gracia de Dios y por la voluntad del pueblo, rey de los serbios, croatas y eslovenos, quien expide un pasaporte escrito en serbocroata y en francés a M., Rista, treinta y cuatro años, periodista, estatura media, rostro alargado, pelo castaño, ojos azules, nariz regular, boca y bigote regulares, que se convertirá en 1929 en súbdito de Alejandro I, rey de Yugoslavia. Trabaja en el servicio de prensa del Ministerio de Exteriores antes de fundar su propia agencia. Fotografía a la familia real, a princesas jugando con muñecas, al heredero, al rey Alejandro acercándose a caballo en el claroscuro de un sotobosque. Prueba suerte con el color, con los movimientos de la vida en los parques y las calles de Belgrado.

En 1930, asiste a la inauguración del monumento sobre cuyo pedestal está grabada la siguiente frase: *Amemos a Francia como ella nos ha amado.*

En 1934, cuando sabe ya que los paréntesis no se cierran jamás, cubre la visita de Göring a Belgrado. Sin embargo, sigue haciendo fotos, impecablemente compuestas, de la vida cotidiana y la felicidad doméstica. ¿Puede ver en ello algo más que un largo desfile de sombras y fantasmas? Sea como sea, no quiere interesarse por ninguna otra cosa. No acompaña a Alejandro I a Francia.

No oye los disparos, los relinchos de los caballos, los chillidos de la multitud sobre la que unos policías, presas del pánico, descargan sus armas. Muchos fotógrafos observan al rey que él tantas veces ha retratado vaciarse de sangre en el coche oficial detenido en la Canebière, pero Rista M. no se encuentra entre ellos.

Se entera de que acaba de estallar la guerra civil en España.

Un año más tarde, mientras sigue a las parejas de paseantes por la orilla del Sava, en el edificio de la Lubianka, un funcionario del NKVD que seguramente nunca consideró la fotografía como un arte ve desfilar cada día ante su objetivo a todos aquellos y aquellas que se saben prometidos a la muerte o la deportación en Kolimá. Archiva concienzudamente todos sus retratos, en los que anota sus nombres, patronímicos y apellidos. Z., Alekséi Ivánovich; B., Anna Moiséyevna; B., Yevguéniya Yúzefovna; V. Yelizaveta Alekséyevna; M., Ósip Emílievich; V., Vladímir Nílovich; tienen cuarenta, dieciséis, veinte o setenta y dos años, son poetas o analfabetos, carpinteros, obreras, jubiladas, sacerdotes ortodoxos, traductoras. En sus ojos se lee la cólera, la ironía, el terror, el desafío, el abatimiento o el pasmo, pero poco importa la diversidad de sus reacciones individuales, pues, al cumplir con su fastidiosa tarea administrativa, el funcionario del NKVD, sin quererlo siquiera, vuelve tangible la presencia de la muerte que se ha instalado en cada uno de ellos y contra la que ni siquiera se plantean luchar. Se enfrentan todos a la misma cosa, que no es ni a la cámara de fotos ni al funcionario que la manipula y sin duda asumirá pronto su lugar, sino a un rostro indescrutable cuyas facciones monstruosas les han petrificado el corazón. En su silencio de piedra, es como si repitieran todos las mismas palabras, unas palabras escritas en su cuaderno en letras mayúsculas grandes y vacilantes por el pequeño Mark Salomonovich N. en el momento en que detienen a sus padres: *Mamá Papá Liuka Izia estamos muertos todos es así.*

Que San Miguel, portador del estandarte, los introduzca en la santa luz.

Es así. Hay que olvidar las imágenes de la vida, dejar atrás las parejas de enamorados lánguidos por el parque Kalemegdan. Se libra de nuevo otra guerra, la cuarta que arrastra a Rista M. El 27 de marzo de 1941, participa en la manifestación contra el tratado que el príncipe Pablo acaba de firmar con las potencias del Eje. El regente huye. El 6 de abril, los alemanes lanzan la Operación Castigo. Rista M. corre por un Belgrado bombardeado, fotografía el retorno de la muerte, los edificios despanzurrados, los tranvías arrugados como juguetes de papel, los cadáveres tirados por la calle Knez Mihailova. Dimite cuando Milan N. se convierte en primer ministro del Gobierno de Salvación Nacional. Sigue sacando fotos en secreto. Lo buscan. Pasa a la clandestinidad. En 1943, escapa de tres hombres que lo persiguen escondiéndose en una casa. No puede evitar hacerles una foto a través de la rendija de una ventana. Espera que los tres estén correctamente ubicados en el encuadre, ni demasiado cerca ni demasiado lejos entre sí, y cuando uno de ellos se gira repentinamente a un lado en una interesante ruptura de la simetría, aprieta el disparador. En el dorso de su copia personal, anota: *Colaboradores en busca del autor de la presente foto para fusilarlo.*

Entretanto, en Zagreb, Curzio M. es recibido por el dirigente del Estado Independiente de Croacia, que le muestra con emoción el valioso regalo que le han hecho sus fieles *ustachas*, un canasto lleno de ojos arrancados. Si bien no resulta prudente tomar demasiado literalmente el

testimonio de Curzio M., no se puede sino admirar el talento que despliega para condensar la multiplicidad de situaciones complejas en una única e inolvidable metáfora.

En abril de 1944, son los Aliados quienes lanzan sus bombas.

En octubre, el Ejército Rojo entra en Belgrado. Rista M. fotografía las escenas de alborozo, las carcajadas y los ramos de flores, y a su hijo corriendo entre las piernas de los soldados soviéticos al lado de un inmenso carro JS-2. Pero sabe que la alegría de las masas solo es completa cuando hay sangre y puesto que es fotógrafo y su oficio le exige preservar la huella de todo cuanto aconteció aquí un día, fotografía también los linchamientos y las ejecuciones sumarias. Un partisano lo ve, corre hacia él y le rompe la cámara. Le confiscan todas las fotos polémicas. De la liberación de Belgrado solo puede preservar las flores, las sonrisas de las mujeres, el semblante afable y fraternal de los soldados del Ejército Rojo y la imagen de su hijo corriendo junto a un tanque.

En la nueva república federativa popular de Yugoslavia, reabre su agencia. No da clases de pintura ni de dibujo, sino de fotoperiodismo.

En 1955, con setenta años, se jubila.

Cuando muere, en abril de 1969, Estados Unidos está en guerra con Vietnam, y hace nueve años que Rista M. no dispara ni una mísera foto. Ignoramos los motivos de esta renuncia repentina y total. Es poco probable que la edad sea el motivo. Tal vez Rista M. haya terminado por asquearse de esas imágenes que jamás igualarán a la pintura porque, en definitiva, no es en tanto que arte como la fotografía da una idea de su poder. Su dominio no es el de las bellezas eternas. Trunca el curso del tiempo igual que la Moira implacable, y es ella la única que puede hacer tal cosa. Siendo así, Rista M., al envejecer, debió de percatarse de que se había extraviado toda su vida por un camino que no era el suyo.

Pero tal vez dejara de hacer fotos simplemente porque a su juicio ya no quedaba nada que fotografiar en el mundo agotado que lo rodeaba. Todo había sido dicho, repetido hasta la náusea en un insoportable tartamudeo. Tampoco es imposible que, a las puertas de la muerte, se arrepintiera de no haberlo dejado mucho antes, en Corfú, a finales de diciembre de 1915. Pues en 1969 ya no puede ignorar que aquel día, bajo la carpa de un hospital de campaña, al pie del cementerio azul del Mediterráneo, no solo hizo la foto de un soldado famélico agonizante, sino que captó de una vez por todas, en una única imagen sobrecogedora, el rostro del siglo.

Como antaño prometiste a Abraham y a su descendencia.

8. Sanctus

(Guardias fronterizos de Alemania del Este abriendo una brecha en el muro, Berlín, 1989)

Cuando Pascal B. fue detenido por tercera vez en marzo de 1989, Antonia no corrió a refugiarse en el hombro de su tío. Supo inmediatamente que no podría soportar ni la espera ni las miradas de regocijada compasión. Supo también que estaba embarcada en un ciclo sin fin que no la liberaría jamás, como si girase en órbita alrededor de un planeta increíblemente macizo. La vida que la esperaba repetiría la que ya había vivido. Pascal B. sería encarcelado y luego excarcelado y volverían a meterlo en prisión de nuevo, una y otra vez, y ahí estaría ella, esperándolo, más vieja y desengañada cada vez, hasta que fuera demasiado tarde. En su lápida no grabarían su nombre, sino un mucho más sobrio «La mujer de Pascal B.», y sería justo, porque el centro de gravedad de su existencia siempre se habría situado fuera de ella misma. Naturalmente, se le prohibiría quejarse del egoísmo de su amante. ¿Quién podría calificar de egoísta a alguien que ha aceptado sacrificar su vida y su libertad por una causa política? No habría nada que hacer salvo aprovechar la presencia de Pascal B. durante sus momentos de libertad. Pero incluso esa presencia era completamente intermitente, sobre todo desde que Antonia vivía en Ajaccio. Lo veía dos o tres veces por semana, nunca sabía cuándo, él la avisaba el mismo día, llamaba a veces justo antes de presentarse en su casa en plena noche, y con frecuencia Antonia había percibido en su piel sospechosos restos de perfumes femeninos. La pertenencia de Pascal B. a una organización clandestina ofrecía ciertas ventajas prácticas. Pascal nunca tenía por qué revelar dónde estaba, ni lo que hacía ni con quién, y era indudable que se aprovechaba del obligado secreto para abandonarse a actividades que muy poco tenían que ver con el colonialismo francés y la lucha de liberación nacional. Ella no le guardaba rencor. Lo conocía, como conocía a todos los chicos con los que se había criado y para quienes el género femenino se dividía con toda la simplicidad del mundo en dos categorías no solo claras, sino de una estanquidad inalterable: la de las mujeres respetables y la de las mujeres que no lo eran. La compañera oficial, evidentemente, formaba parte de la primera, donde se codeaba con las madres, las tías y las hermanas. Cualquier otra representante del sexo femenino pertenecía a la segunda, de cuyo seno era lícito elegir una compañera ocasional sin que esto acarrease consecuencia alguna. Y si convenía disimular esas breves aventuras adúlteras no era porque uno experimentase remordimientos ni porque se le concediera la menor importancia moral, sino para proteger a la compañera sentimental o la esposa, de quien no se esperaba que comprendiera y mucho menos que validara una visión tan sutilmente binaria del mundo. Desde un punto de vista más trivial, de esa manera se ahorraban no pocas molestias. Todo esto Antonia lo sabía demasiado bien como para haberlo aceptado durante mucho tiempo. Ella no experimentaba celos reales, únicamente fastidio ante la ingenuidad del secretismo permanente, y también un poco de repulsión, como si la obligasen a acostarse en la humedad de unas sábanas dudosas.

No escribió a Pascal B., no le envió ninguna foto. Solicitó un permiso de visita que obtuvo al cabo de varias semanas. Por primera vez en su vida, entraba en una prisión. Avanzaba detrás de un guardia entre la suciedad de unos pasillos inmensos pintados de amarillo y cada chasquido de cerradura la estremecía. Pascal B. la esperaba en la sala de visitas. Estaba sonriente. No se quejó

de la ausencia de cartas. Ella se alegraba de verlo, aunque fuera en aquel lugar inmundo, y tuvo miedo de no conseguir hablarle como había previsto. Pascal B. le cogió la mano.

No tienen nada, ¿sabes? Habrá sobreseimiento otra vez, no tienes por qué preocuparte. Voy a salir.

Claro que sí, dijo ella. Vas a salir. Pero ¿dentro de cuánto?

Él se encogió de hombros.

Unos meses, un año, no lo sé. Los jueces de instrucción no se dan ninguna prisa, ya lo sabes.

Antonia se inclinó hacia él y le dijo con ternura: Pascal. No te voy a esperar. Esta vez no te voy a esperar.

Él se puso rígido en la silla.

¿Has venido aquí para decirme eso? ¿Aquí?

Sí, he venido aquí para decirte esto. ¿Habrías preferido que te escribiera una carta?

Él bajó los ojos sin contestar. Antonia se armó de valor y añadió que todavía lo quería, pero que no quería una vida así, y que sabía que era inútil pedirle a él que renunciara a la suya, y aunque sirviera de algo no lo haría, no quería que él renunciase a nada por ella y que acabara por guardarle rencor, pero si seguía así sería ella quien le guardaría rencor, en verdad se lo guardaba ya, por culpa de la vida que le imponía muy a su pesar y que ella rechazaba. No podía esperar a que él saliera para decírselo, no podía hacer teatro durante meses, o un año entero, o más aún, y había preferido ir a decírselo enseguida.

Él volvió a levantar la vista y la miró.

Voy a volverme a mi celda, murmuró, y llamó al guardia.

Antonia le retuvo la mano en el momento en que él se levantaba despacio de la silla, Pascal, espera un poco, hablaba a toda velocidad, soy débil, no puedo soportar esto, pero no te abandono, no te abandonaré nunca, yo siempre estaré ahí para ti, ya lo verás, no te abandono, que lo sepas, podrás contar conmigo más que si yo... Pero él ya estaba de pie frente a ella. No quería seguir escuchándola. Voy a volver a mi celda. Le dio la espalda y siguió al guardia. Ella odiaba verlo sufrir por su culpa. Odiaba todavía más los esfuerzos que hacía muy a su pesar para no tener mala conciencia. Antonia volvió a Córcega cargando con el peso de una falta que ella misma se negaba a aligerarse.

Cuando Madeleine O. se enteró de la ruptura, se tomó la molestia de ir en coche hasta Ajaccio para ir a ver a Antonia a la delegación del periódico.

Lo que has hecho ha sido una asquerosidad. Ni se te ocurra volver a dirigirme la palabra.

Madeleine hablaba con el tono de la virtud ultrajada, como si su propia conducta hubiera sido siempre irreprochable y no pudiera ponerse en tela de juicio su legitimidad como autoridad moral. Antonia se quedó más impresionada que herida.

Me parto de risa, Madeleine, le contestó, pero no estoy para bromas, tengo mucho trabajo. Quítate de mi vista.

El sábado siguiente, fue a pasar dos días al pueblo, a casa de sus padres. Su padrino procuraba disimular el alivio de saberla por fin liberada de Pascal B. Era lo bastante inteligente o delicado para entender que cualquier manifestación de alegría y, más aún, cualquier crítica al amante rechazado serían recibidas sin indulgencia por parte de Antonia. Por lo tanto, se conformó con tratarla con un afecto renovado.

Fue el único.

Sentada en la terraza del bar frente a un café que se le había quedado frío, Antonia tenía la sensación de haberse convertido en un espectro que se aparece en una casa ante la completa indiferencia de sus moradores. Ninguno de sus amigos la saludaba. Ninguno aceptaba intercambiar una mirada con ella. Habría podido irse. El orgullo la mantuvo sentada en su sitio. No tenía que justificarse ante nadie, menos aún sentir vergüenza. A última hora de la tarde, llegó Simon T. Ella esperaba que pasara de largo fingiendo no haberla visto, pero Simon le dio un beso y se sentó a su lado. Desde el interior del bar, Jean-Joseph C. le lanzó una mirada de reproche que Simon le sostuvo sin pestañear antes de entablar una conversación cordial con su amiga. Cuando ella se dispuso a volver a casa de sus padres, le puso una mano en un hombro y le dio las gracias. Él se estremeció y masculló algo perfectamente ininteligible. Solo entonces comprendió Antonia que los sentimientos de Simon no eran puramente amistosos. Aquel muchacho estaba enamorado de ella y había que ser insensible, ciega o soberanamente idiota para no haber visto antes lo que Simon disimulaba con tanta torpeza, pues no cabía duda de que estaba enamorado de ella desde hacía mucho tiempo, quizá no desde la época en que bailaban juntos una parodia de tango en las fiestas del pueblo, pero sí desde hacía mucho tiempo, por eso era tan sensible a todo lo que ella le decía y era tan fácil herirlo, por eso no había resistido a la ridícula tentación de revelar su identidad en la furgoneta, no porque fuera un fanfarrón —como la mayoría de los militantes del FLNC que ella conocía y que no podían evitar ofrecer a quien quisiera escucharlos, sobre todo a perfectos desconocidos, el relato de unas gestas de las que ni siquiera era seguro que ellos fuesen autores, de suerte que aquel chorro ininterrumpido de confesiones espontáneas complicaba el trabajo de la policía más de lo que hubiera conseguido una hipotética *omertà*—, sino porque estaba enamorado, enamorado y desesperado, pues sabía muy bien que las chicas estaban desde siempre prometidas a unos chicos mayores con los que era inconcebible competir, máxime cuando él mismo los admiraba desmesuradamente, empezando por Pascal B., al que admiraba aún más que a los demás hasta el punto de profesarle auténtico culto, lo que no le dejaba más opción que pudrirse miserablemente en el secreto de su amor imposible, sin ninguna esperanza de confesarlo algún día, especialmente porque Antonia, al romper con Pascal B. durante su encarcelamiento, había hecho aún más inviolable el tabú que pesaba sobre ella y la volvía definitivamente inaccesible. Antonia sospechaba que su inaccesibilidad, lejos de constituir una traba para el inoportuno amor del que ella era objeto, era, por el contrario, su causa principal, acaso la única. Simon no la amaba a ella, sino a «la mujer de Pascal B.», es decir, en el fondo, al propio Pascal B. Nada de todo esto resultaba especialmente halagador. Al menos no había que temer que Simon se pasara de atrevido y la obligara a dar una penosa explicación que la pudiera enemistar con la única persona que no la trataba como a una leprosa.

Dos semanas más tarde, recibió una carta desconcertante de Pascal B. La comprendía, la comprendía muy bien, aunque, naturalmente, no le resultaba fácil renunciar a ella. Todos estos años habían debido de ser muy dolorosos, aunque él nunca se había tomado la molestia de pensarlo; quería pedirle perdón por ello y ella tenía derecho a querer otro futuro, había estado furioso con ella pero eso se había acabado, ahora no tenía nada que reprocharle, en realidad nunca había tenido nada que reprocharle y, sobre todo, confiaba en Antonia, sabía que podría seguir contando con ella, a pesar de la separación, más que con cualquier otra persona, y cuando pensaba en ello sentía casi felicidad, y se moría de ganas de salir y volver a verla. Esta vez, Antonia tuvo que reprimir lágrimas de amor y gratitud. Pascal B. era el único que podía aliviar la carga que

soportaba y ella jamás habría imaginado que lo haría. Su bondad era inmensa, un tanto áspera y púdica, sí, pero inmensa. Sus arranques de ira nunca duraban mucho, Antonia tendría que haberlo sabido. En 1979, cuando había dado la paliza al turista que le había tirado encima el café, al día siguiente había vuelto a bajar a la ciudad, solo, para encontrar a su víctima y disculparse. No se lo había confesado a nadie, ni siquiera a sus amigos más cercanos, a los que les costaba horrores distinguir entre bondad y debilidad, y había esperado años para contarle únicamente a Antonia cómo había recorrido la ciudad en todas direcciones durante una tarde entera, peinando las playas y las heladerías y todos los lugares que normalmente gustaban a los idiotas de los turistas, pero en vano, pues no había manera de dar con el tipo, tal vez se escondía en lo más hondo de un camping del que no saldría antes del final de las vacaciones, y cuando Pascal B. estaba a punto de tirar la toalla lo distinguió saliendo de la escuela de vela y lo llamó haciendo grandes aspavientos y corriendo hacia él, lo que sin duda fue mala idea, porque el otro, malinterpretando el sentido de tan loable arrebatado de arrepentimiento, echó también a correr de inmediato, con tal celeridad que había sido imposible alcanzarlo. Naturalmente, Pascal B. era de carácter un poco vivo y, nada más recuperar el aliento, había maldecido de nuevo al turista, cuya ingratitud le había impedido hacer las paces y que por tanto podía, por citar unas palabras que Antonia recordaba muy bien, irse directamente a tomar por el culo. A pesar de su decepcionante conclusión, esta anécdota decía mucho de la bondad de Pascal B.

Antonia se arrepintió de haberlo dejado. Estaba a punto de contestarle que había sido una insensata, que quería seguir con él. Se abandonaba a la deriva por el espacio, sin fuerzas, acercándose peligrosamente al gran planeta lejano, en el límite de su campo gravitatorio. Imaginaba el regreso de Pascal, el calor de su abrazo, la mañana del primer despertar, cuando sintiera su presencia a su lado en la cama deshecha. Se regodeaba en esta imagen, volvía más y más precisos los detalles, hasta que la precisión bastó para romper el encanto de la mentira. Antonia abriría los ojos, él estaría allí pero, una vez pasada la embriaguez del reencuentro, en esa primera mañana, ella comprendería que acababa de caer de nuevo en la trampa de la que tan difícil le había resultado salir y que todo volvería a empezar, no como lo había imaginado, sino exactamente como antes, con la misma indolencia implacable, tóxica y terriblemente real. Le prepararía el café, retrocedería brutalmente y se sumiría en la angustia igual que en unas arenas movedizas. Eso no podía pasar. No podía ser. Cuando volviera a verlo, tendría que resistir, desconfiar de sí misma, no contar con una lucidez fluctuante. No, era evidente que no podría contar consigo misma. Sus resoluciones más firmes solo tendrían la inconsistencia versátil del pensamiento. Haría falta algo más, pero Antonia no sabía el qué.

Esa misma noche, en un piano bar del puerto al que había seguido a sus colegas del periódico, aceptó las insinuaciones de un tipo que nunca había oído hablar de Pascal B. La invitó a su casa. Ella sentía curiosidad por tocar por fin la piel de otro hombre. Fue bastante decepcionante. Cuando se dispuso a volver a vestirse, él le pidió que se quedara a dormir. De ninguna manera, contestó Antonia. Cuando volvió al pueblo, dos semanas más tarde, todo el mundo la saludó tímidamente. Estaba claro que, desde prisión, Pascal B. había dado unas instrucciones que nadie se atrevía a contradecir. Madeleine, seguida de Lætitia, fue a verla a la terraza del bar con aire avergonzado.

Oye, Antonia, de verdad, te pido...

Antonia, magnánima, le ahorró la humillación de las disculpas.

Vamos a hablar de otra cosa. Sentaos.

Ellas se sentaron, pero ninguna habló. Antonia sonreía aunque algo se hubiera roto definitivamente. En cierto sentido, se compadecía de Madeleine por no tener sentimientos más que por conformarse u obedecer, pero, por encima de todo, la despreciaba con toda su alma. No tenía importancia. A fin de cuentas, los amigos no se elegían más libremente que la familia. La llegada de Simon, que estaba eufórico por la reconciliación general, relajó un poco el ambiente. Pidieron algo de beber. Madeleine y Lætitia volvieron a mostrarse muy cariñosas, con una sinceridad tanto más lamentable por cuanto no podía ponerse en duda. Antonia habría valorado más su hipocresía. Simon anunció que en unos días tendría que ir a Ajaccio y sugirió a Antonia, con aire despreocupado, que tal vez podrían aprovechar para tomar una copa juntos.

Ella lo examinó con interés.

La solución a su problema se hallaba ante sus narices en aquel preciso instante. No únicamente un pensamiento vaporoso, sino un acto sencillo, imperdonable, definitivo. Tenía que acostarse con Simon. Una sola vez sería suficiente. Si lo conseguía, levantaría entre ella y Pascal B. un muro infranqueable. Ni siquiera necesitaría decírselo, a riesgo de hacerle un daño atroz y verlo desaparecer completamente de su vida, lo que Antonia temía más que cualquier otra cosa; bastaría con saber que lo había hecho, y resistiría, sin importar la fuerza de la tentación; de hecho, no tendría ni que resistir: cualquier paso atrás sería objetivamente imposible. Y Simon, por supuesto, tampoco diría nada. Quedaba convencer al principal interesado, lo que, a juicio de Antonia, no debía de suponer unas dificultades insalvables; el resultado de la pugna entre el deseo y la lealtad raras veces era incierto.

Qué buena idea. Llámame cuando estés en Ajaccio, le dijo a Simon.

Lógicamente, él la llamó. Cenaron juntos y Antonia lo llevó a un cabaré donde el riesgo de cruzarse con militantes nacionalistas a la caza de rumores que propagar era escaso. A las tres de la mañana, Simon la acompañó a su casa.

¿Quieres subir a tomar una copa?

Él se quedó pasmado.

¿Cómo?

Que si quieres subir a tomar una copa, tuvo que repetir Antonia.

Mejor no, dijo él.

¿Por qué? ¿Qué tiene de malo? ¿Acaso no somos amigos?

Simon convino mostrando todos los síntomas del apuro más extremo. Ella lo agarró del brazo.

Pues si somos amigos, sube a tomar una copa, no tengo sueño y no me apetece beber sola.

Puede que, mientras subía las escaleras, Simon lograra convencerse de que ella decía la verdad, de que solo quería tomar una copa con un amigo y que no estaba poniéndolo voluntariamente en la tesitura de cometer una infamia pero, tan pronto como franquearon el umbral del piso, ella lo sacó de su error arrojándose a sus brazos. Él la rechazó con una espontaneidad horrorizada que la ofendió sobremanera. Así pues, resultaba que la lealtad se mostraba más fuerte que el deseo. Eso no ocurre casi nunca, pensó Antonia, es público y notorio, pero a mí me tenía que pasar, porque yo soy la mujer de Pascal B., porque si la deseaban era debido a Pascal B., y también por Pascal B. la rechazaban, se sentía humillada y enfurecida, se le había olvidado por completo el plan que había elaborado, olvidaba que, sin Pascal B., ella jamás habría invitado a

Simon a subir a su casa y, por primera vez en su vida, pensó con una suerte de odio en aquel que había ocupado y seguía ocupando todo el espacio de su vida hasta el extremo de volverla invisible, ¿por qué?, le preguntó a Simon, ¿por qué? ¿No te apetece?, y, al plantear la pregunta, se dio cuenta de lo mucho que a ella misma le apetecía, pero Simon retrocedía ya hacia la puerta, temblando, negando con la cabeza, por supuesto que me apetece, pero no puedo hacerlo, Dios santo, sabes muy bien que no puedo, ¿por qué?, gritó Antonia, lo agarró por los hombros, subió las manos por su cuello hasta su cara, he bebido demasiado, pensó, pero quería que él la mirara y se dispararan todas las sombras que Pascal B. proyectaba en la habitación para que Simon la viera, a ella, solamente a ella, era lo único que quería, y al final la vio. A la mañana siguiente, cuando Antonia se despertó, Simon estaba tumbado a su lado en posición fetal y sollozaba como un niño. Intentó consolarlo, se apretó contra él, cubrió de besos su frente, sus hombros, sus mejillas, quería mostrarse casta y compasiva, pero temblaba aún por el placer desconocido que durante la noche había embargado su cuerpo y su alma, y cuanto más besaba a Simon, más turbios, insistentes y profundos se volvían los besos. Lo puso boca arriba y se sentó sobre él, y cuando él cerró los brazos, sus ojos estaban todavía húmedos, pero ya no lloraba. Pasaron toda la mañana en la cama. Simon fue a darse una ducha. Cuando salió del cuarto de baño, Antonia, desnuda, encendía incienso y una vela. La veía tan guapa. Ella le sonreía por encima de la llama que vacilaba con gracia, como vacila hoy la del cirio que sin embargo no alumbraba ninguna sonrisa. Por mucho que Simon mire esa llama con todas sus fuerzas, la cara de Antonia no aparece. Su corazón no desbordaba amor. No es cierto, aunque su padrino se empeñe en creer que sí. En cualquier caso, no desbordaba amor por Simon. Desde aquella noche que pasaron juntos en abril de 1989, Antonia no dejó de tratarlo ni más ni menos que como una mierda. Aquel día, Simon volvió al pueblo en un estado de trance donde la felicidad más pura se mezclaba con el dolor de unos remordimientos insoportables. Su traición lo mortificaba, era demasiado grande para él, tan grande que ni siquiera el amor podía redimirla. Pero el amor podía al menos proporcionar una explicación, pues aquello era amor, y Simon estaba convencido de que volvería a ver a Antonia muy pronto. Esperó a que ella llamara, pero no llamó. Cuando no pudo más y descolgó el teléfono, ella le contestó en un tono jovial, como si nada hubiera pasado. Simon tuvo la impresión de caer por un abismo. No había amor, ni el mínimo rastro. Había traicionado aquello que más quería por algo que no había sido más que una aventura de una noche. La idea le resultaba insoportable. Ya no era capaz de mirarse en el espejo. Se desvelaba en plena noche, mordiéndose los puños. Dejó de llamar a Antonia. Coincidían por el pueblo. Ella ni siquiera tenía el detalle de mostrarse incómoda con él. Simon habría podido pensar que lo había soñado todo y, si hubiera sido posible, lo habría creído con un alivio infinito. En junio, Antonia le pidió que fuera a verla a Ajaccio. Pensó que iba a explicárselo todo, pero por toda explicación se abalanzó de nuevo en sus brazos con tanta pasión que una vez más Simon cedió. He pensado tanto en ti, le decía, si tú supieras, y lo desnudaba, no le dejaba dormir, y posaba sus manos sobre su rostro, y él notaba las yemas de sus dedos acariciándole los párpados con delicadeza. No volvió a dar señales de vida en todo el verano. Era incomprensible. Y luego volvió a llamarlo, a finales de septiembre. El movimiento nacionalista pasaba por una etapa problemática y agitada que lo llevaría a su primera escisión. Simon dedicaba todo su tiempo a las reuniones políticas. Aun así, fue a verla. Esta vez le preguntó: ¿por qué me haces esto? Ella parecía estar sinceramente arrepentida. Sabes que te quiero mucho, Simon, lo sabes, ¿verdad? No, Simon no lo sabía. Su madre, cuando el padrino de

Antonia la abandonó como a un animal enfermo para ponerse al servicio de un Dios que ni siquiera existía, tampoco debió de saber lo que los miembros de aquella familia entendían exactamente por el término «amor», aunque estuviera matizado por un adverbio. Hubiera preferido que no pasara nada de esto, le dijo, pero no era verdad, todavía hoy sigue sin ser verdad, a pesar del dolor, del desperdicio, a pesar de la traición y del miedo a ser descubierto, y Simon vuelve a verse, temblando como un flan al recibir a Pascal B., que acaba de salir de prisión en 1990, justo antes de que se produzca el estallido final del movimiento al que consagró su vida, vuelve a verse escudriñando con angustia el semblante de Pascal, que le sonríe y lo abraza, ¡ay, mi Simon!, vuelve a verse vomitando en el arcén y vuelve a verse, menos de dos semanas más tarde, con la cara hundida entre las piernas de Antonia con la misma avidez desesperada que Judas al recibir las treinta miserables monedas de plata que poco después esparcirá al pie del árbol donde se ahorcará. Él no se ahorcó. Su traición siguió quemándole igual que una úlcera. Hasta que un día, en 1991, después de meses de reuniones estériles, de amistades transformadas en odio inextinguible, de insultos y amenazas de muerte intercambiadas por militantes encolerizados de pie encima de sus sillas, mientras Antonia fotografiaba la guerra en Yugoslavia, Pascal B. le dijo a Simon: esto va a acabar muy mal, va a ser terrible y tendremos que vivirlo juntos. Sus ojos se perdieron en el vacío. Una cosa más que podremos compartir. Pero ya hemos compartido tanto, ¿verdad que sí? Y sus ojos se hundieron en los de Simon el tiempo suficiente para que no quedara ninguna ambigüedad sobre lo que quería decir, se hundieron hasta su corazón, que se licuaba, y entonces el rostro de piedra de Pascal se iluminó con una sonrisa. Dios sabía cómo, pero Pascal sabía, y Simon acababa de recibir la más elegante de las absoluciones, a la que solo podía responder mediante el silencio. Ay, mi Simon, murmuró Pascal desviando por fin la mirada. Antonia siguió llamándolo, tras largos periodos de silencio, sin motivo, sin miramientos. Cuando le anunció su decisión de abortar, en 1993, Simon protestó, que no estaba de acuerdo, que tenían que hablarlo, pero ella le respondió que no era asunto suyo y Simon le dijo que a partir de ese momento ella dejaría de existir para él y que no quería volver a verla nunca más. Pero, como es natural, volvió a verla. Descendía sobre ella como sobre las aguas de la resurrección. Si Antonia no hubiera muerto, él nunca habría dejado de verla. Sin entender nunca nada. En noviembre de 1989, todavía está en su casa. La primera escisión, de la que nadie sabe aún que acarreará una segunda, ha sido consumada un mes antes. Simon se queja de ella a Antonia. Ella se levanta, desnuda, alumbrada por la llama de las velas; él todavía tiene la respiración entrecortada. Espera, dice ella. Revuelve en un cajón y va a sentarse a su lado con las piernas cruzadas.

Llevo un mes encargándome de eso. Son fotos de la asamblea general de creación del nuevo movimiento. Estuve allí.

Simon mira las fotos en las que reconoce a sus antiguos amigos. Ella le ofrece otra.

La hice en Berlín, hace una semana.

Un trozo del muro ha sido cortado y empujado hacia delante. Por la brecha se distingue a tres jóvenes guardias fronterizos muy tiesos en el lado este. La foto de Gérard M. está tomada desde el oeste, donde se agita una multitud inmensa en medio de la cual se elevan decenas de cámaras de fotos y de flashes. Los jóvenes guardias fronterizos están terriblemente solos detrás del fragmento de muro que se tambalea. No parecen muy contentos, solo impresionados e incrédulos.

¿Lo ves, Simon?

Simon asiente.

Esto es lo que está pasando en el mundo en este momento. Aparte de vuestras peleas de patio de colegio, quiero decir. Lógicamente, como te podrás imaginar, esta foto no la he hecho yo. Yo fotografio asambleas generales de pacotilla, con cincuenta tíos fundando un partido político que no le importa a nadie en una sala de fiestas de mierda y calificándolo de hecho histórico.

Una vez más, Antonia se muestra realmente mezquina con Simon, pero tal vez sobre todo consigo misma. Es la primera vez que aborda con él un tema que le importa de veras, aunque Simon no lo sabe. Él solo recuerda que Antonia agita la foto ante sus narices, desnuda, y que la vela arde encima de la mesilla de noche. Recuerda que ella está viva. Si alarga la mano, será su piel lo que encuentre y no la madera del féretro. De todos los cánticos de la misa funeraria, el *Sanctus* es el único cuya letra no sufre cambio alguno, porque no habla de los hombres, de su nacimiento y muerte, sino únicamente del Señor, el Dios de los Ejércitos. *Llenos están el cielo y la tierra de Tu gloria*; la caricia en los párpados con la punta de los dedos, la yema del índice. Simon contempla la llama vacilante del cirio, aguardando aún la sonrisa de Antonia, y cierra los ojos. En la misa cantada de hoy, tal y como ha sido celebrada durante siglos en una minúscula localidad del centro de Córcega, no solo la letra del *Sanctus* es inmutable, sino también su melodía, de suerte que al escucharla con los ojos cerrados resulta imposible saber si el oficio al que uno está asistiendo es el de difuntos o el de vivos.

9. Pater Noster

(Rueda de prensa del FLNC, Tavera, 1990)

En agosto de 1990, mientras las tropas iraquíes invadían Kuwait y Yugoslavia emprendía ya su lento proceso de disolución sangrienta, Antonia se personó en el escenario de un atentado, a cincuenta kilómetros al sur de Ajaccio. Habían volado un complejo turístico, pero algunas cargas no habían estallado y varios edificios permanecían intactos. Uno de ellos presentaba todavía las advertencias que los comandos del FLNC escribían en letras grandes para avisar a posibles curiosos imprudentes de la inminencia de una explosión. En un muro, un militante de talante creativo se había tomado la molestia de enmarcar las siglas de la organización clandestina dentro de una flor infantil y una bomba muy redonda coronada por una mecha humeante. Justo debajo, demostrando que no se le daba mejor la ortografía que las artes plásticas, había escrito: ¡OJO ESPLOSIBOS! Por desgracia, la caritativa hipótesis de un error por las prisas no era válida, pues la misma inscripción aparecía en varios lugares, con la misma grafía aberrante. Antonia fotografió el muro así decorado y los montones de cascos en segundo plano.

Al día siguiente, la foto fue portada del periódico.

Varias horas después de la publicación, Antonia recibió una llamada telefónica de Pascal B.

Tengo que hablar contigo. Estoy en el bar de aquí abajo, te espero.

Tan pronto como se reunió con Pascal, este la cubrió de reproches. Sospechaba que actuaba con deliberada mala fe. ¿No había nada más que fotografiar? ¿Se daba cuenta de que los hacía pasar no solo por retrasados, sino encima por analfabetos?

No sé si el que escribió eso es retrasado, pero analfabeto seguro que sí, y de eso no tengo yo la culpa.

Añadió que el jefe del comando, quienquiera que fuera, se había mostrado muy poco espabilado al confiar un trabajo de redacción, por muy escueto que fuera, al analfabeto de marras.

¡Es que los muros no tienen que quedar en pie!, protestó Pascal. ¿Cómo quieres que piense en esas cosas? Aparte, normalmente, cualquier tonto es capaz de poner una bomba, ¿no? ¡Ni que hiciera falta pasar pruebas de selección!

¿Y la flor?, quiso saber Antonia.

No me he fijado en eso, admitió Pascal. Tenía cosas mejores en las que pensar. Además, te repito que normalmente no tiene que quedar ningún muro en pie. Pero al comemierda de Xavier le ha caído una buena, créeme.

Antonia se echó a reír. Pascal no reía. No tenía ninguna gracia. Ella no se daba cuenta. El ambiente era deplorable. Se dirigían hacia una escisión importante, mucho más grave que la anterior. Dios sabía cómo acabaría aquello. Naturalmente, la culpa era del otro bando, una pandilla de hipócritas, de chivatos y de cobardes dispuestos a todo que en ese preciso instante debían de estar pasándolo pipa con el regalo inesperado que acababa de hacerles Antonia, sobre todo, precisó Pascal, ¡porque normalmente los mongolos son ellos! ¡Ay, el gilipollas de Xavier! ¡Un buen sopapo tendría que haberle soltado!

Pascal parecía agotado. Un par de ojeras se hundían bajo sus ojos enrojecidos. A Antonia le inspiró lástima. Nada de lo que Pascal B. sentía podía dejarla indiferente.

¿No estás ya harto de todo esto, Pascal?

Sí, dijo él. Sí, lo estoy. Pero ¿qué quieres que haga? No puedo dejar que esos cabronazos manden al carajo veinte años de lucha.

Antonia no pudo evitar pensar que, en el mismo momento, en el otro bando, alguien cuyos ojos presentaban las mismas ojeras que los de Pascal debía de estar pensando exactamente lo mismo. Era absurdo. Pero no dijo nada.

Y tú, ¿cómo estás?, preguntó él.

Bien, dijo Antonia, mintiendo.

En la oración que el propio Jesucristo enseñó a sus apóstoles, se dice: *Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden*. Sin embargo, la frase original en griego, que conserva el texto de la liturgia en latín, debería traducirse así: *Condonanos nuestras deudas, como también nosotros condonamos a nuestros deudores*. Esta distorsión flagrante acaso tenga su explicación en la repugnancia que nos inspira la imagen de un Dios entregado a sórdidos cálculos contables. En el fondo, no tiene importancia. Porque los hombres que recitan esta oración tratan las ofensas como tratan las deudas: ni condonan unas ni perdonan otras. En el momento en que Antonia hablaba con Pascal, los dos bandos del movimiento nacionalista anotaban escrupulosamente en sus respectivos libros de cuentas cada ofensa, cada falta, cada palabra insultante, cada amenaza que todos esperaban cobrarse más tarde, con sus intereses correspondientes, en moneda de sangre.

En octubre de 1990, el FLNC informó a los medios a través de su canal habitual de reivindicación de que iba a celebrar una rueda de prensa. Esta tuvo lugar cerca de la localidad de Tavera. En la furgoneta que trasladaba a Antonia y a otros periodistas, nadie le dirigió la palabra. Ya en el lugar, le sorprendió el número extraordinariamente elevado de militantes presentes. La organización clandestina parecía estar al completo. Los pantalones vaqueros, los uniformes de faena y los pasamontañas de lana que conferían a las ruedas de prensa de antaño una nota de romanticismo rural habían desaparecido. Habían sido sustituidos por monos negros con cremallera y pasamontañas para moto que parecían recubrir unos rostros lisos de reptil con grandes ojos fluorescentes. Antonia se instaló cerca del proyector del equipo de televisión. Esperaba que uno de los portavoces de la organización, sentados en la primera fila detrás de una mesa, iniciara la lectura del comunicado. En un extremo de la tercera fila, casi frente a ella, un militante hizo un curioso ademán con la mano, como para saludarla. Ella lo observó detenidamente y él repitió el gesto. En un primer momento, Antonia pensó en Simon T., pero la silueta no se correspondía. Hizo varias fotos mientras el portavoz leía con una bonita voz grave que no se había tomado la molestia de disimular. Cuando todo acabó, Antonia volvió a colocarse cerca del militante y lo examinó atentamente. Llevaba una escopeta de caza y un arma corta prendida del cinturón, sin funda, por encima del mono. Antonia reconoció el modelo. Era una Luger Parabellum P08, idéntica a la que su bisabuelo había traído de Alemania en 1919, al regresar de su cautiverio, una antigüedad conservada en un armario, bajo una pila de sábanas, entre bolas de naftalina. No era imposible que un militante cualquiera poseyera también un arma como aquella, pero sí muy improbable, sobre todo cuando dicho militante insistía en dedicarle a Antonia unos saludos patéticos. Por lo tanto, se vio obligada a reconocer que quien se encontraba a escasos metros de ella, embutido en un mono de ninja, solo podía ser su hermano, MarcAurèle.

¡Será hijo de puta!, pensó, sin que Marc-Aurèle fuese el objeto de su cólera.

Al día siguiente, al amanecer, se metió en el coche y se dirigió al pueblo en busca de Pascal B. Se lo encontró en la cama, lo que no era de extrañar: Tavera quedaba a casi dos horas de carretera, y debía de haberse acostado tarde.

¡Has reclutado a mi hermano!, le gritó Antonia. ¡No tenías derecho a hacer una cosa así!

Pascal B. estaba aún demasiado amodorrado para encontrar una defensa eficaz contra la furia de Antonia. No trató de negarlo, pero se defendió diciendo que solo había cedido a las repetidas exigencias de Marc-Aurèle. El argumento no surtió el efecto esperado. ¡Pues no haber cedido! ¿Acaso cedía ante todos los chavales que, como Marc-Aurèle, se dejaban seducir por aquella mitología ridícula sin tener ni la más remota idea de lo que implicaba realmente? Le desafió a que nombrara una cualidad, una sola cualidad de Marc-Aurèle que hiciera indispensable su reclutamiento. ¿Tenía formación de comando? ¿Era acaso un gran estratega político? ¿Un artificiero? ¿Un asesino? ¿Eh?, gritaba Antonia. ¿Eh?

¡No te preocupes!, intentó calmarla Pascal mientras se vestía. ¡A Marc-Aurèle no le va a pasar nada!

¿Que no le va a pasar nada? Pero ¡si tú mismo me has dicho que la situación se está poniendo peligrosa! ¡Tú mismo me has dicho que esto va a acabar mal! ¿Y si lo meten en la cárcel? Marc-Aurèle no es como tú. Marc-Aurèle es bueno. Es débil. Jamás aguantará la cárcel; y al imaginar a su hermano sentado en un jergón mientras resonaba en los pasillos el eco inmenso de las cerraduras al accionarse y el tintineo de las llaves, se echó a llorar.

Pascal B. suspiró, vaciló un segundo y, tras obligarla a sentarse, le dijo: mira, de verdad que no le va a pasar nada. Te voy a explicar por qué. Pero prométeme que no se lo contarás a nadie.

¿Qué pasa, le he contado alguna vez algo a alguien? Yo sé cosas, demasiadas, cosas que no tendría que saber, cosas que preferiría no saber, y jamás he contado nada.

Pascal le explicó que el verdadero objetivo de la rueda de prensa era excluir de facto del movimiento a todo el grupo de sus enemigos: no habían avisado a los sectores del FLNC que estos controlaban. Por lo demás, ellos no disponían del canal de reivindicación habitual. Se enterarían de la celebración de la rueda de prensa al leer los periódicos, esa misma mañana. Y, claro, en su ausencia, habían tenido que inflar un poco las filas y reclutar a bastante gente. Para hacer bulto. Marc-Aurèle había desempeñado el papel de figurante, le había gustado y había sido útil para el movimiento, pero no haría nada más, Pascal B. le daba su palabra de honor, no participaría en atentados, ni recaudaría el impuesto revolucionario, lo convocarían a alguna que otra reunión clandestina de vez en cuando, y listo. Antonia no tenía motivos para preocuparse.

¿Y mi hermano sabe todo esto? ¿Sabe por qué aceptaste que participara?

No, claro que no, reconoció Pascal B. desviando la mirada.

Menuda jugarreta. Debería darte vergüenza.

Tú nunca estás contenta, ¿no?, replicó sin entusiasmo Pascal B.

Antonia no contestó. Pasó por casa de sus padres. Marc-Aurèle estaba desayunando. Ella le dio un abrazo. Ten cuidado. Él tenía dieciocho años y estaba loco de contento. ¿Me viste, entonces? Antonia lo estrechó con más fuerza. Sí, te vi. Ten mucho cuidado.

En las semanas siguientes, los militantes excluidos celebraron su propia rueda de prensa en Tralonca. Esta vez, la prensa fue convocada a través del canal histórico de reivindicación. Al parecer, esa facción del FLNC, que se presentaba también como la única legítima, contaba con más militantes que sus competidores. Antonia comprendió que acababa de tener lugar otra campaña de

reclutamiento salvaje, de ahí que, merced al milagro de una matemática más sobrenatural aún que la que regía los conjuntos infinitos, los efectivos se hubieran duplicado al ser divididos entre dos.

La situación empeoraba día tras día.

A finales de noviembre, los guerrilleros del canal habitual llegaron a Bastia en gran número y armados hasta los dientes. Cargaron, para trasladarlo a Ajaccio, todo el material que empleaban para la elaboración del diario nacionalista y que codiciaban los partidarios del canal histórico: los ordenadores, las fotocopadoras y hasta el mobiliario de oficina. Durante una hora, los dos grupos se enfrentaron en medio de la noche, armas en mano, en pleno centro de la ciudad.

En torno a la una de la mañana, sonó el teléfono de casa de Antonia. Era Simon T., Antonia creyó al principio que había ocurrido algo malo. Simon no llamaba nunca. Normalmente esperaba que fuese ella quien diera ese paso.

Simon, ¿estás bien? ¡Dime que va todo bien!

Estaba bien. Le pedía perdón. Venía de Bastia. Le apetecía hablar con alguien, no, le apetecía hablar con ella, solo con ella. ¿Podía pasarse por su casa? Ella contestó que lo esperaba. Simon llegó diez minutos más tarde. Tenía una cara horrible. Dejó el Colt 45 encima de la mesa tras quitarle el cargador y expulsar la bala alojada en el cañón. Le contó lo que acababa de pasar en Bastia. Le parecía que, después de meses de descenso imperceptible pero continuo por un abismo, había tocado fondo. Cuando todos hubieron llegado, desde toda Córcega, habían encontrado a los aliados bastienses que les habían pedido auxilio atrincherados en la redacción del periódico. Los militantes de la otra facción los asediaban. Pero ellos eran más, dijo Simon, muchísimos más. Era surrealista. Él estaba en la esquina de una calle con Jean-Joseph C., con la pistola en la mano, la bala en el cañón, y una anciana había pasado por allí y los había confundido con policías. ¿Cómo podía haber creído que la policía no había intervenido? Jean-Joseph la tranquilizó, claro, él era inspector de policía, le aseguró, inspector jefe, para más señas. Tenemos controlada la situación, señora. Vamos a bajarles los humos a esos delincuentes, puede quedarse tranquila. Y la anciana había vuelto a su casa no sin antes recompensar a aquel buen mozo con una sonrisa de reconocimiento y una palmadita maternal en la mejilla. Empezamos a cargar el material, continuó Simon. Los demás estaban en la acera. No se movían. Alguien les dijo que, si alguno de ellos avanzaba un solo paso, recibiría un tiro en la cabeza. Les hemos dado para el pelo. ¿Qué otra cosa podían hacer? Al principio me ha gustado. Siempre sienta bien sentirse fuerte. Pero ahora me dan ganas de vomitar. Antonia pensó que, una vez más, había desaprovechado una ocasión para hacer unas fotos extraordinarias. En lugar de eso, había hecho un reportaje sobre el consejo general. La cosa empezaba a parecer una verdadera maldición.

Tendrías que haberme llamado antes, te habría acompañado, le dijo ella.

Simon no reaccionó al comentario. Desde hacía meses, intentaba actuar para que las cosas no se desmoronasen, cuando se cruzaba con tipos del otro bando que conocía bien, hacía como si nada, quería creer que las discrepancias políticas no cambiarían nada en el terreno de lo personal, lo cual era, lógicamente, una estupidez, puesto que las discrepancias en cuestión no tenían nada que ver con lo político, de modo que alargaba la mano y se quedaba como un gilipollas con la mano tendida en el vacío mientras le dirigían una mirada de odio y él también experimentaba odio como respuesta, le daban ganas de meterles la pistola en la boca a aquellos a los que había considerado como sus hermanos y que ahora le negaban el saludo, partiéndoles los dientes de paso porque todo lo que él había interpretado durante años como el vínculo de una fraternidad

inquebrantable era arena, bruma, ni siquiera bruma, sino simplemente nada, nada en absoluto, y esa noche, en Bastia, les habían dado para el pelo, los habían humillado, no habían podido evitarlo y, en el momento, había sido extraordinariamente agradable, por mucho que fuese un error, porque la mancha de la humillación no se borra jamás, y en el gran libro de cuentas todos ellos acababan de contraer una deuda terrible que tendrían que pagar tarde o temprano. Y, sobre todo, concluyó Simon, sobre todo, no puedo evitar preguntarme cuánto valen las amistades que me quedan. Puede que tampoco valgan nada. Puede que sean mierda.

Levántate, le ordenó Antonia.

Lo empujó hacia la cama, en la que Simon cayó, y se sentó a horcajadas sobre su vientre, quitándose la larga camiseta blanca que se ponía para dormir.

No he venido para esto, protestó tristemente Simon a la vez que rozaba los pechos desnudos con el dorso de la mano.

Ya lo sé, respondió Antonia, y se inclinó sobre él para besarle.

El tiempo pasaba y la tragedia que Simon temía no se producía. Nadie iba más allá de la fase de las invectivas, las ruedas de prensa simultáneas y una monótona competición de atentados. Por aquel entonces, con gran vergüenza suya, Antonia se sentía casi defraudada.

En enero de 1991, una lluvia de misiles cae sobre Iraq, iluminando las pantallas de televisión con una luz verdosa. Se introducen cámaras en las cabinas de los cazas americanos, que filman una complicada red de mandos e indicadores que parecen salidos de un simulador de vuelo o de un videojuego. Los micrófonos graban los juramentos y los chillidos de alegría frenética lanzados por los pilotos en el momento en que su objetivo estalla en el silencio de un centelleo breve y deslumbrante. La muerte se desdibuja y es abolida en el espacio inofensivo de un mundo virtual. No se muestra nada de lo que debería verse. Los estadounidenses no repetirán los errores cometidos en Vietnam, veinte años antes. Ningún general verá su vida detenerse de modo tan tajante como la del hombre a cuya cabeza dispara porque en el instante preciso en que él aprieta el gatillo, Eddie A. aprieta el disparador de su cámara. Ninguna foto mostrará el rostro de un soldado que acaba de mirar a la Medusa directamente a los ojos durante la ofensiva del Tet y se queda sentado, con las manos apoyadas en el fusil de asalto, en una inmovilidad tan perfecta que en las cinco imágenes sucesivas tomadas por Donald McC. resulta imposible identificar el menor cambio en su expresión, el menor movimiento de párpados, exactamente como si se hubiera transformado en estatua.

Delante de su televisor, porque el pasado siempre es más legible que el presente, Antonia se lamentaba de haber nacido demasiado tarde y en el lugar equivocado. Todo lo que le resultaba familiar se le antojaba, por el hecho mismo de ser familiar, ridículo y falto de interés. Era incapaz de abrir un ojo sagaz hacia lo que la rodeaba en ese preciso momento, y la desesperación de Simon T., cuya profundidad y sinceridad ella no subestimaba, no le parecía merecedora de más atenciones que las angustias existenciales de un adolescente demasiado sensible. En agosto, supo por un artículo muy breve de las páginas de internacional que acababa de empezar el asedio de una ciudad cuyo nombre ella ignoraba en un país en el que jamás había pensado y que pronto dejaría de existir. La ciudad se llamaba Vukovar, y el hecho de que se hallara en Europa no parecía bastar para suscitar la curiosidad de los periodistas, menos aún la del gran público. Antonia tenía ahí la esperada oportunidad de realizar por fin un auténtico trabajo de fotógrafa. En Yugoslavia, la guerra no se había ataviado con aderezos tecnológicos. Propuso a sus superiores

que la mandasen allí para hacer un reportaje completo para el periódico. Naturalmente, se rieron en sus narices. Antonia no podía haber pasado por alto que trabajaba en un diario regional cuya vocación estaba muy lejos de mandar fotografías por el mundo a precio de oro para que cubrieran conflictos incomprensibles que a los lectores locales les traían sin cuidado. Haría mejor en volcarse en el gran especial de verano «Nuestros pueblos en fiestas», cuya publicación estaba prevista para la semana siguiente. Tras un breve periodo de desánimo, tomó conciencia de que no necesitaba la autorización del periódico para marcharse. Pediría una excedencia. Se costearía ella misma los gastos. Si hacía falta, pediría dinero a su padrino. De alguna manera tenía que empezar. Ciertamente, muchos de los fotógrafos que admiraba se habían lanzado antes que ella sin contar con la cómoda garantía de que alguien adquiriría sus imágenes. Era completamente libre, y el hecho de que esta evidencia solo se le revelara en ese momento demostraba hasta qué punto su intelecto y su voluntad habían terminado por embotarse a fuerza de mediocridad, renuncia y rutina.

Alrededor de la mesa familiar, el anuncio de su decisión provocó un seísmo que se manifestó principalmente en forma de lágrimas y gritos maternales. ¿Cómo podía alguien pensar en dejarse matar por una pandilla de salvajes sanguinarios cuando en su casa no le faltaba de nada? ¿Cómo podía una persona ser tan ingrata con unos padres de los que nunca había recibido más que amor y protección y que ahora condenaba a morir lentamente de angustia? Marc-Aurèle intentó manifestar su apoyo, a mí me parece muy bien lo que quieres hacer, Antonia, muy valiente, pero fue implacablemente reducido al silencio con la amenaza de un rechazo absoluto, definitivo e inmediato que haría de él un paria despreciado por todos. Ninguno de los argumentos que esgrimía Antonia fue escuchado. Renunció a dar explicaciones.

Di lo que te dé la gana, mamá, que no va a cambiar nada. Me voy a ir. He venido a anunciároslo, no a discutir el asunto con vosotros.

La madre de Antonia se retiró a su dormitorio. Había perdido a su hija, o a sus dos hijos, añadió dirigiéndose a Marc-Aurèle, que guardó un prudente silencio.

No te apures, dijo su padre. Ya conoces su tendencia a dramatizar.

Ya lo sé, papá, respondió Antonia, sin subrayar que el uso del verbo «dramatizar» era en aquel caso un eufemismo descomunal.

Pero ¿y si te lo pensaras un poco más?, preguntó, lleno de esperanza.

Antonia negó despacio con la cabeza.

Es que ya me lo he pensado. Llevo años pudriéndome en este agujero. He tenido todo el tiempo del mundo para pensármelo.

Él no hizo más intentos.

Voy a ir a ver a tu madre, intentar calmarla un poco.

Antonia se quedó sentada delante de su plato, con Marc-Aurèle y su padrino, que todavía no había dicho nada.

¿Y tú?, preguntó ella. ¿Tú qué opinas?

Jamás en su vida había tenido fuerza para llevarle la contraria y esta vez no infringió la norma. Respetaba su decisión. Suponía que debía de ser muy importante para ella. Tal vez también Antonia hubiera sentido una llamada, a su manera. Hay llamadas a las que uno no puede no responder. Pasaría miedo por ella, obviamente, mucho miedo. Pero rezaría. Con todo su corazón. Antonia bromeó acerca de la dudosa eficacia de unas oraciones a las que claramente Dios no prestaba más que una atención distraída o aleatoria. Él hizo un esfuerzo por reír con ella.

Aun así, rezaré.

Y rezó, todos los días, y Antonia regresó sin un rasguño. Tal vez se centró demasiado en pedir a Dios que se la devolviera viva y muy poco en que preservara su alma. ¿Desatendió lo esencial? ¿Pensó lo suficiente en Antonia al recitar cada noche las últimas palabras de la plegaria que nos enseñó el mismísimo Señor: *libranos del mal*? Ya no se acuerda pero, si lo hizo, esta vez Dios no ha juzgado oportuno atenderla.

10. Agnus Dei

(Soldados del JNA sacrificando cerdos, Eslavonia oriental, 1992)

A primeros de noviembre de 1991, Antonia V. llega a Belgrado, donde ha reservado una habitación en el hotel Moskva. Los camareros, con chalecos de rayas y bandejas cargadas de bebidas y pasteles extraños oscilando en el extremo del brazo derecho alzado, recorren la inmensa sala del bar amueblado con taburetes tapizados en un tejido crema y verde inglés. Ese primer día, Antonia V. vive la experiencia brutal de una desorientación que no sabe si la fascina o la aterriza.

Ha venido a fotografiar la guerra, a conservar la huella de lo que acontece aquí.

También ha venido para vivir otra vida que no sea la suya.

Pero, por el momento, en el bar del hotel Moskva, solo importa la extrañeza de esta vida nueva. Antonia V. no logra pensar seriamente en la guerra que tiene lugar a menos de ciento cincuenta kilómetros y de cuya hipotética realidad aquí solo da fe la presencia inusual de periodistas extranjeros.

¿Cómo se llega a la guerra? ¿Por qué camino? ¿Existe una compuerta, una frontera, un umbral que franquear tras el cual se extiende su territorio oficial?

Abandona el hotel con su cámara de fotos. Sigue los letreros que indican la dirección de Kalemegdan, se pasea por el parque donde reina un frío tan vivo que se vuelve casi exótico, pasa por delante del monumento a Francia y, desde los muros de la fortaleza, fotografía la confluencia del Danubio y el Sava. Vuelve sobre sus pasos. Por todas partes resuenan los ecos de una lengua eslava que Antonia V. oye por primera vez. En la iglesia de San Marcos, un hombre permanece en pie ante los iconos. Por cada vela encendida, se persigna y se arrodilla, apoyando una mano en el suelo como si acabase de plantar en él el pie de la cruz que ha trazado en el aire con la punta de los dedos.

Vuelve a su habitación.

Escribe a su padrino: *Para empezar he visto iconos y la tumba de un emperador.*

Baja de nuevo al bar y se instala sola en una mesa. Seguramente, su aire perdido y su inexperiencia suscitan la compasión de un grupo de periodistas alborozados, que le hacen señas para que se siente con ellos. Ella obedece con una diligencia que se le antoja totalmente carente de dignidad. La conversación discurre en inglés. Descubre, espantada, que no entiende casi nada.

¿Cómo ha podido marcharse sin plantearse siquiera la manera de asegurarse de que sería capaz de entender lo que le dijeran y de hacerse entender?

Le sirven *šljivovica*. El alcohol le quema la garganta y el pecho. Un fotógrafo de unos cuarenta años, sentado frente a ella, se levanta y rodea la mesa para colocarse a su lado. Es francés. Es la primera vez en su vida que Antonia tiene ganas de besar a alguien por el mero hecho de ser francés. Él le cuenta anécdotas atroces y apasionantes que ha vivido en Beirut, Phnom Penh o Teherán. Al cuarto o quinto vaso, Antonia V. descubre las milagrosas virtudes lingüísticas del *šljivovica*: le vienen a la memoria los recuerdos de las clases de inglés del instituto que ella creía desaparecidos para siempre y, de la opacidad del rumor que la rodea, se desprenden cada vez más frases inteligibles. El francés le anuncia que piensa ir a Vukovar a la mañana siguiente. Ella le pregunta si puede acompañarlo.

Él responde: yo no soy la niñera de nadie.

Antonia V. no se atreve a volver a dirigirle la palabra.

Pero ¿cómo se llega a la guerra?

Más tarde, conoce a una periodista italiana con la que puede hablar en corso. Se reúnen después de unas pocas horas de sueño y salen juntas de Belgrado a la vez que amanece. Antonia V. oye al principio unas explosiones lejanas y ve los primeros artilleros del JNA. Dejan atrás Vukovar y circulan hacia el frente, cerca de Osijek. El cielo es de un azul límpido. Varios grupos de soldados beben *rakia* mientras fuman. Trescientos metros más allá, Antonia V. distingue las siluetas oscuras de dos cadáveres tumbados sobre la hierba. Un soldado se le acerca. Le dice en inglés dos palabras que a ella no le cuesta nada entender, *Croatians, deserters*, y que acompaña con un elocuente gesto de impotencia. Antonia V. se acerca a los cadáveres. El primero ha caído de cara. El segundo está de costado, el brazo estirado ante él, la palma abierta hacia el cielo. En el pecho y la espalda, los uniformes de faena están empapados en sangre. Antonia V. ve que también les han disparado en las manos y en los pies.

Como las llagas de Cristo, escribe a su padrino.

Se tumba en la hierba. Saca un primer plano de la palma levantada hacia el cielo, los dedos agarrotados, la herida abierta, la tierra debajo de las uñas.

No hay nada más fácil que llegar a la guerra.

Esto, Dragan Đ., al que Antonia V. conocerá quince días más tarde en Vukovar, lo descubrió mucho antes que ella, cuando se presentó en el cuartel en el que realizaría el servicio militar, una tarde de mayo de 1991. Ha salido de Voivodina acompañado de su hermano mayor, que ha insistido en llevarlo hasta Croacia. La víspera brindaron profusamente con amigos por su marcha y los dos sufren una resaca tenaz que intentan sobrellevar fumando porros y escuchando música a todo volumen. En los primeros pueblos croatas que atraviesan, ven grupos de hombres armados con fusiles que siguen con la mirada el paso de su coche. Sacan la conclusión de que los croatas son unos apasionados de la caza. Distinguen unas insignias ajedrezadas que les evocan instantáneamente a los *ustachas*.

Deambulan por la ciudad en busca de un cuartel que el hachís ha vuelto ilocalizable. No son conscientes del peso de las miradas que se posan de nuevo sobre ellos. Al doblar una esquina, topan por fin con el cuartel, cuyas puertas están cerradas. El hermano de Dragan Đ. toca el claxon. El portón se entreabre y un soldado asoma la cabeza por la rendija. Examina la matrícula del vehículo. Les echa la bronca. ¿Están tarados? ¿Cómo se les ocurre pasearse por ahí en un coche con matrícula de Voivodina? ¿Es que quieren que les peguen un tiro en la cabeza? Entrad, rápido. Os abrimos.

El hermano de Dragan Đ. le responde que ha hecho el servicio militar cuatro años antes y que prefiere palmarla antes que entrar en un cuartel lleno de militares hijos de puta.

¡Pues anda a tomar por culo, gilipollas!, grita el soldado.

Dragan Đ. coge sus cosas y le da un beso a su hermano, que se marcha no sin antes hacerle un solemne corte de mangas al soldado a través de la ventanilla bajada del coche.

Dragan Đ. pasa un mes encerrado en el cuartel. Ha llegado a la guerra, pero todavía no lo sabe.

El 19 de mayo, la independencia de Croacia es respaldada masivamente por un referéndum que la población serbia boicotea.

Uno por uno, oficiales y reclutas croatas huyen para responder a la llamada de las voces que, desde el exterior, no paran de reclamar su presencia. Los macedonios, a su vez, desertan, sin preocuparse por quedar atrapados en medio de un enfrentamiento que cada vez los atañe menos. Los eslovenos se fueron hace mucho. Claramente, preservar la unidad de Yugoslavia ya no forma parte del orden del día de nadie. Durante los dieciocho meses que durará su servicio militar, Dragan Đ. nunca estará seguro de haber entendido del todo cuáles son los objetivos oficiales u ocultos de la guerra.

Pero está claro que las cosas se ponen feas, muy feas, y cada vez más rápido, y todo se mezcla, 1912, 1934, 1943, el pasado atrapado durante tanto tiempo en la garganta refluye y contamina el presente, los *ustachas* de Jasenovac, los cuchillos y los serruchos, los partisanos, las cabelleras largas y las barbas de los *chetniks*.

A principios de junio, la situación se ha vuelto insostenible. Lo que queda del regimiento abandona el cuartel y se repliega hacia el este.

El 25, Croacia proclama su independencia.

En julio, la compañía de Dragan Đ. ocupa un pueblo de Eslavonia. Los croatas están muy cerca, a tiro de piedra. No se toman precauciones concretas ni en un campo ni en el otro. Las reglas del combate no están nada claras y nadie abre fuego. Los soldados avanzan entre las líneas para charlar con los de enfrente. Todo parece irreal. Y cuando, varias semanas más tarde, Dragan Đ. se arrodilla junto a uno de sus camaradas, al que una bala en el pulmón hace hipar y babear una espuma rosa que lo ahoga, no entiende cómo las cosas han podido ponerse tan feas. Una concatenación de etapas minúsculas y fatales lo ha llevado a recorrer sin esfuerzo el camino delirante que conduce de una noche de fiesta en Voivodina hasta aquí. Ahora sabe que en el momento en que besó a su hermano en la puerta del cuartel ya había llegado a la guerra, y que no hay nada más fácil.

En agosto, y de nuevo en octubre, libra batallas cuerpo a cuerpo.

A primeros de noviembre lo nombran sargento. Bebe. Consume todas las drogas que caen en sus manos. No es una mala solución.

El 21, tres días después de la caída de Vukovar, ve avanzar hacia su unidad a dos chicas, una de ellas con una cámara de fotos colgada del hombro. Hace diez días que Antonia V., que ya no necesita niñera, recorre el frente en todas direcciones con Jelica, cuyo apellido ignora. La conoció en el bar del hotel Moskva donde la estudiante francófona ofrecía sus servicios como intérprete a los periodistas. Un consumo diario y seguramente excesivo de *rakia* ha permitido a Antonia V. manejarse en inglés, pero su nivel no contempla ni precisiones ni matices, lo mismo que le ocurre a la mayor parte de los soldados serbios o croatas con los que ha tratado hasta entonces. Por lo tanto, Jelica le proporciona una ayuda valiosísima. Y, sobre todo, le gusta estar con Jelica.

Varios días antes, mientras circulaban en dirección oeste por una llanura de aspecto inofensivo, oyeron tres disparos y el ruido inquietante de un choque metálico en el guardabarros trasero izquierdo del coche. Conducía Jelica. Pisó el acelerador. ¡Unos gilipollas nos están disparando! Antonia V. no podía creer que acabara de recibir varios tiros. Su corazón se aceleró de terror y de júbilo.

¿Por qué nos disparan?, preguntó a Jelica. ¿Quiénes son?

¡No lo sé! ¡Puede ser cualquiera! El que ha disparado puede que ni siquiera sepa por qué lo ha hecho. Nosotras estamos al descubierto. Él tiene un fusil. Y punto. No puede evitarlo. ¡Ya has

visto que se han vuelto todos completamente locos!

Jelica iba inclinada sobre el volante, con los ojos fijos en la carretera. Redujo la velocidad.

¡Valientes gilipollas!, exclamó; ¿has visto qué gilipollas?, y de repente le dio un ataque de risa, se le saltaban las lágrimas, y a Antonia V. le dio tiempo a apoyarse contra la puerta del coche para fotografiarla, riendo ella también.

Le gusta estar aquí, con Jelica, le gusta reír cuando les disparan sin razón, la sensación de caída libre, el vértigo, la alegría de levantarse en el último momento.

Pasan ahora cerca de Dragan Đ. y un vocerío provoca que vuelvan la cabeza. A escasos diez metros, un tipo ataviado con un uniforme extraño y tocado con una boina negra está amonestando a un oficial del JNA que agacha los ojos ante él como un mal estudiante pillado infraganti. Cada vez que el oficial trata de responder, recibe un bofetón. Todos los soldados observan ahora la escena con un interés y un deleite evidentes. Antonia V. debería sacar una foto, ni que sea al tuntún, con la cámara contra la cadera, pero no se decide, le da miedo que la vean y maldice su cobardía.

Esa noche, en su habitación del hotel Moskva, escribe a su padrino: *Tengo ojo. Pero la mano no siempre acompaña. De modo que el ojo no vale para nada. No tengo talento.*

¿Quién es ese tipo?, le pregunta a Jelica.

¿Quién es?, pregunta Jelica a Dragan Đ.

Él responde en un inglés impecable. Es el jefe de un grupo paramilitar. Se llama Željko R., pero todo el mundo lo apoda Arkan. Dragan Đ. se lo ha cruzado ya varias veces en la retaguardia del frente. Nunca había oído hablar de él. Le han contado que antes de la guerra era el cabecilla de un club de hinchas de fútbol, en Belgrado. Ultras. No tiene ningún sentido. Pero ahora Arkan, con uniforme, suelta sopapos al comandante y a nadie le supone un problema porque al fin y al cabo nada tiene sentido y porque el comandante es un cabronazo sin escrúpulos. A todos les encantaría abofetearlo.

Pronto, Antonia V. descubrirá una primera foto tomada por Ron H., en Erdut, en la que Arkan posa, agarrando un cachorro de tigre con una mano, delante de sus hombres, subidos a un carro de combate, y, al año siguiente, una segunda foto, tomada en Bosnia con esa forma insensata de valor de la que ella ya asume que carece y seguramente siempre carecerá.

Entran en Vukovar. Dragan Đ. las acompaña. Ni siquiera puede afirmarse que la ciudad esté en ruinas. Se ha transformado en un inconcebible amasijo de cascotes, chapas y polvo poblado por soldados del JNA y un puñado de civiles aturdidos, surgidos de un infierno subterráneo.

Esto parece una película, dice Jelica.

Un pedazo de muro solitario que ya estaba recubierto de inscripciones en caracteres cirílicos se alza en medio de las ruinas en una soledad incongruente. Dragan señala con el dedo uno de los grafitis y se echa a reír. Traduce: *Por favor, muchachos, sed buenos, ¡dejadme en pie!* Justo al lado, en unas mayúsculas enormes, pone: *Solo la muerte.* Es imposible determinar si se trata de una constatación desesperada o de un eslogan nihilista. Antonia V. fotografía el muro. Una vez más, teme generar una imagen mentirosa que sugiera una profundidad saturada de sentido que en realidad no existe.

Vuelven los tres a la unidad de Dragan Đ., que les propone beber la insoslayable *rakia*. Un poco más lejos, unos prisioneros croatas suben a la trasera de un camión entoldado. Antonia V. saca fotos. Nadie le presta la más mínima atención. Una sola vez, un prisionero dirige hacia su objetivo una mirada de espanto que la estremece. Ella aprieta el disparador.

Desde que llegó, le han contado a ambos lados del frente, con el mismo temblor en la voz, historias siempre horribles de asesinatos y sofisticados abusos que ilustran el sadismo del bando contrario. Curiosamente, esas historias de niños suplicantes ejecutados por verdugos despiadados y de mujeres embarazadas abiertas en canal con delectación son a veces las mismas salvo por ciertos detalles. Todas son falsas, por supuesto, cada una a su manera. Algunas han viajado en el tiempo desde 1912, 1934 o 1943, transformándose y enriqueciéndose durante su viaje para adquirir una precisión abominable. Otras son completamente inventadas, como las leyendas de ogros y monstruos de las que se nutren las pesadillas infantiles.

Pero nadie narra las cosas horribles que suceden de verdad, escribe a su padrino.

A lo largo de la semana siguiente, sigue a la unidad de Dragan Đ. por todo el frente de Eslavonia. Ha renunciado a pasar al lado croata o donde los serbios de Krajina. Hasta ahora no ha conseguido vender ni una sola fotografía. Se dice que tendrá más posibilidades si se ciñe a la coherencia de un único punto de vista.

Fotografía a Dragan Đ., tumbado en la hierba con ojos alucinados, el kaláshnikov apoyado en diagonal sobre el pecho. En Serbia, los reservistas y los quintos se esconden para escapar al reclutamiento. El reemplazo no llega. Los soldados disponibles son utilizados hasta la extenuación.

A mí me reclutaron demasiado pronto, dice Dragan Đ. No entendía nada. Si hubiera sabido el pozo de mierda en el que me metía, me habría largado a Hungría. Tengo primos por parte de madre en un pueblo cerca de Szeged. Es un agujero, pero por lo menos se está mejor que aquí.

En diciembre, Antonia V. vuelve a Córcega para pasar las fiestas en familia. Aprovecha para pedir un crédito a su banco. Lo devolverá vendiendo sus fotos. Responde a duras penas a las preguntas que le hacen sus padres. A pesar de sus esfuerzos, no consigue cruzar la brecha invisible que parece separarla de los suyos.

En enero, cuando se proclama un alto el fuego que será violado sin cesar, ella regresa al bar del hotel Moskva con una alegría totalmente desmesurada. Jelica trabaja ahora para otros periodistas. Se ven todas las noches. Beben una copa, cenan en el restaurante.

Antonia encuentra a la unidad de Dragan Đ. en un pueblo a orillas del Drava. Dragan no está. Ella tiene miedo de que esté herido o haya muerto. Le aseguran que no. Si está en el hospital militar, es solo porque ha sufrido una especie de depresión sin duda debida al agotamiento físico y nervioso.

No exactamente, le explica el propio Dragan a su vuelta. Me puse hasta las cejas, solo eso. No me han degradado. Solo me han dicho que deje de hacer el capullo.

Antonia se alegra de volver a verlo.

El 20 de enero de 1992, Dragan encabeza una patrulla de reconocimiento. Antonia V. lo acompaña. Hace fotos de la columna que avanza por la llanura blanca. La nieve chafa las perspectivas y Antonia V. teme que de los planos demasiado amplios no salga nada aprovechable. Por la tarde, entran en una aldea compuesta de cuatro o cinco casas. Al principio no ven más que unas formas achaparradas agitándose alrededor de un cúmulo de manchas de colores. En la parte delantera de la columna, un soldado se detiene antes de inclinarse repentinamente hacia delante para vomitar. Hay una decena de cadáveres tirados sobre la nieve, de mujeres en su mayoría. Unos cerdos pasan ávidamente de uno a otro, gruñendo. Han escapado de su cochiguera, a menos que

los responsables de aquello se hayan tomado la molestia de liberarlos sabiendo exactamente lo que iba a pasar.

Antonia V. recuerda vagamente un cuento cruel que tal vez oyó un día, o una pesadilla, llena de luz y de colores demasiado vivos, antes del alivio del despertar en las tinieblas.

Se acerca, con el ojo en el visor. Ahora se siente extrañamente serena y lúcida. Saca fotos de los cadáveres, de los cerdos, de los regueros de sangre en la nieve.

Oye a Dragan Đ. gritar algo con voz desquiciada.

Cuatro o cinco soldados se alinean y empiezan a disparar profiriendo insultos, oraciones o juramentos. Antonia V. se arrodilla en la nieve. Los encuadra, el cañón de los fusiles de asalto ligeramente inclinado hacia el suelo, oye los chillidos de los cerdos heridos que se tambalean pesadamente en la nieve, ve el tejido de una falda.

Sigue haciendo fotos.

Un soldado corre y a la vez dispara a un enorme verraco que huye y cae. El soldado se acerca y vacía el cargador. Dragan Đ. está de pie sobre la nieve, las facciones contraídas, con una pistola en la mano.

A su regreso, se abalanzan todos sobre las botellas de *rakia*. Antonia V. se siente todavía muy serena. Vacía su vaso.

¿Has visto *Apocalypse Now?*, le pregunta Dragan Đ.

Ella asiente.

Yo también. Los Doors y todo eso...

Dragan niega con la cabeza y rellena su vaso.

Se puede decir que esto no tiene nada que ver, concluye. Nada que ver.

A las cuatro de la mañana, despierta de pronto entre las tinieblas bienhechoras de su habitación en el hotel Moskva. La cámara de fotos descansa a los pies de su cama. Piensa en lo que contienen los carretes y no logra conciliar el sueño.

Escribe a su padrino: *No es verdad que esto parezca una película.*

Baja a desayunar. Se sienta al lado del corresponsal de un periódico francés con el que ya se ha cruzado varias veces. Le cuenta lo ocurrido la víspera. Le habla de las fotos que ha hecho. Del impacto que a buen seguro generarán si se publican. Él intenta sacarla amablemente de su error. Ninguna foto, ningún artículo ha provocado hasta la fecha ningún impacto, salvo tal vez el inútil y efímero del horror o la compasión. La gente no quiere ver eso, y si lo ve prefiere olvidarlo. No es que sean mezquinos, egoístas o insensibles. No solo, al menos. Lo que ocurre es que resulta imposible mirar esas cosas sabiendo que uno no puede cambiar absolutamente nada. No pueden esperar eso de ellos. Lo único que está en su mano es desviar la mirada. Se indignan. Y luego desvían la mirada.

Entonces, ¿para qué sirve lo que estamos haciendo aquí?

Alguien tiene que hacerlo.

Pero, sobre todo, escribe a su padrino, les gusta, les encanta esto, a todos, y a mí también.

Durante dos días no vuelve al frente. Pasea por las calles de Belgrado, allá donde la guerra se asemeja a un sueño sin sustancia. Sale por la noche con Jelica.

Empieza a pensar que ha visto algo que habría sido infinitamente preferible no haber visto, porque ahora ya no puede desviar la mirada. Y sin embargo se trata tan solo de un acontecimiento

minúsculo, un tartamudeo, el episodio insignificante de una historia que no ha empezado aquí ni terminará aquí, pues no tiene ni principio ni fin. No le cuenta nada a su padrino.

Se limita a escribirle: *Sé que ciertas cosas deben permanecer ocultas.*

Sea como sea, muchas de las fotos que Antonia V. ha hecho estarían condenadas a permanecer ocultas porque seguramente son insoportables y podrían parecer salidas de una película de terror, aunque *esto no tiene nada que ver, nada que ver*. Otras son menos explícitas, pero igualmente obscenas. No muestran nada, pero lo que insinúan queda muy claro y, en cierto sentido, eso es aún peor. Todas las precauciones, las sutilezas del encuadre, la plena consciencia del fuera de campo, los repugnantes pudores, el disfrute.

Hay tantas maneras de mostrarse obsceno, escribe a su padrino.

No revelará los carretes.

Marcha una última vez al frente. Anuncia a Dragan Đ. que va a volver a casa. Ya ha hecho suficientes fotos de la guerra. Regresará en noviembre, cuando a él lo hayan desmovilizado al término de su servicio militar. Si le parece bien, lo acompañará en el trayecto de vuelta.

¿En noviembre?, pregunta él.

Sí. Así que tiene que tener mucho cuidado hasta entonces, porque Antonia V. le necesitará. Si no está en noviembre, cuando ella regrese, el reportaje que tiene en mente se fastidiará por completo.

Pasa una última noche en Belgrado con Jelica. Se recogen al alba, totalmente borrachas. Delante del hotel Moskva, se dan un largo abrazo para despedirse, en el frío glacial.

Antonia V. vuelve a su puesto en el periódico local que le da trabajo desde 1984. Hace fotos inofensivas e insignificantes que no importa ni esconder ni mostrar. Ahorra algún dinero. Nadie le reprocha sus viajes inútiles ni le pregunta por qué no se ha publicado ninguna de sus fotos en la prensa. Habla con su padrino, en términos muy vagos, de aquello de lo que ha sido testigo en Yugoslavia. Se ciñe a lugares comunes sobre los horrores de la guerra. Quizá él adivine lo que ella no consigue decirle.

Se publica la segunda foto de Ron H. En ella se ve a uno de los hombres de Arkan a punto de asestar un puntapié a tres civiles bosnios que él mismo acaba de asesinar. El paramilitar parece muy joven. Lleva, sujetas sobre la cabeza, unas gafas de sol con montura blanca que indican claramente que la instantánea pertenece no a la historia sino a la actualidad. Apoya todo su peso sobre la pierna izquierda, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia atrás, la pierna derecha recogida, lista para golpear. En la mano izquierda sostiene un cigarrillo entre los dedos indolentemente separados, en un gesto de una elegante dejadez aristocrática. Un hombre y dos mujeres yacen sobre la acera, relucientes de sangre fresca. No se sabe a cuál de los cadáveres se dirige la patada.

Antonia V. enseña la foto a su padrino.

Es el pecado, murmura él.

No sirve para nada, dice Antonia. A todo el mundo le da igual.

Y eso también es el pecado, añade su padrino. El pecado del mundo.

En abril se inicia el sitio de Sarajevo, cuya retransmisión en directo por televisión marcará el ritmo de las cenas familiares durante cuatro años.

A principios de noviembre, Antonia V. regresa al hotel Moskva, que se ha vaciado de periodistas. Las cosas se ponen feas, demasiado rápido, en todos los frentes y al mismo tiempo,

todo resulta demasiado difícil de seguir, y todos se han marchado a Bosnia. Cuando se reencuentra con Dragan Đ., ve que ha adelgazado mucho. Le sonríe débilmente. Antonia V. se pregunta qué habrá visto. Se pregunta qué habrá hecho.

El día de su desmovilización, lo sigue en el cumplimiento de los trámites administrativos que lo liberan y lo devuelven a esa vida pasada que sin embargo no recuperará jamás. Está previsto que lo trasladen a Belgrado en un autocar militar. Desde allí volverá a su casa en uno de líneas regulares. Pregunta al conductor si puede acompañarle Antonia V. El conductor masculla algo.

Se la trae floja, traduce Dragan Đ.

Pero ella ya lo había entendido.

El autocar está casi vacío. Aparte de Antonia V. y Dragan Đ. viajan solo cuatro pasajeros, tres soldados y un paramilitar que arrastra un par de maletas llenas hasta los topes. El autobús circula por la llanura. En un *checkpoint* la policía militar les da el alto y les pide que bajen y se olviden de su equipaje.

El paramilitar agarra a uno de los policías por un brazo y se lo lleva aparte. Le habla durante un rato, dándole palmaditas en el hombro. El policía asiente vigorosamente. El paramilitar coge algo de una de sus maletas y se lo da al policía, que le estrecha la mano y le hace una señal para que vuelva a su asiento en el autocar.

Los policías se dirigen ahora a Dragan Đ. Registran su petate, del que sacan varias cintas de casete y dos libros que agitan bajo sus narices antes de tirarlos al suelo. Se ríen. Antonia V. sabe que debería hacer fotos, pero, una vez más, no se atreve. Piensa en Ron H. Agarra la cámara con la mayor discreción posible. Hace las fotos.

Sube de nuevo al autocar y se sienta al lado de Dragan Đ. Él tiembla como si tuviera fiebre. La agarra de la muñeca. Cabrones, dice, hijos de puta de Belgrado. Mírame, mira cómo estoy, mira el uniforme de faena cochambroso que llevo. Que vengo del frente, joder. Deberían concederme una medalla. Pero a estos, con sus putos uniformes limpios, les da igual, me tratan como a un mierda. Porque yo no tengo nada que darles, y se cabrean. ¿Has visto lo que han hecho con mis libros? Ya ves quién dirige ahora este país. Forofos y subnormales que tiran libros. ¿Qué haces leyendo a un gilipollas húngaro?, me han preguntado. ¿Qué haces leyendo a un gilipollas polaco? Para esta gentuza, Bukowski es un gilipollas polaco. Serán cabrones. Serán cabrones.

Una vez en Belgrado, ya no dice nada más. Cogen otro autobús. Siguen el curso del Danubio. Caminan por las calles de una ciudad que ella no conoce. Dragan Đ. se detiene en un puente. Unos chavales se burlan de él. Antonia V. saca una última foto, y se acabó. Dragan Đ. se va, solo, enjugándose las lágrimas. No quiere que ella lo siga más. No quiere seguir compartiendo con Antonia lo que va a ocurrir ahora y ella lo deja marchar a pesar de que le gustaría poder decirle adiós.

Ella vuelve a la estación de autobuses y regresa a Belgrado. Llama a Jelica para pedirle que salga con ella esa noche. La espera en el bar del hotel Moskva, en los taburetes tapizados con un tejido crema y verde inglés, bebiendo un *šljivovica*. Piensa de nuevo en la risa de los chavales del puente. No entiende nada.

Y eso también es el pecado, habría dicho su padrino.

Ella no cree en el pecado. Ni siquiera sabe lo que es. Pero, bebiendo *šljivovica*, se siente cada vez más a disgusto con la idea de que las fotos que ha hecho hoy puedan llegar a publicarse. Aunque las aceptase una revista, lo que resulta más que dudoso, ella no querría que unos ojos

extraños se posaran con curiosidad o indiferencia sobre el desastre absoluto del que hoy ha sido testigo. No quiere duplicar el desastre.

Hay tantas maneras de mostrarse obsceno, escribió un día a su padrino.

Mañana volverá a su casa, abandonará para siempre este país en el que todos los nombres son provisionales, y los carretes de hoy irán a parar a una caja, junto a muchos otros que ella nunca revelará.

Antonia V. no cree en el pecado, no cree tampoco en el cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Pero, por lo menos, en lo que a ella respecta, Antonia V. no añadirá nada al mundo.

11. Comuni3n: Lux æterna

(Reci3n casados corriendo bajo el atardecer, isla Mauricio, 1997)

Durante años, si exceptuamos los que él pasó en la cárcel, Antonia se había acostado con Pascal B. sin utilizar más método anticonceptivo que la marcha atrás, sistema que hacía mucho que había demostrado su considerable contribución al aumento de la tasa de natalidad y que, además, su compañero practicaba con una destreza solo relativa, pero en todos esos años no se había quedado embarazada. Y ahora, ahora que tomaba la píldora con un rigor militar, se encontraba en un sórdido despacho hospitalario, frente a una arpía que intentaba convencerla para que renunciara a abortar y la escudriñaba con un asco visible desde que había comprendido que no lo conseguiría. Al parecer, el mundo entero se creía autorizado a expresar una opinión sobre su decisión. Simon T., al que en un gesto de debilidad había llamado a su regreso de Yugoslavia para que pasara la noche con ella y al que más adelante, en un segundo gesto estúpido, había advertido de las engorrosas consecuencias que se habían derivado de aquel encuentro, se había comportado también como si ella le debiera una explicación.

¿Es por Yugoslavia? ¿Es por eso?

La pregunta había exasperado a Antonia. Su negativa a tener un hijo solo podía ser patológica y por lo tanto debía disimular un trauma que arrojara algo de luz sobre la irracionalidad de su comportamiento. Pero Antonia nunca había sido más racional. Por mucho que buscara, no encontraba ningún motivo para llevar a término aquel embarazo. Cortó por lo sano.

No tengo que debatir nada de esto contigo. Te estoy informando, y punto. Y eso que nadie me obligaba a contártelo.

Él reaccionó como si Antonia le hubiera pegado. Dio media vuelta y se fue nada más pronunciar unas palabras definitivas e inútilmente dramáticas.

Antonia ingresó en el hospital una mañana de enero de 1993. El médico la recibió con una deferencia inesperada. El anestesista se inclinó sobre ella, escogió una vena, introdujo la aguja y le pidió que empezara a contar. Tardó mucho en emerger de su sueño artificial. Cada vez que abría los ojos, una mano poderosa la obligaba a inclinarse hacia atrás para devolverla a un mundo donde bailaban unas sombras confusas y sus párpados volvían a caer. Se sentía prisionera de un lugar extremadamente desagradable, ubicado en algún punto entre la inconsciencia y la vigilia. Cuando logró salir, tenía la boca seca y dolores en el vientre. Simon T. estaba sentado junto a la cama, al parecer al borde de la desesperación.

¿A qué viene esa cara?, preguntó ella con una voz apenas audible.

Estaba aquí cuando te han traído, respondió Simon. Estabas muy agitada, intentabas hablar y llorabas. Ha sido muy duro.

Es por la anestesia, dijo ella. He tenido pesadillas. ¿Cómo has sabido que era hoy?

Le pregunté a Madeleine; y le cogió la mano. Ella tuvo fuerza para sonreír y se durmió de nuevo. Simon la llevó a su casa esa misma tarde. Antonia no volvió a verlo hasta el verano.

Hacía su trabajo, salía, iba a ver a sus padres, se prohibía llamar a Simon, aun cuando sentía un doloroso deseo de hacerlo, y se concedía de vez en cuando alguna aventura para que pasara algo en su vida.

Ya no soñaba con producir algo más que imágenes tan efímeras como el papel de periódico sobre el que se imprimían a diario las fotos y que, cada noche, si no servía para encender el fuego de una chimenea, acababa en un cubo de basura junto con las cáscaras de las verduras, los posos del café y las colillas. No se quejaba. No tenía ni derecho ni fuerzas. Ni siquiera ganas. Pues en el fondo solo había dos categorías de fotos profesionales, las que no deberían haber existido y las que merecían desaparecer, de tal suerte que la existencia de la fotografía resultaba evidentemente injustificable, pero como Antonia había hecho de ella su oficio y no sabía hacer otra cosa, no le quedaba más remedio que dedicarse a una de las dos categorías. Se dedicaba, pues, a la segunda y lo aceptaba no como quien asume una elección, sino más bien como quien se inclina ante la indiscutible autoridad de un hecho.

En agosto de 1993, el FLNC – canal histórico leyó durante una reunión pública en Corte un comunicado en el que reivindicaba el asesinato, en el mes de junio, de un militante contestatario de sus propias filas en nombre del concepto cuando menos curioso de *legítima defensa preventiva*. Cuando el responsable instalado en la tribuna hubo terminado la lectura, la multitud reunida bajo la carpa estalló en aplausos. Antonia hizo fotos de las manos levantadas y los rostros entusiasmados, comulgantes de felicidad. Pensó que sería interesante fotografiar a alguien que, en medio del alborozo general, no aplaudiera. Pero, aparte de los periodistas que como ella cubrían el suceso, no encontró a nadie. Puso rumbo de vuelta a Ajaccio. Escuchaba música mientras conducía. Solo se sustrajo de la parálisis moral e intelectual en la que vivía desde hacía meses al llegar al puerto de Vizzavona. Allí ponderó por fin la importancia de lo que acababa de pasar y tuvo que parar en el arcén. Veía de nuevo las carnes húmedas y calientes de las manos levantadas impactando unas contra otras, cada vez más frenéticamente, en un ruido opaco, y la asaltó también la imagen de otras manos, agarrotadas por la muerte y el frío, los dedos sucios abiertos como una flor alrededor del estigma violáceo; volvía a ver los ojos brillantes, los cuerpos en tensión, el éxtasis de esas personas transfiguradas por la fe, felices de formar una unidad y de ser atravesados al mismo tiempo por el mismo escalofrío voluptuoso de aprobación total de la ejecución, la misma adoración de los asesinos, y Antonia se sintió sucia por haberse mezclado con ellos, como si hubiera tenido que zambullirse en una fosa séptica, y tuvo ganas de vomitar. Eso también es el pecado, diría seguramente su padrino, él solo sabía decir eso, y ella tenía ganas de gritar para responderle, sí, eso también, si insistes, pero lo peor, lo más repugnante, es la fe, la de ellos tanto como la tuya. A partir de ese instante, Antonia se convenció de que las cosas se torcerían y solo podrían, una vez más, ponerse feas, muy feas, sin que ella pudiera adivinar cómo, y, por primera vez, barajó el futuro de su isla con un terror virgen de toda condescendencia, puesto que de un lugar donde se aplauden las reivindicaciones de asesinatos solo puede esperarse lo peor.

Una vez en Ajaccio, pasó por la redacción para revelar las fotos de apariencia perfectamente inocente de unas personas que aplaudían sonrientes y que solo ella veía hasta qué punto resultaban abominables. Definitivamente, no había solución: sus fotos adolecían siempre de un exceso o una falta de significado.

Llamó a Simon T. Necesitaba verlo.

Le contó lo que había pasado, pero él ya lo sabía.

Lo peor, le dijo ella, es que, en su lugar, vosotros también habríais aplaudido, todos y cada uno de vosotros. Pero añadió: no, todos no. Creo que tú, Simon, no habrías aplaudido, no estoy

segura, pero lo creo; y, sin duda, aquel fue el mayor cumplido que jamás le hubiera hecho Antonia, puede que incluso el único.

Al menos, es el único que él recuerda.

Abrázame, decía ella, haz que no piense en eso.

¿Tenía razón Antonia? ¿Simon no habría aplaudido? Cuando las cosas se pusieron realmente feas, dos años más tarde, ¿qué hizo él aparte de aceptar sin el menor atisbo de rebeldía la guerra estúpida que, tras una larga gestación, terminó por estallar? No protestó, no hizo nada para intentar arreglar las cosas, no porque evidentemente las cosas no pudieran arreglarse y Simon fuese consciente de su impotencia, sino, simplemente, porque ni siquiera se le ocurrió. ¿Era el miedo y la desesperación lo que le impedía pensar, o la profunda conformidad con la que asumía el curso de los acontecimientos a pesar del miedo y la desesperación? Cuando Xavier S. anunció que abandonaba el movimiento porque ni loco participaría en algo así, Simon no pensó que en el fondo no era tan tonto como parecía, todo lo contrario, se molestó y hasta estuvo a punto de reprocharle públicamente su cobardía. Sin embargo, él mismo pasó mucho miedo durante largos meses. Cuántas veces tuvo ganas de huir. Durante el terrible verano de 1995, se presentó en casa de Antonia con un hematoma enorme en la frente. Estaba comprando el pan. Acababa de pagar las dos barras, que sostenía bajo el brazo, y mientras caminaba hacia la puerta de la panadería se dio cuenta de que todas las miradas se concentraban en él, como al acecho, no entendía por qué, era del todo atípico, miró a su alrededor en busca de esa amenaza que al parecer solo era invisible a sus ojos. La cara de los clientes manifestaba una aprensión asombrosa que lo aterrorizó, los miró sin comprender, pero ¿qué hace?, preguntó alguien, y él echó mano a la pistola y de pronto oyó un estruendo y todo se volvió negro a su alrededor, comprendió que estaba tendido en el suelo, ya está, pensó, me han pegado un tiro, la voy a palmar, pero estaba vivo, y cuando volvió en sí comprendió que en vez de caminar hacia la puerta se había dirigido de lleno a la cristalera, contra la que se había dado un topetazo tremendo, de cabeza, sin esbozar un solo gesto para amortiguar el golpe. Se quedó un momento sentado, completamente en las nubes, con las barras de pan y la pistola tiradas por el suelo. Esa clase de infortunio suele suscitar la hilaridad general, pero esta vez nadie se rio y, cuando le contó la anécdota a Antonia, ella tampoco se rio, porque sabía que no tenía ninguna gracia.

¿Acaso no han vivido todos en la infamia?

Aunque creía en Dios, Simon T. no se levantaría para comulgar. En el pasillo central de la iglesia, apenas cinco personas rodean el ataúd y se dirigen hacia el sacerdote que los espera copón en mano, cinco ancianas, entre ellas Damienne T., la madre de Simon. La mujer cierra los ojos y levanta el rostro hacia el padrino de Antonia, que deposita la hostia en su lengua. *El cuerpo de Cristo*. Simon no duda que su madre puede recibirlo sin ser culpable de sacrilegio.

El coro canta: *Brille, Señor, para ellos la luz eterna*, pero solo la luz de agosto de 1993 despertó a Simon cuando Antonia ya estaba vestida y a punto de marcharse. Se sentó a su lado y le pasó una mano por el pelo. ¿De verdad crees que no habría aplaudido? Sí, le respondió. Pero no estoy segura. Lo besó. Cierra la puerta y déjame las llaves en el buzón. Se fue a trabajar. La reivindicación del canal histórico había provocado algunas reacciones de indignación o de apoyo, pero, naturalmente, al cabo de dos semanas ya nadie se acordaba ni de unas ni de otras. Antonia no se hacía ilusiones de ningún tipo. Sabía que no podía esperarse nada aparte del habitual triunfo de la apatía, pero, aun así, no podía soportarlo. En los meses siguientes, ella misma reanudó su

rutina. Imaginaba a veces que, al final, nada derivaría en tragedia colectiva. Las cosas seguirían siendo tan detestables como siempre, sin más. Pero tenía la sensación de que se equivocaba y de que era cuestión de tiempo.

Insistía en aguardar la publicación de esas fotos que no deberían existir, pero de las que no lograba desviar la mirada. Ese mismo año, un fotógrafo sudafricano, Kevin C., ganó el premio Pulitzer por una de ellas. En la imagen se ve a un niño con el vientre hinchado y las extremidades esqueléticas, postrado en el suelo y, tras él, un buitre que lo observa con sus ojos vacíos. Muy rápidamente surgieron fotomontajes en los que la cabeza de Kevin C. sustituía a la del buitre. Almas bondadosas e indignadas le reprochaban que hubiera pulsado el disparador de su cámara en vez de socorrer a la criatura. Que la foto era obscena a Antonia le parecía indiscutible, como también debía de parecerle indiscutible al propio Kevin C. y seguramente por ese motivo la había hecho, para que nadie pudiera fingir ignorar la obscenidad del mundo en el que consentía vivir. Kevin C., por su parte, no lo consintió por mucho tiempo. Tal vez no soportara más el hecho de haber tenido que mirar de frente a la Medusa tan a menudo. En julio de 1994, con treinta y tres años, enganchó una manguera de goma al tubo de escape de su coche y colocó el otro extremo en el habitáculo donde se había instalado. Dejaba una extraña nota de despedida en la que hablaba de depresión, de deudas, de la manutención de su hijo, de asesinatos, de niños moribundos y verdugos, y por último de un amigo fotógrafo muerto por heridas de bala en abril de ese mismo año en un área segregada cerca de Johannesburgo, con el que esperaba tener la suerte de reunirse en la luz eterna.

Antonia enseñó la foto a su padrino, cuyo insoportable candor se le antojaba como una forma particularmente perversa de conformidad ante la obscenidad del mundo.

¡Dios mío!, exclamó él.

Y luego: ¿qué quieres que te diga?

Nada, respondió Antonia. No hay nada que puedas decir.

Sin embargo, en 1995, cuando ella ya estaba cansada de ir de escenario de un crimen a otro para llevar la contabilidad de los muertos en el periódico, él fue el único que manifestó una reacción distinta a la resignación cómplice e incluso secretamente satisfecha, pues a Antonia le parecía entonces que la totalidad de la isla retumbaba de aplausos frenéticos. Estaba cubriendo, en un pueblo de la región, el entierro de un militante, la cuarta o quinta víctima de la guerra ahora abierta entre nacionalistas. Su padrino acababa de celebrar la misa y bendecía el féretro delante de la iglesia. Tan pronto como hubo terminado, salieron de la vegetación cuatro individuos con pasamontañas que leyeron un texto y dispararon tres salvas en posición de firmes antes de desaparecer. Antonia, por supuesto, fotografió la escena. Su padrino avanzó hacia ella. Estaba escandalizado.

¿Tú sabías lo que iba a pasar?

No, respondió. Pero lo sospechaba, no era muy difícil de adivinar.

Él se dirigió a un grupo de militantes y empezó a atacarlos en unos términos que Antonia solo captaba a medias, pero cuya vehemencia no dejaba lugar a dudas. Se acercó. Los militantes parecían lamentar que no lo hubiesen avisado, pero nada podía aplacar a su padrino, ¡pues menos mal que no me habéis avisado!, porque jamás habría permitido que montarais este circo delante de la iglesia, y el término «circo», que en aquel contexto solo podía entenderse como peyorativo, no le gustó nada a uno de los militantes, que replicó con viveza y habló de rendir honores, pero el

padrino de Antonia lo interrumpió con vehemencia redoblada, ¿honoros? ¿Qué honoros? ¿Os parece que hay algo que honrar? ¡Deberíais llorar, de tristeza, de tristeza y de vergüenza, porque no hay nada de lo que enorgullecerse, creedme! El militante intentó plantarle cara y tuvo el desatino de dar a su frase un carácter hipotético que podía sonar como una amenaza, así que el padrino de Antonia se acercó a él haciendo un gesto cuya violencia no quedaba del todo clara, pero que los presentes juzgaron lo bastante ambiguo para que Antonia exclamara «¡Padrino!» y dos hombres se interpusieron entre el sacerdote y el grupo de militantes igual que hubieran hecho entre unos borrachos con ganas de buscarse las cosquillas en las fiestas de un pueblo. Pese a sus esfuerzos, Antonia no pudo evitar que el incidente quedara reflejado en el periódico, con suma discreción, sí, pero el obispo, suponiendo que no le hubiese llegado por otras vías, había aprendido a leer entre líneas y convocó al padrino de Antonia, que se presentó ante él con la contrición más extrema y al mismo tiempo balbuceando en su defensa algo sobre Jesús y los mercaderes del templo.

¿Por casualidad se está usted comparando con Nuestro Señor Jesucristo?, preguntó el obispo en un tono de sutil desaprobación.

El padrino de Antonia se defendió, como es natural, y confesó que se había dejado llevar por una ira injustificable que no se perdonaba.

El obispo se apaciguó.

Vivimos todos horas difíciles. Quizá más difíciles aún en su caso, dada su proximidad, tan antigua y particular, con sus feligreses. Pero precisamente porque estas horas son difíciles tenemos que esforzarnos más que nunca por estar presentes y transmitir la palabra de Dios, que es palabra de paz.

Lo sé, respondió el padrino de Antonia.

Es usted sacerdote, le recordó el obispo.

Lo sé, dijo el padrino de Antonia. No lo olvidaré más.

Pero, cuatro años más tarde, en junio de 1999, fue él quien solicitó una nueva audiencia.

Monseñor, dijo con voz suplicante, no puedo quedarme aquí más tiempo, lo he intentado, bien lo sabe Dios, pero le suplico que me confíe otra parroquia, me da igual dónde, pero en el continente. No puedo más.

Acababa de celebrar el sepelio de Pascal B., asesinado a pesar de que había cesado toda actividad política y regentaba en la ciudad un pequeño restaurante especializado en pescado, un negocio que nadie imaginaba que pudiera suscitar envidias, de modo que su muerte quedaría envuelta en el misterio, pues por aquel entonces ya nadie creía que pudiera pasarle nada, ni Xavier S., ni Jean-Joseph C., ni Simon T., ni Antonia, ni ninguno de los que su padrino había conocido desde niños, bailando tangos, bebiendo el pipermín que luego vomitaban patéticamente en los cañizos y que se encontraban ahora reunidos, estupefactos de dolor, delante del ataúd del otro que él también había conocido desde niño y del que había temido que hiciera infeliz a su ahijada, lo que, a esas alturas, era ya imposible. El padrino de Antonia rodeaba el féretro, con el incensario en la mano, pensando que no quería enterrar nunca más a alguien que hubiera conocido desde niño. Si se quedaba allí, sin embargo, tendría que volver a hacerlo. Pues nada cambiaba, nada cesaba, nada empezaba. Era como un virus, una forma indestructible de malaria, que se manifestaba a través de accesos intermitentes de fiebre muy alta, a veces mortal, y que, durante las fases de remisión, simplemente se quedaba agazapado, esperando, para luego resurgir y llevarse

por delante nuevas víctimas en el momento en que estas se creían curadas. Ciertamente, Pascal B. se creía curado desde hacía mucho tiempo, tal vez desde finales de 1996, cuando había reunido a todos sus amigos para anunciarles que todo había terminado para él, se acabó, negándose a compartir con ellos los motivos de una decisión que nadie sospechaba que fuese debida al miedo y Simon T. estaba seguro de que Pascal B. había descubierto algo que afectaba tanto a su integridad moral que le obligaba a renunciar sin vacilar a toda una vida de peligros y sacrificios pero que, por lealtad o por vergüenza, le resultaba imposible revelarlo, y Simon T. tenía tal confianza en él que respondió: pues se acabó para mí también, adiós muy buenas. Haced lo que os apetezca, añadió Pascal B., sois libres. No os reclamo nada. No me debéis nada. Lamento mucho haberos arrastrado a esta mierda. Y había abandonado la reunión, seguido por Simon T., al que dijo, con una voz quebrada por el remordimiento, todo esto es culpa nuestra, nosotros hemos hecho esto, asumiendo, casi palabra por palabra, el reproche que le había hecho Antonia después de que, en dos días, el 30 y el 31 de agosto de 1995, tres hombres hubieran sido asesinados. Entre ellos estaba Pierre A., tirado en una acera del centro de Bastia, al que Antonia volvía a ver, joven y vivo, de pie en el banquillo de los acusados, durante el juicio de Lyon, y esas dos imágenes estaban indisolublemente relacionadas, aunque resultase imposible representarse el camino que conducía de la una a la otra. Antonia experimentó una conmoción que la estremeció hasta lo más hondo. Fue al pueblo, donde encontró a Pascal B. destrozado por la tristeza, pero a ella su tristeza le importaba un comino, porque era culpa suya, suya y de todos sus colegas, era por culpa de sus estúpidos pasamontañas, de sus ruedas de prensa y de sus armas y de toda su mitología de mierda por lo que aquel territorio entero rendía culto a unos asesinos, por culpa de ellos, la capacidad de matar se había convertido en la única vara de medir el valor humano, y cuando Pascal B. le respondió con lágrimas en los ojos que era así desde siempre, ella gritó, eso no es excusa, ha empeorado por vuestra culpa y aquí tenemos la apoteosis, por fin habéis conseguido mataros entre vosotros, como llevabais años soñando, en el fondo estaréis encantados de tener por fin la oportunidad de matar y morir, como hombres, porque para vosotros ser un hombre consiste en eso, no os planteáis siquiera que pueda consistir en otra cosa, pues que os aproveche, si fuerais los únicos implicados, me traería sin cuidado, pero no sois los únicos, nos estáis contaminando, nos pudrís a todos, gritaba ella, todo el mundo oía el estruendo de los tiros, pero no eran las ondas sonoras lo único que se propagaba, cada disparo emitía unas radiaciones tóxicas que rompían cuerpos y almas y que emponzoñaban el aire que todo el mundo respiraba, preparando Dios sabía qué monstruosa mutación para el futuro, y cada vez que Antonia se presentaba en el escenario de un crimen se acercaba peligrosamente a la fuente radiactiva que los contaminaba a todos, lo sentía de un modo físico, y todo es culpa vuestra, y Pascal B. había terminado por gritar también, ¿te crees que no lo sé? ¿Te crees que no me gustaría empezar de cero? ¿Te crees que no lo sé? ¿Qué pasa, que no me conoces? La cólera de Antonia se aplacó de golpe y porrazo. No es verdad que me de igual, dijo. No quiero que te maten.

Pero finalmente lo habían matado, casi ante la mirada de Antonia.

En junio de 1999, hacía dos años que Antonia había dimitido y se había marchado de Ajaccio para volver a instalarse en su región natal. Había abierto un pequeño negocio en cuyo escaparate exponía fotos de bodas y alquilaba un piso cerca del puerto. En la televisión, desde hacía dos meses, veía los aviones de la OTAN bombardeando el país que, durante cuatro años más, llevaría todavía el nombre de Yugoslavia. Cada día, los manifestantes salían a las calles de Belgrado, con

una diana de papel prendida del pecho, y el monumento a Francia estaba ahora tapado con una tela negra. Antonia habría querido saber algo de Jelica, pero se dio cuenta de que ni siquiera conocía su apellido. Seguramente le habría resultado más fácil localizar a Dragan. Ni siquiera lo intentó. Le daba miedo que ni una ni el otro tuvieran ganas de hablar con ella. ¿Qué habría podido decirles? Solo podía esperar que no les hubiera pasado nada. Aquel día, había quedado con Pascal B. a las cinco, en su restaurante, donde él tenía que recibir un pedido. Hace mucho que no nos vemos, le había dicho Pascal. Si quieres, podríamos ir a cenar a Bonifacio o a la montaña, como prefieras. Antonia caminaba hacia el restaurante cuando oyó unas detonaciones lo bastante familiares para que no hiciera falta plantearse su naturaleza exacta. Echó a correr y, mientras corría, lo supo ya. Entró en el restaurante menos de dos minutos después. La sala estaba llena de cajas de comida y en la barra del bar había un libro de cuentas abierto, con las páginas manchadas de sangre. Pascal B. yacía boca arriba. Un joven, inclinado sobre él, le hacía un masaje cardíaco. Estaba tan enfrascado en la tarea que ni siquiera volvió la cabeza hacia Antonia. No está muerto, pensó ella, bendito sea Dios, no está muerto. La mano derecha de Pascal se movía, como si tratara de buscar apoyo en el suelo y sus pies temblaban ligeramente. No está muerto, pensó de nuevo Antonia, y levantó la vista y vio brillar en la barra los restos blancos de cerebro. No vale la pena, se oyó decir al muchacho que, esta vez sí, se volvió hacia ella. Se acabó. Él miró a su alrededor, miró sus manos ensangrentadas y se levantó despacio. Se acabó, sí, murmuró. Cuando levantaron el cuerpo de Pascal B., Antonia sintió que el suyo se tensaba en un arrebato doloroso para abalanzarse sobre él y abrazarlo, pero no se movió más que si hubiera estado paralizada. Los gendarmes recogieron su testimonio y el del joven. Ella contestó a las preguntas con tranquilidad y no reaccionó cuando uno de ellos, con el que había coincidido cuando todavía era periodista, le hizo un comentario sarcástico, lo de empantanar escenas de crímenes es una vocación suya, ¿no? Estoy muerta, pensó. Ya no siento nada.

Brille, Señor, para ellos la luz eterna con tus santos para siempre, porque eres piadoso.

Volvió a su casa sin informar a nadie de la muerte de Pascal B. Nada más cerrar la puerta notó una quemazón repentina en los intestinos, corrió al baño casi arrancándose los botones del vaquero, y apenas si tuvo tiempo para sentarse en el retrete a la vez que reventaban los diques de su cuerpo, que empezó a vaciarse por todas partes a la vez, la diarrea le retorció el vientre, los mocos le chorreaban por los labios y, a través de las lágrimas que la cegaban, distinguía regueros de vómito sobre sus muslos desnudos. Se quedó allí largo rato, balanceándose adelante y atrás, los puños apretados contra los párpados y luego se arrancó la ropa sucia y se sentó en la ducha. Se quedó inmóvil bajo el chorro de agua caliente, con el jabón en la mano. ¿No estaban a salvo, todos, desde hacía mucho tiempo?, ella había creído que sí, ¡ay, qué tonta había sido! Estaban todos reunidos con motivo de la boda de Xavier S. y Lætitia O., era un día espléndido de febrero de 1997, despejado y frío, y todo había acabado, Antonia hacía fotos, Xavier S. se pavoneaba con un traje de novio espantoso con forro de raso, Lætitia O., embarazada de cinco meses, parecía un merengue gordo y radiante, la pareja se había instalado en una localidad turística de la costa oriental donde Xavier S., junto con unos socios de la zona, se encargaba de la gestión de una discoteca de moda, se codeaba encantado con la *jet-set*, cantantes famosos, presentadores y políticos que tenían segundas residencias en la región y cuyos retratos dedicados habían invadido

las paredes de su salón. Una semana después de la celebración, Antonia había recibido una llamada de Lætitia, que la invitaba a ir a verla. Uno de sus amigos famosos tenía una propuesta para ella. Le habían encantado las fotos que Antonia había hecho en su boda y, mientras tomaban un aperitivo en la casa de Xavier S. y Lætitia O., la cubría de elogios ditirámicos. Él mismo iba a casarse a primeros de abril, en Mauricio. Si Antonia aceptaba encargarse del reportaje, estaba dispuesto a llamar delante de ella y en ese mismo instante al fotógrafo que ya había contratado y mandarlo a paseo. Naturalmente, él asumiría todos los gastos de viaje de Antonia, aparte de lo que le pagaría por el reportaje. Dijo una cantidad tan extravagante que Antonia creyó que no lo había oído bien. Aceptó. Todavía estaba pagando el préstamo que había tenido que pedir para costearse los viajes a Yugoslavia. Y la idea de cambiar de aires no le disgustaba. De vuelta en Ajaccio, se informó sobre las tarifas que manejaban los fotógrafos especializados en bodas. Aunque estaban muy por debajo de lo que le proponía el amigo de Xavier S., Antonia calculó que, si trabajaba con regularidad, le permitirían asegurarse un mejor salario que el de periodista. Además, Xavier S. conocía a otros famosos que seguramente encadenarían bodas cada vez más suntuosas y que tal vez reclamaran también sus servicios. Obviamente, la perspectiva de dejar un trabajo de mierda por otro no resultaba apasionante, pero Antonia estaba dispuesta a precipitarse hacia cualquier salida. La apatía reinaba de nuevo. Como si nada hubiera pasado, los nacionalistas pegaban carteles de apoyo a los presos políticos. En uno de ellos, un niño, solo frente al mar, escribía «papá» en corso sobre la arena. En un bocadillo por encima de su cabeza aparecía la cara del padre. El dibujante le había endilgado al preso una expresión tan patibularia que nadie en su sano juicio habría podido pensar sin un escalofrío de horror en la eventual liberación de semejante primate, ni siquiera su propio hijo. La misma retórica de siempre, la misma imagería. Pero Antonia se sentía radiada. Los años previos habían dejado en ella una huella imborrable. No quería tener que acercarse más al escenario de un crimen. Y solo sabía hacer una cosa en esta vida: fotos. Presentó su dimisión.

Llegó a Mauricio, donde el amigo de Xavier S. la recibió en un suntuoso hotel junto al mar. La presentó a su prometida y a los invitados a la boda como una fotógrafa de talento excepcional. Le había reservado un pequeño chalé independiente con piscina privada. Antonia nunca había estado en contacto con tantos lujos. Se dio una vuelta por la zona, paseó por una playa idéntica a las que se veían en las postales y bebió cócteles elaborados por un afable barman indio. Solo el personal del hotel daba una idea de la diversidad étnica de la isla, la clientela se componía exclusivamente de europeos acomodados cuya notable vulgaridad supuso para Antonia una fuente constante de fascinación. Fotografió la ceremonia, el intercambio de alianzas celebrado mediante la aparición de un ondulante grupo de bailarinas criollas vestidas con pareos, y se esmeró en retratar a todos y cada uno de los invitados. La hora dorada del sol poniente la dedicó, como es lógico, a los recién casados. Antonia les hizo fotos en la playa, en posturas lánguidas. De pronto se le ocurrió una idea grotesca que no dudó que a los novios les encantaría. Les pidió que se quitaran los zapatos y corrieran hacia ella por la orilla, lo más cerca posible de las olas, cogidos de la mano. El novio se arremangó el pantalón del traje sobre las pantorrillas peludas. Empezaron a correr. Antonia les pidió que repitieran. Fueron hacia ella. Estaban colorados y sudados. ¿Os parece si lo hacemos dos o tres veces más?, propuso Antonia. Creo que va a quedar fenomenal, pero prefiero asegurarme. La luz cambia constantemente. Liberó a sus víctimas media hora más tarde, cuando la desaparición del sol en el horizonte la privó de más pretextos para inventar

nuevas torturas. Envió los negativos al novio. Él la llamó para reiterar hasta qué punto admiraba su trabajo. Su esposa expresaba también su gratitud y reconocimiento. Antonia había seguido fotografiando bodas. Todo había acabado, ya no podía pasar nada malo. Ay, qué tonta había sido, pensaba bajo el chorro de agua, ¡qué tonta había sido!

Salió de la ducha. Pasó la fregona y metió la ropa sucia en la lavadora. Desenchufó el teléfono fijo y apagó el móvil. Fue a tumbarse. Unos golpes en la puerta la despertaron. Eran las siete de la mañana y Antonia había dormido sin sueños, como si ya no quedase nada dentro de ella. Se vistió y fue a abrir. Ante ella se encontraba su padrino. Pequeña mía, murmuraba. Pequeña mía. Por primera vez en mucho tiempo, Antonia se lanzó a sus brazos. Ese día subió al pueblo. Pasó por casa de sus padres. Marc-Aurèle lloraba en la cocina. Fue a dar el pésame a la familia de Pascal B. Todavía no había fecha para el entierro. Les devolverían el cuerpo después de la autopsia. Todos los amigos de la infancia de Antonia estaban allí, sentados en sillas colocadas a lo largo de las paredes del salón sumido en la penumbra. Salió, acompañada de Simon T. Caminaron juntos por las calles del pueblo. Si Antonia no hubiese abortado, su hijo tendría casi seis años y caminaría junto a ellos, cogiéndolos de la mano. Era la primera vez que una imagen así se le venía a la cabeza. Había hecho bien al impedir que ese niño naciera. ¿Ni siquiera ahora crees que hice bien?, estuvo a punto de preguntarle a Simon, pero se calló para no hacerlo sufrir. En lugar de eso, le preguntó: ¿te apetece que bajemos a cenar a la ciudad? No puedo más. Él aceptó. Bebieron una copa en el puerto y fueron a un restaurante. Comían en una terraza que dominaba el mar.

Tengo la sensación de que estoy muerta, dijo Antonia.

No estás muerta, le dijo Simon.

Ella se encogió de hombros y se pasó una mano por la cara. Simon la miraba con una lástima infinita. Habría hecho cualquier cosa con tal de sacarla de su dolor. Le agarró una mano, que ella abandonó, blanda, dentro de la de él.

¿Quieres que me quede contigo esta noche?, le preguntó Simon, que vio que los ojos de ella se llenaban de lágrimas a la vez que le apretaba la mano.

Sí, dijo ella. Por favor, quédate conmigo.

12. Absolución: Libera me

(Legionario en una playa de Calvi, 2003)

Líbrame, Señor, de la muerte eterna,

y ahora la oye, es la voz de Antonia, que resuena por última vez en la iglesia, el canto se eleva de su mandíbula fracturada, se ha transformado de nuevo en una niña, se enfrenta a algo demasiado grande que no comprende y que le da miedo, de lo que no puede huir,

Temblando estoy y temo,

dice Antonia, y no se la puede consolar, igual que a un bebé que llora cuando el agua demasiado fría del baptisterio se derrama sobre su frente, los abrazos amorosos, las caricias y los besos son inútiles, pues no existe nada más en el mundo que la dentellada del frío, la angustia y la soledad, y la impotencia radical, no temas, pequeña mía, querría responderle él, pero ella no puede oírlo, está ciega y sorda, gime, él la oye gemir en la belleza solemne del canto que es también el abismo oscuro, no percibe el perfume del incienso cuyas volutas se enroscan alrededor del ataúd mientras su padrino balancea despacio el incensario y murmura las palabras prescritas,

Señor, escucha mi oración. Libra, Señor, su alma,

las pesadas oscilaciones del incensario que propaga el perfume que santifica la carne modelada por Dios, a su imagen y semejanza, a pesar de las costillas y la mandíbula fracturadas, la inercia de la sangre detenida, la corrupción, aunque esa pobre cosa que yace ante el altar ya no se parezca a la joven que, unos días antes, caminaba por las calles de Calvi para reunirse con Dragan, al que creía perdido y que la espera, de uniforme, en la terraza de un café del puerto, y sonríe cuando ella se sienta a su lado a pesar de que, la última vez que la vio, lloraba cuando le hizo una señal para que no lo siguiera por el puente del Danubio del que los bombardeos de la OTAN, según le cuenta Dragan, solo han dejado los pilares inmóviles en medio de la corriente, perforando la superficie de las aguas oscuras, de manera que hasta el gran río parece estar en ruinas. Unos chavales reían sin que ella comprendiera por qué, aunque fuera evidente que se reían de Dragan, maliciosamente, para burlarse de él, como si su presencia solitaria en el puente, su uniforme de faena desgarrado y su consternación tuviesen algo de ridículo o de irresistiblemente cómico, y ahora que Antonia se ha reencontrado con él, puede preguntarle: ¿supiste por qué se reían?, y él responde, creo que sí, pero añade encogiéndose de hombros, siempre y cuando haya algo que saber. Te escucho, dice Antonia, ya ciega y sorda, tumbada en el ataúd que cuatro hombres levantan de los caballetes y se echan al hombro antes de avanzar hacia la salida de la iglesia, seguidos por el sacerdote, que murmura aún oraciones al pasar por delante de Nuestra Señora del Rosario, ciega y sorda ella también bajo la pintura desvaída, mientras los asistentes, liberados, se ponen en marcha, en el alboroto repentino de los reclinatorios que chirrían sobre las baldosas, y forman una larga fila detrás del féretro, que traspasa el umbral y sale a la luz cegadora del verano. Delante del coche fúnebre congestionado de flores, el padrino de Antonia recita las últimas oraciones mientras las gotas de agua bendita caen en el ataúd como gotean las aguas del bautismo antes de evaporarse con el calor,

Libra, Señor, su alma,

repite, y no quiere dejar de rezar, aunque sabe muy bien que pronto tendrá que ir con los suyos, dejar de ser sacerdote por un instante y colocarse en fila junto a ellos a lo largo del muro

de la iglesia, bajo el rostro gesticulante de los demonios tallados en la piedra, para recibir, por última vez, el pésame, a la vez que el coche fúnebre arranca y se lleva a Antonia al cementerio, donde la depositarán en el panteón familiar, en un lugar que no estaba previsto para ella, sola, en las tinieblas,

Temblando estoy y temo,

la oye gemir,

En aquel tremendo día

cuya llegada ya no es posible aplazar por más tiempo,

Cuando tiemblen los cielos y la tierra,

y se separa de Antonia para que la lleven lejos de su lado mientras él da las gracias a los cantores y se sitúa junto a los suyos a lo largo del muro de la iglesia donde tiene que volver a soportar la presencia de esas personas que lo han besado veinte veces a lo largo del día, pero que ahora se agolpan igualmente para besarlo de nuevo, anunciando a veces su nombre, su lugar de origen o su grado de parentesco antes de preguntar con inquietud, ¿me reconoces?, sin sentir alivio hasta que él ha contestado, sí, claro que te reconozco, a la vez que vacila bajo la avalancha incesante de condolencias, los ojos enturbiados por el sudor ardiente que le chorrea por los párpados, y evidentemente no reconoce a nadie, ni siquiera a quienes ha visto crecer, Jean-Joseph C., Madeleine y Lætitia O., Xavier S., a los que besa mecánicamente, sin preguntarse siquiera quiénes son porque no quiere reconocer a nadie, salvo a Damienne T., que de pronto se encuentra frente a él, sin decir nada, y se limita a rodear su cuello con los brazos y desaparece sin darle siquiera tiempo para darle las gracias, dando paso a un nuevo desconocido sudado y lloroso que, nada más cumplir, se aparta para fumar un cigarrillo y reír con sus amigos. Oye las risas, y las risas lo hieren, muy a su pesar, ¿en qué me he convertido?, se pregunta, pues antes le gustaba percibir la persistencia de la vida mezclándose con el recogimiento del duelo, la torpeza despreocupada de la vida, le gustaba el rumor de las conversaciones animadas, en la puerta de la iglesia incluso, y nunca se ofendió por el candor de las risas. ¿Por qué es incapaz de considerarlas cándidas hoy? Reirán, piensa,

Cuando vengas a juzgar al mundo con el fuego,

incluso ese día, algunos estallarán en una carcajada mezquina en la que tal vez no habrá nada que entender, pero lo mismo da, en el fondo, lo mismo da, por culpa de esas risas quise irme de ese país que cambia de nombre demasiado a menudo, dice Dragan, no podía aguantarlo más, porque me parecía que el país entero estaba de pronto sacudido por la misma risa, una risa sin alegría, convulsa, atrocemente contagiosa, que se oía por todas partes, en la calle, durante las comidas en familia, en los dormitorios y en las oficinas de la administración, donde los funcionarios te dejaban horas esperando, tronchándose, y si por fin te recibían, era para reírse en tus narices cuando pretendías tener derecho a algo, igual que se reían en las narices de las ancianas que acudían para reclamar su pensión, porque todas las formas de sufrimiento se habían vuelto hilarantes; reían, con la cara desencajada, paralizada como una máscara, abrazándose las costillas, y un día, un reclutador de la legión extranjera llegó a la ciudad para ofrecer un remedio a los que padecían esa fiebre terrible que es la nostalgia de la guerra, de la que es casi imposible curarse porque es infinitamente más fácil llegar a la guerra que salir de ella, y el reclutador, que viajaba por toda Serbia y era serbio él mismo, un tipo de Niš, Dragan lo recuerda muy bien, no rio al recibirlos, a él y a tres de sus amigos recientemente desmovilizados, y les rogó con mucha

cortesía que se sentaran antes de preguntarles si alguna vez habían quemado vivo a alguien, y como todos respondieron que no, un tanto sorprendidos, él les preguntó si estaban dispuestos a hacerlo y, al cabo de un momento de silencio, un amigo de Dragan dijo, si es para irme de aquí, que sea cuanto antes mejor, preferiblemente a un funcionario, y el tipo de Niš rio, pero con una risa sincera, como quien se ríe de un buen chiste, de hecho, la pregunta iba en broma, una manera un poco cruel y definitivamente dudosa de poner a prueba su motivación, pero estaban todos motivados, dijo Dragan, hasta el punto de que la respuesta de mi amigo era completamente en serio, creo, y tres meses más tarde me vi en Francia, con voluntarios venidos de todo el mundo, pero sobre todo de Europa del Este, ucranianos, polacos, rumanos, más serbios y, naturalmente, croatas, con los que ahora había que correr y arrastrarse por el barro, pero el sufrimiento físico lo hacía casi feliz y, al recibir el quepis blanco, Dragan se felicitó por haber dejado atrás un país que se prometía no volver a pisar jamás, al menos no mientras esa risa intolerable lo tuviera sometido, había muchísimos países a los que ahora podría ir con el 2.º Regimiento Extranjero de Paracaidistas, países desconocidos y lejanos, en África, en desiertos y bosques, junto a otras orillas donde las olas romperían con un haz de espuma sobre la barrera de coral, bastaba con esperar un poco más y sabría dónde iban a mandarme, dice Dragan, que ahora fuma un cigarrillo, con una cerveza en la mano, sentado con los pies en la arena, en la terraza de un chiringuito de la playa, mientras las olas no rompen sino que chapotean débilmente al calor asfixiante de la noche. La luz de una farola alumbraba su cara, así como la mano que sostiene la cerveza, y detrás de él brillan los muros ocre de la ciudadela. Voy a fotografiarte una vez más, dice Antonia, y Dragan hace un gesto vago con la mano, dando una calada al cigarrillo. Antonia no está segura de que haya luz suficiente, pero dispara igualmente, pensando que, por primera vez en años, lleva a cabo ese gesto simplemente porque le apetece, y cuando sus padres revelen el carrete para mandar las fotos a los recién casados de Calvi, verán aparecer, después de las alianzas, los velos y los gemelos, los encajes blancos, los invitados de un convite y una pareja agotada corriendo sin fin por la playa, el retrato de un legionario que no conocen y del que jamás sabrán nada. Si Antonia hubiera podido ver la foto, tal vez habría quedado satisfecha a pesar de sus imperfecciones técnicas. De las tinieblas emergen únicamente cuatro manchas de luz: un lado del rostro de Dragan, sus dedos sobre la etiqueta del botellín de cerveza, la minúscula incandescencia del cigarrillo y, más lejos, la ciudadela suspendida como un astro pálido por encima de un mar invisible. Tal vez habría considerado que por fin había logrado alcanzar la sencillez de las fotos que tanto la conmovían cuando era niña, los retratos de familia, las polaroid, las fotos de carné guardadas en sobres amarillentos o colocadas en las lápidas que, en su inocencia implacable, dicen todas lo mismo, estos hombres han vivido, pero ahora ha pasado la muerte, en realidad, la muerte ha pasado ya en el momento mismo en que una mano anónima aprieta el disparador, en el edificio de la Lubianka, en las prisiones de Phnom Penh o, más lejos aún, en un piso de Santiago de Chile, cuando el sol ilumina a contraluz el rostro de una estudiante sonriente que sostiene entre sus manos la funda de piel de una cámara de fotos y que no tuvo más sepultura que ese retrato y, entonces, tal vez, Antonia habría podido pensar que todas esas instantáneas de cuya autoría tanto se avergonzaba, los jugadores de petanca, las comisiones de fiestas, los certámenes de *misses* o los jóvenes posando con pasamontañas en la clandestinidad, con el fusil en la mano, bajo las banderas con la cabeza de moro, en el fondo también decían lo mismo, con la misma inocencia y, naturalmente, con la misma falta de piedad. En la losa que sella la tumba de Antonia no hay una

foto suya, aunque su madre habría querido colocar una que le hubiera permitido, cuando acudiera a visitarla cada día, volver a ver el rostro de su hija tal como fue y no tal y como su memoria engañosa deformará sus facciones, pero ha buscado por todas partes y no ha encontrado ninguna, ni en su casa, salvo por varias fotos antiguas del colegio, la más reciente de las cuales es de 1982, ni en el piso de Antonia, donde fue al día siguiente del entierro para sacar únicamente del fondo de un armario una caja de zapatos llena de carretes viejos sin revelar, así que ahora llora delante de una losa gris y casi desnuda en la que solo están grabadas en letras negras el nombre de su hija y las fechas de su nacimiento y su muerte. Todavía hace tanto calor que alrededor del panteón las flores han empezado a marchitarse en las coronas y en los jarrones de agua estancada, a la luz roja de las velas. El padrino de Antonia agarra del brazo a su hermana, ven, le dice, te llevo a casa, y ahora que el entierro ha terminado, ella ya no tiene fuerza para oponer resistencia y él la arrastra por las calles del cementerio, tienes que descansar, le dice, en un tono cargado de deferencia, pero no puede evitar pensar que en el fondo solo busca librarse de ella para encontrarse a solas con Antonia, cuyo duelo no quiere compartir con nadie, ¿en qué me he convertido?, piensa,

Señor, ten piedad,

Cristo, ten piedad,

y acompaña a su hermana hasta la habitación donde duerme ya su cuñado, aturdido por los somníferos, antes de volver solo al cementerio, disfrutando de su alegría culpable, a la vez que el sol se pone sobre el mar. Empuja la verja y camina entre las criptas y las vetustas cruces negras, inclinadas en la hierba seca, recordando que aquí yacen los restos olvidados, y se detiene de golpe al ver a Marc-Aurèle sentado en medio de las flores, la cabeza gacha, una mano apoyada en la piedra desnuda, y muy a su pesar se exaspera ante la presencia de su sobrino, que ni siquiera lo oye llegar y termina por levantar hacia él un semblante tan vulnerable y desamparado que el padrino de Antonia siente con infinita gratitud que su corazón se abre por fin a algo que no sea su propio dolor, la gracia, la quemadura del carbón encendido, ven, hijo mío, dice dando unos pasos, y abraza a su sobrino con todas sus fuerzas, cegándolo contra su pecho, para ponerlo por un instante fuera del alcance de la muerte eterna y del día amargo, al amparo ridículo de sus brazos, y se quedan inmóviles, olvidando las flores, el crepúsculo y el agua podrida, mientras desciende despacio sobre las tumbas una nueva noche de canícula, como si el calor procediera directamente de las estrellas hacia las que, en una noche parecida, a las cuatro y media de la madrugada, Antonia, sentada junto a Dragan en la playa de Calvi, levanta la vista pensando que va a tener que irse, pero que, esta vez, podrá decirle adiós, y cuando le pregunta dónde lo han mandado finalmente, él bebe un trago de cerveza y responde, a Sarajevo, obviamente, tras lo cual se quedan un momento callados hasta que Antonia se levanta porque ya es hora de marcharse.

Las fotografías de Antonia son por supuesto imaginarias, como lo es su autora, pero las demás, aunque se describan con más o menos exactitud, existen en realidad.

Son obra de Eddie Adams, Don McCullin, Gérard Malie, Kevin Carter y Ron Haviv. Los retratos a los que se hace alusión en el capítulo 7, excepto el de Ósip Mandelstam, se encuentran en el libro de Tomasz Kizny *La Grande Terreur en URSS*, de la editorial francesa Noir sur Blanc.

La chica de rojo del mismo capítulo se llamaba Christina y sirvió de modelo a Mervyn O'Gorman en una playa inglesa en 1913.

La estudiante chilena citada en el capítulo 12 se llamaba Sara de Lourdes Donoso Palacios. Desapareció en 1975. Su foto puede contemplarse en el Museo de la Memoria de Santiago de Chile, y su nombre está grabado en una placa conmemorativa de Villa Grimaldi, en la misma ciudad.

Dos fotógrafos o más bien sus contrapartidas ficticias ocupan un lugar esencial en esta novela: Gaston Chéreau, que cubrió la guerra ítalo-turca, entre 1911 y 1912, en Libia, y Rista Marjanović, cuyo trabajo abarca los dos primeros tercios del siglo XX. Sin Pierre Schill, gracias al cual conocí al primero, y sin Zorana Vojnović, nieta del segundo, que me dio acceso a las fotografías de su abuelo, este texto no existiría. Sirva esto para expresar cuánto les debo.

Quiero también dar las gracias a Jean Hatzfeld, al padre de Matthieu Rougé, a Jean-Marc Bodson, así como a Milica, Melita, Borislav y Nikola, porque todos ellos me permitieron orientarme en territorios desconocidos.

Conforme a la promesa que le hice, no puedo nombrar a la persona cuya ayuda me ha sido más valiosa. Pero sé que ella se reconocerá y, al fin y al cabo, eso es lo único que importa.

«La fotografía es una lucha. El enemigo es el tiempo y vences cuando consigues congelarlo en el momento adecuado, evitando que algo que habla de ti y de lo que está pasando muera y desaparezca para siempre.»

CRISTINA GARCÍA RODERO

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *A su imagen*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



* Ejército Popular Yugoslavo.

* Frente de Liberación Nacional de Córcega.

Nota biográfica

Jérôme Ferrari nació en París en 1968. Ha sido profesor de filosofía en Córcega –de donde son originarios sus padres–, en Argelia y en Abu Dabi, y ha traducido diversas obras del corso al francés. En 2001 se publicó su primer libro, la recopilación de relatos *Variétés de la mort*. Autor de una fructífera producción literaria que lo ha consolidado como una de las voces más relevantes de la literatura francesa actual, recibió el premio Goncourt por *El sermón sobre la caída de Roma* (2012), y su última novela, *A su imagen* (2018; Libros del Asteroide, 2020), ha sido galardonada con los premios Le Monde 2018 y Méditerranée 2019.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *A su imagen*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

[El embalse 13](#), Jon McGregor

[A contraluz](#), Rachel Cusk

[El meteorólogo](#), Olivier Rolin

Libros del Asteroide 

Jérôme Ferrari

A su imagen

Traducción de Regina López Muñoz

